

U
862
B
II



EDICION DE LA
SOCIEDAD AMIGOS
DEL LIBRO RIOPLATENSE

SOCIEDAD AMIGOS DEL LIBRO RIOPLATENSE

Directores: (Uruguay) AGUSTÍN DE OCAMPO
ALFREDO M. FERREIRO
(Argentina) CÉSAR TIEMPO
ALFREDO E. MOEN
Asesor Artístico: ANTONIO PENA

Administrador de la Sección
Argentina:

ALFREDO E. MOEN
Calle Florida 229
(Esc. 550)
U. T. 35 (Av.) 4901
Buenos Aires

Administrador General para
el Uruguay y Exterior:

JUAN EDMUNDO MILLER
Calle Bartolomé Mitre, 1264
TELÉFONO: U. T. E. 80558
Montevideo

COMITÉ CONSULTIVO

ARGENTINA

MARIO BRAVO
ARTURO CAPDEVILA
SAMUEL EICHELBAUM
RICARDO ROJAS
JUAN TORRENDELL

URUGUAY

EMILIO FRUGONI
EMILIO ORIBE
CARLOS SÁBAT ERCASTY
JUSTINO ZAVALA MUNIZ
ALBERTO ZUM FELDE

P A S I Ó N

VOLUMEN XV

EDICIONES DE LA
SOCIEDAD AMIGOS DEL
LIBRO RIOPLATENSE

OBRAS DEL AUTOR

- 1916 EMOCIÓN - SAVIA. — Lírica. (Agotada).
1920 CUENTOS URUGUAYOS. (Agotada).
1922 ALMA NUESTRA. — Cuentos criollos. (Agotada).
1923 FÁBULAS, 2.^a edición (1928).
1924 LOS ROSTROS PÁLIDOS. — Cuentos europeos.
1925 LA RAZA. — Novela. (Agotada).
1927 LUZ MALA. — Novelas breves.
1928 MONTEVIDEO Y SU CERRO. — Cuentos.
1929 EL VIAJE DEL PIBE ALREDEDOR DEL MUNDO.
1930 CASTIGO 'E DIOS. — Novela.
1932 NUEVAS FÁBULAS.
1934 QUEGUAY, EL NIÑO INDIO.
1935 PASIÓN. — Novela.

En preparación:

NOVÍSIMAS FÁBULAS



MONTIEL BALLESTEROS

Numero 7-17



P A S I Ó N

BUENOS AIRES ✻ MONTEVIDEO

U
863.42
M
L. Varela Ormiguera
E. Titulo

ES PROPIEDAD
Reservados todos los
derechos de reproduc-
ción y adaptación.

Copyright by "Sociedad Amigos del Libro Rioplatense"
MONTEVIDEO - BUENOS AIRES

I

MORANO, en una especie de semi-inconsciencia, sintió las banales frases de consolación de sus amigos y con la misma indiferencia constató que abandonaban el obligado tema sentimental para caer en la burda charla de todos los días: chismes del pueblo, hablillas sobre las niñas conocidas, complicadas en aventuras; novedades sobre las mujeres de vida airada, un poco pospuestas por las coristas italianas de una compañía de ópera de segundo orden que actuaba en el teatro Larrañaga.

De la plática sobre tales argumentos, les fué fácil deslizarse a las anécdotas picantes y a los cuentos picarescos de subido color.

Alguno susurró una objeción:

—Che, el pobre Jacinto, después de ese golpe, no está para oír...

Y hubo un silencio embarazoso.

Habían fumado con el entusiasmo de un concurso, y la vaga penumbra de la grisácea tarde invernal se opacaba más con el humo de los cigarros.

Los visitantes no conseguían distraer al doliente, que contestaba con monosílabos, perdía la mirada

1 2 0 3 2

en un distraído resbalar sobre las cosas o se ensimismaba en sus íntimos soliloquios.

Se opinó que la atmósfera estaba irrespirable y abrieron la ventana que daba sobre el jardín, sombrió con el follaje verdinegro de los mirtos, los laureles y los evónimos.

Se habló de irse. El dueño de casa, cual si lo acometiese un instintivo temor de quedarse solo, intentó unas frases para retener a sus acompañantes y luego, cual si le exigiese un esfuerzo inaudito el concretar sus ideas, hablar, hacer aquel pedido, calló.

Uno a uno, repitiendo idénticas frases de estirada y compasiva piedad, agregando que no se incomodara en acompañarlos, sus camaradas lo abandonaron.

Nuestro personaje, desganado, abúlico, hundido en la poltrona, frente a la ventana abierta por la que penetraba el vaho mohoso del jardín bajo la lluvia, sentía frío, le dolía la cabeza, le ardían los ojos y con la garganta reseca y quemada del exceso de fumar, no se decidía a cerrar la ventana, que le acentuaba el malestar físico, que él atribuía al aire enrarecido de la habitación.

Los muebles oscuros nadaban en una semi-luz innatural, adquiriendo los contornos que se adecuaban con el monótono gotear persistente de la sorda música de la lluvia, con la tristeza que emanaba la tarde moribunda, el jardín opaco y un fonógrafo que en una casa de la vecindad empezó a gemir una melancolía inacabable.

Era tan denso el entretejerse de las angustiosas meditaciones de Morano, estaba éste tan absorbido en sus pensamientos, tan doblado hacia adentro, que lo exterior resultábale una lejanía hondísima, hasta el punto que el nacerle de una idea práctica como aquella que derivaba de una necesidad material de defensa física:

—Hay que cerrar la ventana...

...no cuajaba en volición que lo resolviese a ejecutar acto tan simple.

Tras unos minutos enormes, se repitió:

—Tengo que cerrar la ventana...

¿Era preciso que él lo hiciera? ¿Debía llamar a la sirvienta?

Esto lo hizo hacer pie en la realidad.

No, no debía llamarla.

Cualquier ser humano profanaría aquel escenario de intimidación, de fiebre y de magia, en el cual parecía que de un momento a otro aparecería su mujer, silenciosa, con pasos inmatrimoniales, con voz que oiría y comprendería su alma, con miradas donde se iría encendiendo la ternura que no pudo entibiar el frío de sus pupilas, cuyo vidrio empañado ya no atravesaría ninguna pasión, ningún sentimiento, ningún terreno deseo.

¡Qué tristeza le oprimía el alma!

Solo, en la sombra que ahondaba aun más la soledad, indiferente al desgranarse del tiempo, le volvió el propósito que se frustraba:

—Tengo que cerrar la ventana...

Y por el mismo fenómeno que antes no daba ca-

bida a esa idea, ésta se impuso de improviso y con el realizarla se desplazó su anterior cavilar, en cuyo cauce comenzó a redondearse una frase, que no sé dónde había leído o escuchado:

—¡Un gran dolor!... ¡Sólo un gran dolor nos podrá salvar!... Un gran dolor!...

Era aquella la revelación esperada.

En realidad, necesitaba un gran dolor.

Un gran dolor lo había sacudido hasta lo más hondo, hasta las más íntimas fibras.

Y a la luz de esa especie de extraño y fulgurante relámpago, veía claro.

Se le removía en el acervo de su ideario un aluvión caótico en el cual chocaban y se desencontraban afirmaciones filosóficas, dudas, desesperanzas, ingenuas palabras de su madre muerta, capítulos de fe y oscuridades escépticas.

Por sobre todo se cernía una sombra: la muerte de Laura; irradiaba un resplandor: aquella revelación de la necesidad del dolor para superarse.

* * *

Con la primer salida de sus chicos, huérfanos de madre, que realizaban la dolorosa peregrinación al cementerio, acompañados de su joven tía, él se encontraba a sí mismo, luego del torbellino de amargas y tristes horas angustiosas de la enfermedad de su mujer, de su última torpe pasión y de la presente realidad densa de espirituales promesas.

* * *

La mejoría de su esposa no hubiera dejado ni la más leve huella en su espíritu.

Una enfermedad se supera y se olvida con suma facilidad.

Hubiera sido un insignificante accidente.

Pero aquel imprevisto y oscuro agravarse, mientras él se aislaba, egoísta y frío, acariciando innobles propósitos de seducción respecto a su cuñada; aquel coincidente anhelo bastardo de desear que ella se muriese para disponer de una libertad propicia a la consecución de sus fines, se le volvieron una preocupación tenaz, lindante con el arrepentimiento.

Había sufrido, había pensado, había escudriñado en los móviles de los movimientos de su alma.

Y le fué preciso aquel dolor, —como un ácido sobre una vieja medalla oxidada y maculada—, para que se descubriese lo que allá en el fondo le restaba de bueno en el espíritu.

Sin proceso de evolución —casi sin crisis de conciencia, dado su temperamento simplista y primario— resentía la conmoción violenta, el deslumbramiento de quien, viviendo moralmente entre sombras, de improviso desemboca de su túnel ciego en un mar de meridiana luz.

Una venda le había caído de los ojos y era evidente y lógico esa su manera de ilimitado asombro ante la existencia de un mundo jamás imaginado.

Una emocionada ternura evocando la ausente, pensando en los hijos, le hacía fácil el nuevo sen-

dero, que siempre rehuyera con la testaruda resistencia de sus gustos, de sus goces y sus placeres.

* * *

El pasado ya no admitía corrección, que no somos dueños sino del futuro, y porque no lo poseemos.

* * *

Como si llorara a la muerta, virtió sinceras lágrimas por la frialdad con que malpagó el encanto del hogar, la bondad de la compañera amante. Condenó su indiferencia al milagro vivo de la formación de sus vástagos, a la gracia siempre inédita—fresca e ingenua— de sus juegos, de sus risas, de sus curiosidades, de sus sorpresas deslumbradas ante el misterio de lo ignorado que, minuto a minuto, se les revela como un film fantástico.

El golpe brutal había despertado sus dormidos imperativos morales, que antes apreciara tan despegados y lejanos de sí, cual si fuesen un principio a aplicarse a otra especie.

* * *

Nuestro héroe no era un fenómeno en el ambiente.

Cortados por el mismo patrón pululaban sus iguales en cierta clase social.

Hombre de pasiones, desaprensivo y rico, se adaptó perfectamente —cual si le fuera hecha por

encargo—, a la moral corriente, que permite al varón cuanto exceso y cuanto vicio existe o invente, sin que jamás mancha alguna, por dilatada y oscura que sea, llegue a empañar su inmaculada ejecutoria de perfecto caballero...

Que un hombre con “plata” seduce a una muchacha costurera, a quien, de unos fingidos amores, le deja un hijo que no ha de reconocer?: Es un gaucho!

Que don Fulano resulta el mejor cliente de la Córdoba, vieja profesional del celestinaje, hábil embaucadora de chiquilinas?: Es el de los “bocato di cardinale”.

Que unos mozos bien sorprendieron a unas chicas, atrayéndolas con la falsa apariencia de un puesto bien rentado y violándolas?: Pues, son unos piedras!

Y así el “machito lindo” hoy comete un estupro, mañana da el espectáculo de una borrachera escandalosa, con fractura de espejos y cristales o comete un disparate mayúsculo en el cabaret, desnudando unas mujeres y robándolas en el auto...: Pues es un simpático calavera y sus hazañas se premian con sonrisas de aprobación, con guiñadas picarescas, con palmaditas en el hombro:

—Pucha, qué rico tipo, ché!

—Es que estaba de rechupete Menganita!

Así iba la vida.

Y así moldeó Morano la suya.

No prescindía de tener esposa e hijos, pero no daba a esta especie de costumbre social mayor trascendencia.

Se necesita tener un hogar o una casa, un reposorio... Vienen los hijos, éstos se van a quedar con el nombre y con lo que él no haya tirado en franquichelas, en juegos, en orgías...

Y eso es todo.

Hay tanta chica bonita y ambiciosa, las sirvientitas están lindas... Luego cuando ya se está corrompido y habituado a las profesionales de Venus, de vez en vez hay que buscarlas porque ellas no tienen igual.

Y de pronto, aquello más fuerte, más dominador, más impositivo: el enamorarse de la cuñada, mientras su mujer está gravemente enferma!

* * *

El drama se presentó de improviso.

Se había teleografiado a Montevideo, dada la gravedad de la doliente.

Sus padres convalecían de una gripe y contestaron anunciando la venida de Carmen, su otra hija.

En la estación, la muchacha, emocionada, le había echado los brazos al cuello.

El se olvidó de su mujer, de su situación.

—Estás hecha una señorita! Y cómo te has puesto de linda!

Ella indagaba noticias de todos:

—¡La pobre Laura!, es de cuidado?, qué tiene? Sufre mucho? ¿Y los nenes? ¿Muy crecidos?

—Imagínate: Unos hombrecitos... La nena, enorme!

La tierna charla familiar se interrumpía. La cuñada, aprensiva, se ahogaba de pronto y retenía un sollozo, doblada sobre su hombro. Morano la consolaba, la acariciaba, envuelto en el vaho mareante de la capitosa y fresca juventud de la chica.

Como de costumbre, en el hábito de dar rienda suelta a cualquier impulso, por inconfesable que fuese, dejó predominar sus inclinaciones, y su imaginación, sierva fiel de sus instintos, ya le propició la realización de sus deseos.

Y empezó a maniobrar, a poner en práctica sus proyectos.

La prevalencia de su deseo lo obnuilaba para todo lo que no fuese su capricho y no veía a la enferma, consumida y lamentable, ni aquel temblor de almas de sus hijos, que estaban como empinándose para avizorar la belleza, la miseria, todo el complejo espectáculo de la vida.

Su cuñada, que le profesaba un hondo cariño y sentía por él una extraña atracción —que no podía preocuparse de analizar— y haciendo infinidad de años que no lo trataba, ignoraba si eran normales o exageradas sus solicitudes.

La muchacha, que viviera semi reclusa con sus padres, graves cultores de rancias costumbres y tradiciones, se hallaba de pronto en contacto con un hombre amable, obsequioso y galante y no podía prevenirse ni dudar de las intenciones de su cuñado, lo que daba a éste asidero para la suposición de que se le presentaba una fácil conquista.

Morano reducía sus escaramuzas amatorias a miradas incendiarias, a piropos lanzados al desgaire y a extremosas muestras de cariño, pues esto, según él, era el verdadero sistema eficaz en lides de amor.

Ciego para lo circundante, sin tomar precauciones de género alguno, intentó dar aspecto de inocente normalidad a su juego. Este, si bien pudo pasar desapercibido para la pureza de sus niños, no escapó a la percepción de su mujer sufriente, quien, pese a resistirse a creerlo, empezó a ver aquello como tras un vidrio opaco que va recibiendo paulatinamente de su parte opuesta una luz que termina por precisar nítida y definidamente lo que oculta.

La enferma, entre su fiebre y su malestar físico, lo había adivinado, como intuyera todo lo que él callara, lo que él ocultaba.

Antes de llegar la muerte, había tenido aquella lucidez, aquella perspicacia, que le reveló con toda su crudeza, el remate de las acciones innobles, degradantes, tristes y bajas que soportara, dulce, resignadamente, a lo largo de su matrimonio...

* * *

Recién ahora Morano aquilataba lo insondable de aquel sufrir y parecía que había sido necesaria la enorme prueba para desatarse definitivamente de los tentáculos de sus pasiones.

El destino, quizá la herencia, quisieron que se le amasaran en el alma las peores purulencias.

Y cuando de su fondo más oscuro y abyecto, de esas profundidades subconscientes, —que como los insondables fondos del océano celan seres monstruosos—, que se agitan en la mísera ánima de los hombres, había surgido el anhelo inconfesable:

—¡Siquiera se muriese!

...él no había rechazado el absurdo deseo criminal. No se había llenado de horror. No había tenido la sorda angustia que ahora lo atenazaba, como si fuese lo más natural que para satisfacer un deseo pasajero, para darse un goce inferior y torpe, se pudiese no tener ley ni conciencia ni moral, ni respeto de la sagrada vida humana.

Así surgían las ideas. Como los yuyos entre las cuidadas plantas del jardín. Y como aquéllos, cuanto más dañinos, más tenaces, más ansiosos de vivir y con un impulso y resistencia que se dijera abogan por su existencia.

El solo detenerse hoy a analizar esa compleja flora venenosa, que en ocasiones estrangula el más perfecto sentido moral, le daba la medida de la prevalencia avasalladora del instinto, de esa brutal prepotencia arrolladora, que hace callar el raciocinio y lo noble y lo humano de nuestro ser!

Ello le mesuraba la importancia de la penitencia que era menester para rehabilitarse. El verlo y sentirlo lo capacitaban y le daban la volición para acometer la empresa.

Su vivir material y ciego, tendió a alejarlo de ella, quien siempre continuó desatando con sus manos de

seda los nudos ásperos que lo aprisionaban a los pecados, a los vicios y a las desviaciones de su naturaleza.

Como en la víctima expiatoria, como en el conejo de laboratorio, la vida ensayó en él todos los virus, todos los tóxicos, todos los males. Su carne de experiencias, quizá por que secreto designio, lo hizo violento, sensual, concupiscente y egoísta.

Y ella, hasta el último suspiro recordándole los hijos; alejándose sin una esperanza de amor; cual si resolviese dejarle a la vida lo que es de la vida, se había despojado de todas sus flores y le había susurrado con la voz ya mojada de eternidad:

—Hazla feliz...

Eso lo había hecho comprender.

Ella no ignoraba nada.

Y cuando ya el maleficio de su acción había obrado nefandamente, quizá hasta apresurado el fatal desenlace, él cayó de rodillas, cortando con súplicas y promesas sus sollozos, besándole las manos:

—¡Perdón! ¡Perdón!

Después le había jurado:

—Te prometo solemnemente que no viviré sino para nuestros hijos! ¡Mis hijos! ¡Nuestros hijos! ¡Ellos! ¡Sólo ellos!

Pero el juramento, que se levantó como una valla tras de la cual debía empezar una nueva era, estuvo a punto de ser sólo una muralla de frases, de palabras débiles, de esas palabras oportunamente eficaces, pero vacías de contenido, que no son —^a

veces— sino las máscaras de sentimientos subterráneos.

El hubo de probar en ásperos combates crueles, con su demonio, con su libido, con sus impulsos desenfundados, la fibra de su voluntad tan acostumbrada a doblegarse, a ceder con femenina condescendencia, hasta el punto que ahora, luego de superar las pruebas verdaderamente titánicas, le daba la sensación de algo renacido, vigoroso y fuerte.

Cérea, como esculpida en un alabastro que a momentos se dijera se iba a volver luminoso, entre el calor de las sábanas o con el ambarino resplandor de los cirios, Laura yacía con el gesto espectral y definitivo con el cual la recordaría siempre!

Se le borraba la novia, la esposa, la compañera familiar y cotidiana de los repetidos e íntimos gestos conocidos.

Su inmóvil serenidad mortal, el calmo gesto estuario, para la persistente evocación admonitiva se le fijaba imborrable, eterno, y ya la amaba así, más noble, más pura, más etérea, como en compensación de lo antagónico de su sentir antiguo.

No la rechazaba como esas obsesoras visiones fúnebres y tristes que intentamos borrar de nuestra memoria.

Es más: se aplicaba a perfilarla cada vez más precisa y viviente en la muerte.

Porque aquello la iba a hacer vivir.

II

COMO en la imagen del Cabo de las Tormentas, que a cierta altura de la existencia debemos salvar, ahora que creía entrar en una nueva vida de calmas profundas y de serenidades grandiosas, cual si algo ineludible e íntimo lo impulsase a resumir el pasado, para hacerse cargo de sus responsabilidades, simultáneamente con aquel voltijear de cosas inmediatas, saltaba a una remota lejanía de evocación, viéndose niño, pequeñuelo de escuela, ya probando su alma precoz con las puntas de fuego de la duda... Ya sintiendo aquella envolvente inclinación hacia el eterno femenino, que lo hacía enamorarse de las jóvenes maestras y quedarse embebido en una contemplación extática ante la línea pura de María Etcart, que le parecía una reencarnación de la Virgen, a quien le prestaba ideas delicadas y sublimes y en cuyos ojos lánguidos intentaba descubrir promesas de goces sutiles donde se mezclaban delicias celestes y humanos placeres; que lo hacían aproximarse —queriéndolas aspirar como a dos flores a aquellas gráciles niñas de Toedler, Pola y Cata, que, envueltas en muselinas rosa, con sus altos peinados descubriéndoles las orejas— de ese traslúcido

color de los caracoles marinos—, el cuello de porcelana, siempre luciendo los blancos brazos desnudos, produciéndole una adormecedora sensación de tarde de primavera demasiado tibia y demasiado perfumada.

Las chicas reían, cuchicheándose las pueriles confidencias de sus dieciocho, de sus veinte años.

El cazaba al vuelo una frase, reconstruía un diálogo, imaginaba escenas galantes y mórbidas como aquellas figuraciones de los abanicos a la moda, que siempre habían de lucir una balaustrada, un fondo de árboles frondosos y unas damas con pelucas blancas y abullonadas faldas a quienes un caballero repetía un madrigal o hacía una reverencia, como en un cuadro de Watteau.

El, como huyéndoles o para aislarse más con sus secretos, con su mundo de magia, donde todo obedecía a sus íntimas y calenturientas imaginaciones, se perdía en la quinta, se ocultaba en el jardín, donde olía las flores hasta amarillarse la nariz de polen, masticaba una amarga hoja de naranjo o se echaba sobre la tierra caliente, cual si fuese un animalito silvestre.

A veces lo sorprendían con una reprimenda:

—Vas a acabar con esas magnolias foscatas, con esos jazmines? ¿Por qué te tiras, así, en el suelo?

El se confundía, se ruborizaba, no sabía explicarse.

Y junto a la turbadora influencia de su masculinidad incipiente, le urgía un afán de saber, de concretar lo aprendido, de darle contorno de realidad, de comprobación, de evidencia.

Por esa época aún la buena madre los hacía persignar cuando, con su hermano, iban al lecho y debían repetir el Credo o el Ave, salvo cuando estaban cayéndose de sueño y solucionaban la obligatoria oración con el suplemento acriollado de:

“Con Dios me acuesto, con Dios me levanto,
la Virgen María y el Espíritu Santo”.

Ya no le surgían las preguntas infantiles:

—Y Dios, ¿dónde está? ¿Qué es?

¡No!, ya no concebía aquella entidad abstracta y vaga, y tras una seguridad tranquilizadora se aferraba a la negación como al tronco de un árbol que no lo dejara rodar al abismo.

Cavilaba ya en torno a otros problemas: al pecado, a la Virgen y su concepción milagrosa; al Bien y al Mal o a la divinidad de los sacerdotes... Sufría crisis de miedo, de angustia, de desesperación, cuando las faltas veniales —a las cuales atribuía proyecciones desmesuradas— de que sembraba su niñez, le reclamaban un momento de reflexión.

Entonces oraba con acendrada devoción, como cuando intentaba ahuyentar las pesadillas nocturnas o creíase ya perdido definitivamente, abocado a todos los castigos del infierno, lo que lo sumía en agrias reconcentraciones, en empecinados silencios en los cuales, con incipiente criterio positivo, quería medir sus faltas y encontrarles adecuados castigos.

Acompañaba a su madre a los oficios, se arrodillaba tembloroso a su lado, sin explicarse bien aquel torpor, aquel oscurecimiento de su inteligencia, mientras el cura salmodiaba sus latines, el órgano

gruñía con un tono asmático y sordo y la campanilla insistía con una voz sobrenatural y acusadora, a cuyo eco los feligreses bajaban la cerviz, arreciaban el monótono canturreo de sus rezos y se golpeaban el pecho, percibiéndose algún contrito “mea culpa”.

A veces ahí se quedaba adormilado, como ebrio en las ondas del incienso que entineblecía el templo y daba al ambiente una nebulosidad de gruta marina, donde él intentaba hacer fraternizar los serafines del santoral con los monstruos de las leyendas, con los gnomos y las hadas, y en los santos abrumados de colorines, de dorados y de sedas, veía los caballeros de los romances y las historias que no diferían mucho de aquel San Jorge, jinete en brioso corcel, esgrimiendo la lanza con la cual vence al dragón, que sin duda era el mismo de las siete cabezas de los cuentos populares, que dominaba todos los elementos, despedía rayos por los ojos y arrojaba fuego mortal por boca y narices.

Atmósfera de sueño, campo de fantasías, él transformaba la humilde iglesia pueblera en una fábrica prodigiosa, solemne, decorando de frescos magníficos sus paupérrimos muros encalados, ilustrando con estampas coloridas y maravillosas los vulgares ventanales de vidrios de colores.

Pero sufría extrañas alternativas.

Desertaba por temporadas la Iglesia, y en cierta oportunidad, soliviantado por algún amigo “librepensador”, reacio a prepararse para la confesión y comunión que impartían unos misioneros en gira, llevóle su testarudez a demostrarle al confesor tan

acentuada aversión a la ceremonia, que éste no pudo menos que aconsejarlo que se preparara mejor y volviese otro día.

El consideró aquello un gran triunfo.

Se vió alguien: un ser pensante, una personalidad.

La pasiva resistencia se le transformó en un acto premeditado y consciente y no sin cierto orgullo le informó a su madre:

—Yo no puedo confesarme, mamá.

—¿No puedes? ¿Por qué?

—Pues porque soy de otra idea; lo que no escapó al cura.

—No entiendo, replicó la señora... Pero si todos los padres son lo mismo...

La celosa e ingenua beata interpretó el punto a su manera y él, cual si comprendiese la dificultad de una discusión, escapó a la plaza que, fuera, lo estaba invitando con su sol, con su verde, con sus paraísos frondosos, que empollaban su gruesa sombra azul, con sus enormes higuerones indígenas, a los cuales los chiquilines acribillaban a pedradas para regalarse con sus pequeños frutos morados y sabrosos.

* * *

Debía ser estío y reverberarían bajo la cruda luz solar, deslumbradora, las casas claras, las desiertas calles de piedra envueltas en el espejismo celeste de la refracción, bajo aquel cielo de un azul tan intenso de parecer cercano y denso como una pulpa fantástica.

Debía ser estío, porque en su memoria, —por un extraño fenómeno, que quizá tuviera relación con su potencia física de entonces—, él no encontraba sino evocaciones mojadas de luz, como si pensara con un alma de cigarra.

Los otoños se le esfumaban en la persistencia de las últimas secas del estío, que se iba envuelto en las ráfagas ardientes de campos y pastizales resecos, cuyos incendios envolvían al pueblo en vahos acres y asfixiantes, comparables con los olores pestilenciales de los saladeros que, cuando el viento caliente era propicio, respiraban sobre el Salto sus bocanadas hediondas de sangre, de guano y de materias corrompidas.

Los inviernos eran un prelude dilatado y amable de la primavera, insinuada en el perfume intenso y tibio de los azahares que nevaban los interminables naranjales oscuros, alargando, pródigos, sus desflecados tules de aromas nupciales...

El sólo se sentía vivir entonces, cuando las gemas, como florecillas luminosas, reventaban el estuche barnizado, carmíneo o de frescos verdes amarillos de las hojas nuevas...

Con el canto de los pájaros, el borbotar de las savias y la actividad múltiple de la naturaleza, visible extraordinariamente en su casa llena de árboles, de plantas y de flores.

Las enredaderas exuberantes alargaban sus guías, tiraban sus hilillos rojos hasta tender verdaderas cortinas en los patios...

Las siestas hervían de rumores asordados en el

zumboneo ebrio de los mangangaes, de los racimos de abejas y de avispa doradas, intentando construir por todos lados sus camoatíes, —grises de espuma, pardos de barro—, hamacándose en las diminutas flores mélicas de las “brotales” de hojas carnosas, en los taxes de plata, en los mburucujaes fecundos; en el trepidar de los picaflores, dibujando líneas de cuadros futuristas en sus vuelos fugaces y de las chicharras frenéticas que, sobre el concierto, latían como el solar corazón del paisaje.

Como una repercusión de esta actividad palpitante, de ese jocundo canto, él sentía en su interior despertar un enjambre de voces desconocidas, de reclamos, de celos, de ansias.

Le temblaban las aletas de la nariz oliendo las flores, los vegetales, la misma tierra negra y gorda, que exudaba sus perfumes intensos cuando, al atardecer, el quintero regaba la huerta y el jardín.

A su alrededor una vida semi-bárbara y sensual marcaba surcos rojos, de los cuales brotaba una floración lúbrica.

Una divinidad panteísta marcaba la rueda-rueda loca, la danza dionisiaca en la cual el mundo, en su fiebre genésica, giraba como un torbellino.

Desde el corral, donde el gallo soberbio sacudía el penacho rojo de su cresta clarineando sus triunfos, hasta la casa, donde los seres que debían ajustarse a una línea más espiritual poco se diferenciaban de las criaturas de la naturaleza, todos caían en el dulce y frenético maelstrom...

Su padre, su hermano, los sirvientes, repetían— con pocas variantes— la eterna comedia.

El husmeaba el pecado en el arrebató de sus semejantes, en aquel manifestarse pristino e impulsivo de la vida, que esponjaba a las gallinas felices ondulando bajo el peso viril de su sultán o hacía comadrear al pato, que mascullaba sus interminables satisfacciones: sschsch, sschsch, sschsch, haciendo confidencias de su deleite, mientras abanicaba con su cola elocuente.

Como un perro tras una presa, excitado, oscurecido el cerebro, las fauces resacas, se arrastraba entre las plantas para ir a espiar en la glorieta los connubios híbridos del viejo Morano con su frescota sobrina, a quien trajo de Italia en su último viaje; vigilaba a su hermano, que abría brechas en el cerco para gozar la compañía de una linda vecina o, de noche, se escondía para ver al quintero y la cocinera, a la sirvienta y a un indio peoncito, en incansables juegos bajo la umbría de los naranjos o entre el tropical bloque de cañas de Castilla.

Aquel aprendizaje y aquel conocimiento precoz lo preparaban para que algo se rebelase dentro suyo al oír las máximas morales, las prédicas edificantes, de las cuales era pródigo su padre, hasta cuando, junto a su madre, —sufrida y tolerante—, andaba de guiñadas y toqueteos con la “nipote” y hacía una corte grosera y relamida a cuanta niña venía de visita. ¿Y su hermano mayor, que parecía un “santito”? ¿Y la misma prima Annunziata, deshaciéndose en sonrisas almibaradas, halagándolo con sus italianadas:

—Com'è carino il piccolo... Amore... Gioia... y queriendo acariciarle el cuello, el mentón, el cabe-

llo, lo que provocaba en el adolescente sordas y violentas reacciones:

—Salí, dejame; no pavées!, haciéndolo escapar y meterse en un rincón, buscando una soledad donde disipar su confusión y hasta un ansia de llorar de rabia o de no sabía qué.

Su inestable e inquieto pensamiento juvenil se había detenido entonces en la modosa figura de su madre, quien, por contraste, crecía y se perfilaba rica de dotes y cualidades nobilísimas. Arrepentíase de haberle proporcionado disgustos, de no participar de sus creencias, de aquella simplista y generosa religión, vuelta —en el bondadoso concepto de ella— un venero de sacrificios, de estoico renunciamiento para que los demás fueran felices de cualquier manera; se criticaba no demostrarle más ternura filial, más respetuosa veneración. No olvidaba de besarla cuantas veces salía de su casa, de besarle las manos con una conmovida unción.

Y naturalmente, junto a esa limpia y tierna figura femenina, era su genitor más basto, prepotente y pasional y más ahora que, con la llegada de otra parienta argentina, el don Juan senil maniobraba para abandonar su conquista itálica, dedicándose, desvergonzadamente, a la novel tentación.

* * *

Una noche estaban sentados en el jardín, a la luz de la luna, y mientras las personas mayores charlaban perezosamente de los chismes del pueblo, él, luego de

dilatada meditación, llegando a un humano y puro corolario, se acercó a su madre, a quien le tomó la diestra y, besándosela, le declaró:

—Tú, sí, que eres buena, mamá!

Lo expresó intempestivamente, como desafío, en voz alta y firme, transparentándose en el acento una intención de echar en cara a los demás su maldad.

Unos lo tomaron como una genialidad del chico. El padre repitió una sentencia evangélica, que no venía al caso.

La prima argentina, rió:

—¡Pero qué ocurrencias raras tiene este Chinto!, y preguntándole:

—Y nosotros?, ¿qué somos?, intentó agarrarlo.

El la eludió.

Y ella se encaprichó en atraparlo.

Jacinto huyó sin responder, y la muchacha, mientras lo perseguía entre los macizos del jardín, repetía:

—Has de declararme que yo también soy buena. ¡No faltaba más!

Los circunstantes —había algún vecino— reían de la escaramuza.

Ambos, perdiéndose, apareciendo tras las plantas en un alternarse de luz y sombra, desaparecieron tras el edificio; lo rodearon, pasaron entre los que tomaban el fresco y él, haciéndole una falsa maniobra, se le escabulló en la casa.

La prima lo había visto y ahora procedía con sigiloso disimulo para pescarlo.

Lo supo en la sala y hacia ella se dirigió.

La estancia nadaba en una penumbra lunar, en una claridad perlácea, en la cual se desdibujaban los muebles. Se abrían en floraciones áureas las molduras fulgurantes de los marcos de cuadros y espejos, azulándose en una tibia sombra mórbida las rincones alejados del gran ventanal que tamizaba la luz nocturna.

La chica giró la vista, sin precisarlo, adivinándolo boca abajo, junto al sofá, medio cubierto entre una aglomeración de almohadones.

Imitando a los niños, exclamó alto, desconsolada:

—¡No lo encuentro!, ¡qué rabia!... ¿Dónde se habrá metido ese pillo?

Y con suma precaución, conteniendo la respiración, se agachó, aproximándosele.

El perseguido contaba con que, pasados algunos minutos, podría levantarse del que creía seguro escondrijos y, ya terminado el superficial incidente, dejarse ver.

Como no percibía a su perseguidora, creyó que ésta había desistido de su intento, hasta el punto de que, al incorporarse, no pudo disimular una sensación de susto al encontrarse entre sus brazos.

—¡Te chapé!, cantó ella su triunfo al estrecharlo nerviosamente, aún agitada por la caza y por sus corridas.

—¡Déjame!, le impuso, debatiéndose, ensayando sus músculos de muchacho fuerte.

La prima lo tenía de frente, necesitando recurrir a toda su fuerza para contenerlo y lo estaba quemando con el contacto de su cuerpo, de sus senos pequeños y duros, apenas defendidos por el linón su-

tilísimo, y con su aliento húmedo, caliente, acariciador.

—¡Déjame!

—¡No! ¡Digame que yo también soy buena!

El, encaprichado, mudo, forcejeaba.

Ella, sentada como estaba sobre los almohadones, necesitó, para retenerlo, semi sentársele sobre las piernas.

Un momento Jacinto se sintió turbado, mareado; aflojéronse los nervios, zumbáronle los oídos y, ante la insistencia de ella, que lo estrujaba, cual si fuese a exprimirlo, le mintió, con rabia:

—¡Sí, tú también sos buena!

No cedían los lazos del prisionero.

Ella, cual si se encendiese de los pies a la cabellera rojo bronce, se volvía una caricia temblorosa en su oído:

—Bueno, ahora... ahora dame un beso...

—¡No quiero!

Se acentuó la lucha y la boca femenina, matorosa y ardiente, volaba como una ígnea mariposa loca, cerrándole los ojos, acariciándole las mejillas, los cabellos, pegándosele a los labios cual en la desesperación de dar un solo inmenso beso en la vida.

El ya no reaccionaba; agitado, palpitante, respondía a sus besos y la estrechaba apasionado.

—¡Amanda!, los reclamó un grito... están las de Velis.

Y las amigas, Julia y Mercedes, la saludaban.

—¡Qué linda noche!, no querés ir a dar una vuelta en la plaza? ¿Qué hacías?

—Callensé, respondía la interrogada—, me peleaba con Chinto... Quieren creer que este bandido no quería decirme que yo era buena!

—¡Qué chiquilín!, condenaban en fingido aspa-viento las recién llegadas. ¿Vienes?

—Sí, sí... ¿sin sombrero, ché?

—Sí, como estamos.

La prima se arreglaba el alto peinado, asegurado con horquillas y peinetas relucientes de piedras de fantasía y luego alargó una mano para acariciar el rostro del hombrecito, que había quedado de pie, indeciso, con temor de moverse, con la extraña sensación de que su cuerpo se había enrigidecido y era capaz de deshacerse, como un muñeco destornillado, al ejecutar el menor movimiento.

—¿Vienes, Chinto?, suplicó, canturreando, la prima.

—No, respondió él, cortante.

Y ella, al pasar y rozarlo con un beso, le susurró:

—Amorcito...

* * *

A Jacinto le hormigueaba todo el cuerpo, le dolía vagamente la cabeza.

Se fué a la cama y lo acogieron, calmantes, las sábanas frías, perfumadas con raíces de vetiver y con aquellas manzanitas de San Juan, de un pálido amarillo de Nápoles, de piel lisa y durita como una mejilla de niña, que su madre —hogareña y prolija—

metía entre la ropa blanca y que él, a veces, ¡tan goloso!, sustraía para devorárselas a escondidas.

Entonces se dormía entre aquel aroma y el de sus ingenuos sueños infantiles.

Ahora no podía conciliar el sueño.

Se revolvía en el lecho y, nervioso, el oído alerta, aguardaba, esperanzado, que volviese su prima y viniese a acariciarlo; a besarlo.

Lo oprimía una vaga angustia y su imaginación excitada hacía desfilar ante sus ojos visiones turbadoras: la siesta; la glorieta, con la grotesca figura de su padre vestido muy sumariamente, echándolo airado de sus cercanías y reclamando a la sobrina Annunziata; su hermano mayor ocultándose con Isabel Mondino tras unos improvisados telones de colchas; la cocinera y el quintero... el gallinero...

Y luego aquellas burdas, groseras figuras rosadas, casi color ladrillo, —como los desnudos de la última época de Renoir—, con las obscenas evidencias de ciertos detalles, que los muchachos de la escuela, precozmente iniciados en desviadas prácticas sexuales, tenían escondidas bajo las ropas para la delicia de sus momentos solitarios.

El, allí había descifrado tanto oscuro misterio; asistido con una nerviosa trepidación de temor y de ansia al espectáculo de los ingeniosos librillos, —rudimentarios cinematógrafos—, consistentes en diminutos álbumes de láminas, que se animaban haciendo girar vertiginosamente sus hojas, las cuales dinamizaban una lúbrica, bocachesca comedia del amor. Aquellos ambientes de lechos y cortinados de novela

francesa del siglo pasado, aquellos seres liliputienses, agitados en un movimiento frénético, volvíanse personas y hechos reales a los que su imaginación prestaba escenarios familiares y encarnaba en héroes tan concretos de versé hasta él retratado entre ellos.

Casi dió un grito en la sorpresa que le produjo, por inesperada, la voz tierna y solícita de su madre:

—¿No duermes, mi hijito?

—No, mamá.

—¿Rezaste, querido?

Para tranquilizarla, recurrió a la mentira:

—Sí, mamá.

Con su mano fina y descarnada, la señora le tocó la frente.

—Parece que tuvieras temperatura... ¿Sientes algo?

—No, mamita; me siento bien.

La madre le acarició la cabeza, lo embozó, se inclinó a besarlo:

—Pase buena noche, mi hijito.

A él le dieron ganas de llorar:

—Tú sí que eres buena, mamá.

Y cuando el rumor de sus pasos leves no se sintieron más, repitió la frase y comenzó a llorar cual si lo hiciera sobre el universo difunto de sus ingenuidades, de sus ilusiones y sus sueños infantiles.

Ahora no hubiese deseado que viniese Amanda.

Su madre, cual si la aureolase un halo de santa, aclaraba su sombra, purificaba el aliento turbador que lo sitiaba en un círculo de floraciones veneno-

sas... Y la urgencia del instinto se ahogaba en un río de plegarias fervientes.

* * *

Regularon las llamas que ardían su pubertad precoz.

Entre aquel misterio obsedente, con un fondo caótico de limo y espiritualidad, con su misticismo, su exaltación dionisiaca, su tormento de duda religiosa, su anhelo de bien, veía abrirse ancha la perspectiva de los problemas sobre los cuales, hasta ahora, había resbalado como la gota de agua sobre el vidrio.

Ahora, raicillas de intuición, garfios de dolor, lo fijaban en la superficie lisa, lo relacionaban con el medio, lo connaturalizaban como en un acodo que inyecta su savia en la planta arraigada y siente en sus vasos la ajena linfa.

Y no titubeó en su inexperiencia.

Niño temerario con las llaves de un castillo enigmático, no se detuvo ante su puerta adusta.

Algo más fuerte que él lo impulsaba a salvar los umbrales.

Y vió en la luz meridiana de los recuerdos, de los hechos, de la cotidiana vida, la pálida y triste figura de su madre engañada por los sueños y por las esperanzas; de aquel ser dócil, débil e irresoluto, brizna de hierba en las torrentosas impulsividades de su marido autoritario, violento y pasional.

El no conoció toda la tragedia que pesaba sobre su casa, pero lo que veía, lo que sabía, le bastaba

para justificar la amargura, la melancolía, la muda desesperación de su madre.

.

Unas voces argentinas, unas limpias voces de doncellas, irrumpieron tintineando en su abstracción.

Las de Velis y Amanda volvían de la plaza.

Ella, aunque no era aquel el camino más breve que la conducía a su habitación, pasó por la del adolescente.

Vino en puntillas; se aproximó a su lecho:

—¿Duermes, Chinto?

Lo envolvió en la tibieza de su respiración, en un hálito de vago perfume de mujer y de juventud, le dió un beso y se fué ligera, silenciosa, como en un delicioso sueño.

Una agradable sensación de languidez, de cansancio de convalecencia, de ingravidez física, de alargada calma espiritual, lo tuvo un ancho espacio en una vigilia inconsciente. . .

¿Era posible que sentir aquello fuera un pecado?

¿No era bello, dulce y bueno?

¿Así se disfrazaba el mal?

¿Tomaba esas formas seductoras y tiernas, y quedaba en el alma y en la carne como una música, como una caricia y como un perfume?

.

Se durmió entre aquellas emociones contradictorias, sobre las cuales flotaba un presagio de promesas dulces e insabidas.

III

T

RANSCURRIERON

días sin más particularidad que su propósito de eludir encuentros a solas con su parienta.

Le había cobrado, más que antipatía, temor.

Ella encarnaba la diabólica amenaza de su perdición.

En compañía de su madre, volvió a frecuentar la iglesia.

No podía mirar a su genitor sin fruncir el entrecejo y temblarle los labios, lleno de ira.

Integraba el paréntesis ardoroso de las siestas con la disciplina del estudio o dibujaba para evitarse la enfermiza tentación de ir a espiar a los faunos que, desenfrenadamente, vivían el poema de la naturaleza, que clamoreaba su canto por todas las bocas.

El sol vertía su lluvia de fuego, el azul de los cielos empalidecía como en un espasmo, ardían los oros cálidos de las naranjas en los verdes pompones de los árboles y en las alteas esbeltas y en los paraísos frondosos, —que debían ser frescos y acogedores—, chirriaban como una polea loca, vertiginosa e incansable, las punzantes cigarras, que a veces continuaban con sus cantos hasta las primeras horas de las noches deslumbradoras.

Como no queriendo oír las múltiples e incitantes voces en celo, él se tapaba con las dos manos los oídos y como si lo fuera a buscar a su interior el reclamo vital, percibía golpeándole los pulsos, repercutiéndole en las sienas, un zumbante trémolo continuo.

Era la sangre que le tumultuaba en las arterias, era un cabo de instinto que él, sin saberlo, traía desde el fondo de la especie y lo ligaba a la tierra material, lo atraía con el magnético poder de su imán, contrarestando sus tenaces esfuerzos por lanzarse a los espirituales azules del cielo, del más allá.

* * *

Amanda, en reacción natural, comprendiendo que él la huía, probó despreocuparse de la escaramuza, pero, pasaron muchos días y, superado el resquemor de su orgullo e instada por una necesidad de ternuras y de caricias, lo buscó de nuevo, le hizo guardia hasta dar por fin con el bandido, que se refugiaba en el pequeño mirador que coronaba el edificio.

Todo duerme bajo el sopor de la siesta.

Calló en la cocina el último rumor metálico de los cubiertos y de las ollas, el canturrear monótono de la sirvienta; sólo rompe el silencio espeso el golpear de los cascos de los caballos del coche de la familia, que mosquean nerviosos, y algún perezoso cantar de chitarra.

La muchacha que, sin sueño, se ha tirado a dormir, se levanta y asciende, precavida, la escalerita del altillo.

Llega allá, cual sin un propósito.
Hábil, disimulada, se maravilla:

—¡ Ah, estabas aquí!

—¿ Y dónde querías que estuviese?

—Como dormías la siesta en el cuarto de tía...

—Por no incomodarla... Como a veces no tengo sueño...

—Lo que me pasa a mí...

—Ah...

—Estás poco comunicativo... Si te estorbo, me voy... ¿ Estudiarías?

—No, no; distraído...

—¿ Qué lees?

—Pavadas... Villaespesa.

—Tiene cosas divinas...

Las mujeres a veces exageran y, en general, desconocen el valor de los adjetivos que se usan hasta porque se ponen de moda...

Y agrega, como necesitando justificarse:

—Hace un calor, ¿ eh?... Se ahoga una... Yo subí buscando aire.

La caligine no cabe, se aprieta entre los bordes sin bordes del espacio.

Es una tarde pesada y opaca, con la grisácea densidad de los días de eclipse, y el aire enrarecido y el cielo de un lívido amarillo lechoso, incuban como un presagio de fenómeno meteorológico.

El, que viste un ligero pijama, con la torpeza de su timidez, cierra el libro y comienza a dibujar desganadamente.

Ella, como estudiándolo, lo contempla; lo mira en el filo del amor y del odio.

Va hasta el ventanuco, que recorta en la lejanía una colina pedregosa, los ardidos campos pajizos, la tortuosa línea violeta del Ceibal reseco y saca la cabeza, que, en la luz vivísima, da la sensación de contornearse de un resplandor llameante.

—Es un horno! . . . Se asfixia una! ¡Cómo puedes tener esto abierto!, y cierra la ventanita, aproximándosele

Una subitánea reserva pudorosa la retiene, reeditando su reacción agresiva, que choca con el mimoso tono anterior:

—Te dejé casi a oscuras; en una de esas te molesto.

El, abochornado de su actitud, arrepentido de su sequedad, intenta corregirse, respondiéndole:

—No, querida, siéntate . . . pero continúa con su diseño.

Tras un minuto de indecisión, el femenino brazo desnudo rodea el cuello del incipiente artista:

—¿Qué dibujas?

—Nada.

Realmente, su lápiz corría al azar de lo subconsciente, pero los ojos de la curiosa constatan los trazos ondulados de una academia, de un desnudo.

Con el pretexto de observar el progreso de la obra, se adhiere como si se fuese a moldear sobre él, y, tontamente, pero con una intención picaresca, lo interroga:

—¿Es tu novia?

—Loca!, y si la tuviera la iba a ver así?

—Bah, de todos modos . . . Si yo fuese tu novia te querría tanto que te haría todos los gustos . . .

Lo mira, y disuelta en una ternura que le vuelve las frases como una tibia cosa acariciante y como un vino embriagador, le susurra:

—Amorcito, si tú supieras como yo sé querer! . . .

¿Me quieres, tú?

El tiene la boca seca, la garganta estrangulada; intenta contestar, pero ella le bebe las palabras, lo besa, lo estrecha hasta casi desvanecerlo.

Cuando ella escapa porque el golpear de una puerta la ha atemorizado, él, vuelto a su albedrío, se critica:

—¡Mire que soy estúpido! ¡Lo que ésta va a pensar de mí! . . . Se va a creer que soy un chiquilín! . . .

* * *

Se repiten esas escenas, que les quemán los nervios y los dejan angustiados y laxos.

Se hipersensibilizan.

Amanda llora en raptos de melancólica opresión; él hace con todo cábalas que, si resultan propicias, lo acercarán a Amanda o le postergarán su sueño; cree percibir su voz, su reclamo en la noche, cuando en horas de insomnio resta febricitante escuchando los sordos rumores nocturnos, el seco crujir de las maderas de los muebles, que estallan al dilatarse por la alta temperatura o el rítmico modular de los grillos entonando sus cantos de amor entre los arbustos del jardín . . .

* * *

En la estación templada, —luego de la cena—, la familia se reúne en el viejo jardín, que enmaraña

en el patio, junto a las habitaciones, su tupida tramazón de troncos y follajes.

Como rocían las plantas al atardecer, aun rezuma el vaho cálido y salubre de la tierra refrescada por el agua y su perfume fuerte se une, sensual y tónico, al voluptuoso aroma de las magnolias foscatas, al dulzón de los floripones, al de los jazmines del país y de la menta y a la gama de olores que los vegetales exhalan, exuberantes, bajo la influencia del tibio aliento de la noche.

Palmeras enanas, cactus espinosos de flores carnosas y mórbidas, tropicales bananeros verde pálido, se confunden en bello desorden con los helechos de flora primitiva, de troncos robustos, marrones y pelosos, con las calagualas, abiertas en mazos graciosos—de hojas traslúcidas cual si fueran de vidrio—, con las ñamen amargas, de forma de corazón, con las achiras y las hortensias prolíficas, con los decorativos filodendros, que trenzan a flor de tierra un múltiple enredo de raíces de un complejo aspecto de reptiles, de ofidios, de tentáculos vivos.

Mezclado a ese mundo vegetal, —con la tenaz existencia de lo humilde—, carne de perro, se apretujan heliotropos, malvones, que se desangran en flores rojas, matas de cedrón oloroso, retamas y toronjiles y lujuriosas enredaderas indígenas, del taxo y el cipó-milón, al guaco y al mburucujá y a las variadas trepadoras silvestres, —plantas del monte—, de anónimos linajes, de ignorados nombres.

Con la luna, que filetea de plata las hojas duras y lustrosas de las magníficas magnolias y filtra su

líquida luz entre los follajes; con la sombra apretada y nupcial de los naranjos espesos, estirados sobre el enrejado divisorio de los patios; con la amenaza del misterio cabalístico de las lechuzas que, desde los matorrales de ñapindaes de las colinas cercanas, hacen sus nocturnas excursiones sobre el pueblo,—desgarrando el aire dormido con su vuelo de pana y su graznar castañeteante—, se contornea un fabuloso hechizo avasallador y enervante.

En tal ambiente, en el cual obra su maleficio la noche, el embrujamiento de la luna, el respirar cálido de la tierra y de aquel mundo vegetal que palpita allí, viviendo y amando en un hervor de ínfimos rumores que dan la sensación de un cuchicheo, de un suspirar, de un modular palabras en sordina, de un parpadear de pupilas, de un voluptuoso ondular de cuerpos en extraños connubios, Jacinto se adormece irresoluto, en una lánguida inacción, mientras Amanda, en hábil maniobra no se le aproxima, lanzándole el puente de inteligencia de una frase tierna e insinuante.

—Rico... me dejas adivinar las lindas cosas que pasan por tu imaginación?

El se sorprende como si fuera posible que ella desentrañase el secreto de sus sueños; se encoge en un silencio avaro, mientras ella alarga una mano que le acaricia repetida, largamente, la cabeza, alisándole el pelo —como hace la gata con sus mirrinos— revolviéndoselo, con un moroso placer.

IV

EL ya va al Instituto Politécnico, donde, pese a las prédicas morales de don Alejandro Osimani, —siempre un poco cómico con sus italianadas—, y a la severidad flemática de don Miguel Llerena, terror de los discípulos con sus retos y sus sermones interminables, pese a la rigidez de este buen gnomo de barba roja, las malas compañías precipitan su despertar precoz.

Un día, unos compañeros se le burlan:

—¿Este pollito, recién salido de la cáscara, seguro que todavía “no ha visto la cara 'e Dios”.

El, orgulloso y suficiente, ya al cabo de la jerga lunfardo-escolar, ríe:

—¿Por qué no me ponés el dedo en la boca, a ver si muerdo?

No los convence su desparpajo.

Resuelven invitarlo:

—Entonces serás pierna para correrla esta noche con nosotros?

—No lo van a dejar salir en la casa...

—¿A mí?, —se envalentona él—, salgo cuando quiero.

—¿Venís, entonces?

—¿Dónde?

—Recorremos los quibebes; vamos a lo de Salomé, una paica así!, y alza el brazo y doblándolo en ángulo agudo, aprieta el puño, expresivo.

Otro remata:

—¡Macanuda!

El se juega entero, tirándose las de hombre:

—¿Dónde me esperan?

—En el café de Dondo...

Suena aún una recomendación:

—Traé monis...

—Bah, ya sé...

Y va a iniciarse.

Son cuatro, cinco jovenzuelos imberbes.

Como los mozos de mala vida, al intentar “correrla”, —bien requintados los chambergos, adoptando aires de malevos—, hacen la ronda de los boliches.

En el primer despacho de bebidas al cual penetran, dos ordenan:

—Anís escarchado, en copa grande.

—Para mí también, adhiere Jacinto.

Los demás beben caña.

Licor más de machos.

Al bisoño le dá vergüenza: tomar cosas dulces, como las mujeres!...

Y a la otra vuelta pide:

—Una doble!

¡Eso es chupar!

Y aunque se le saltan las lágrimas, se la toma de una sentada para deslumbrar a los muchachos.

En los barrios del extremo oeste del pueblo, en las inmediaciones del puerto fluvial, se alzan las casas tenebrosas.

Figuras del hampa, marineros y soldados uniformados, trabajadores en mangas de camisa, se cruzan con algunas mujeres escandalosamente perfumadas a polvos y lociones baratos y que, al caminar, se con-tonean en meneo de tango quebrallón, provocando el frú-frú cantor de las enaguas almidonadas.

Los hijos de papá, los niños bien, son mirados con el rabo del ojo y, en general, no entran en los míseros boliches sombríos —un mostrador de pino, un barril de caña, una docena de botellas y no más de taburetes, —todo nadando en la acuosa penumbra de una luz opaca—, de donde surge un bordoneo de guitarras y cantos; ni en lo del gringo Landi, de cuyo salón apestoso de humo de tabaco ordinario surge lamentosa la voz de falsete del cantor de una lotería de cartones.

Las calles son oscuras y tristes.

Las familias honestas que tienen la desventura de vivir por allí, conservan sus casas cerradas con hostil prevención.

Donde se desdobra el resplandor mortecino de un farol, se ha de ver una puerta cancel de madera despintada, en cuyo centro, a la altura del rostro de una persona, tras un enrejadito, hacen guardia las "paicas", las "loras", las "locas", las lamentables pupilas que cantan refranes procaces, el tango de moda o tararean incansables, enronquecidas y desafinadas.

Por allí está lo de la negra María Luisa, lo de Pedruzo, lo de Angelito, lo de Sara la Burra, lo de Pancha Amarillo...

Sendos portones, de donde parece va a irrumpir la tiniebla que ahogará las calles, indican otros refugios de tolerancia de categoría más ínfima o de mayor discreción.

Uno de estos es el de Salomé, quien disfruta de un gran prestigio entre los jovenzuelos, perseguidos, como menores, de los lupanares patentados.

Allí llegan tres de ellos; otros dos se orientan hacia distinto puerto.

Jacinto titubea antes de entrar. Una timidez, un temor, una especie de angustia, lo oprime. Siente palpitarle el corazón...

Mira a su espalda, a su alrededor, cree oírse llamar, se le presenta el rostro dulce y resignado de su madre, la figura basta y torpe de su genitor; adivina ojos tras las rendijas filosas de todas las ventanas negras; le parece oír cuchicheos burlones, sarcásticas risas contenidas...

Tal estado de ánimo lo hace ignorar el movimiento de inercia que lo planta en medio del patio de lozas desaparejas, de anchas y esponjosas piedras del Salto, mojadas de un grasoso sudor de humedad.

Tropezca en una lata de kerosene desde donde lo asalta el tufo de brujería de una "ruda" hedionda.

Eso lo hace echarse atrás, reflexionar, tomar contacto con lo real.

En ese instante descubre a sus amigos que penetran en una habitación apenas iluminada.

Lo hiela un malestar de destemplanza aquella noche y se queda solo, indeciso, agitado, sin seguir a sus compañeros, maldiciendo su poquedad, su irresolución.

A través de la abertura del portón, mira hacia la calle...: los vagones del ferrocarril Noroeste mienten gigantescos escarabajos negros que se van a devorar una casilla de guarda-agujas...

Al fondo entre las rocas y los matorrales del enorme barrancón del Cerro, se abre, tímida, el alba de plata de una luna en menguante...

...Piensa en su prima, tan fresca y tan bonita: un poco boba como las flores rosa de los geranios hiedra. Surge el jardín de su casa... La sala en penumbra... la alfombra, los almohadones...

Un agudo silbato de locomotora lo toma de sorpresa, como algo que lo agrediera.

Uno de los compañeros le está repitiendo a gritos:

—Che, Morano, y ahora? ¿Qué hacés? ¿Tenés miedo?

—¿Yo, miedo?, finge una despreocupación sonriente y sigue al camarada, con un aire de caldera a alta presión a la cual se le ha clausurado la válvula de escape.

No es para tanto.

Han entrado en la habitación de la abuela de la barragana.

La vieja gorda, aceitosa hasta en el hablar, lo saluda con intención de bienvenida:

—Dentre, joven; no sea arisco... y observándolo con sus enrojados ojos cegatones, de tras los dimi-

nutos lentes de caricatura, que lucen un promontorio de trapitos sobre el caballete de la nariz, lo halaga:

—¡Qué lindo mocito!... ¡Mire que tiene suerte mi nietita!... Cuántos di ustedes van a ser doctores y gente del Gobierno y coroneles, y entonces la podrán ayudar...

...Yo también he conocido alguno; pero conmigo no si han portau muy bien, que digamo...

Y tras un suspiro, que termina en un "ay del ay!" lamentoso —quizá por sus buenos tiempos difuntos—, empuña la pavita de lata ennegrecida de hollín, que conserva el agua caliente para su eterno brebaje, y ofrece, cumplida y melosa:

—¿No gusta un matecito dulce? Nu haga cumplimiento...

El compañero, antiguo conocido, responde, ceremonioso:

—Está en buenas manos, misia Pepa.

El atropella un caballeresco "mil gracias", repugnado sólo de pensar que pudiese sorber la misma enlambuzada bombilla.

Como de un decorado de filodramática, de tras una cortina de cretona descolorida, surge el amigo que falta.

Una voz cantante, fina, con algo de infantil y musical, solicita:

—Que venga otro...

—Vaya, usté, m'hijito, ayuda la abuela.

—Vos, Morano; te toca.

—¿Yo?, se pone en pie, como extrañado, sin convicción, el aludido.

—Sí, tú, —insiste con autoridad su predecesor.
Y el primer informante le ciceronea al oído:

—¡Pagale primero a la alcahueta.

—¿Adelantado?

—Sí; es la costumbre.

—Esu es, niño, cinco riales... Ustede son de confianza, aunque pagaran después no sería nada... Pero vienen tanto calotero... Sólo cinco riale, —repetía mientras embolsicaba, levantándose las polleras en una complicada maniobra, y agregaba:

—Güeno, después está n-usté si le quiere dar algo a ella; un barato, una yapita...

* * *

Aparta la cortina y empuja, resuelto, una puerta.

Un tufo de jabón de turco, de polvos de arroz, de moho vago tras los perfumes de lociones, de colonia barata y de benjuí, se confunden con un nauseante olor a petróleo. Una lámpara cubierta por una pantalla rosada decora un rincón; en otro, un pedestal de yeso sostiene un vaso de vidrio rebosante de flores de papel de seda y de penachos de cañas de Castilla pintados con anilinas agrias y, flotando como una barca en medio a la difusa penumbra, se abre un ancho lecho de blancura dudosa, que se hunde como un nido donde se apelotona la fémina.

De buena gana giraría sobre los talones y escaparía.

Tiene tentaciones de regalarle plata a la mujer y

pedirle que no revele que se retira con su aventura en blanco.

Pero, ¡el ridículo!, ¡el ridículo en que caerá si se divulga su cobardía!

Ella, iluminada por una sonrisa picaresca y procaz, lo espía mientras él pasa revista a los muros encalados donde se confunden cromos detonantes de viejos calendarios, pantallitas de reclame y decenas de tarjetas postales: retratos de artistas, figuras simbólicas, emblemas románticos de corazones y palomitas, port-bonheurs, herraduras, ramos de trébol de cuatro hojas, clavos...

—Y ahura qui-hacés, chiquito?... Sacate el saco, vení...

—No te vas a estar áhi toda la noche...

Y atenuando la última frase:

—No se puede perder tiempo, mi rico...

Agil, mete los pies en unos zuecos rojos, adornados con flores de lana, y se le aproxima, felina, precipitándole un proceso de pensamientos, que nace, moroso, entre su timidez y su inexperiencia.

El preferiría dar largas al asunto, transformar aquello en un tema para floreo de intuiciones y disquisiciones; conversar al desgaire o aún apasionarse, pero desde el otro lado de las candilejas, cual si no fuera uno de los protagonistas del equívoco paso de comedia.

Desde un segundo plano de reflexión, empieza a sentirse ridículo, fuera de foco, absurdo.

Está entre el niño "mamita", que aun necesita

andadores y tutorías y el muñeco al cual se han olvidado de dar cuerda.

La mujer se va a reír de él...

Ella, ayuna de semejantes intrínquilis, incapaz, no sólo de sentir, sino siquiera de percibir tales matices y sutilezas psicológicas, le alarga el rostro magro —de un pálido marfil— ofrécele sus rojos labios bermeillon y entorna los ojos intensos, afiebrados, que hacen dos manchas de sombra, con las largas y curvas pestañas voluptuosas y los venusinos surcos de las ojeras.

Sus cabellos negrísimos, lisos, lustrosos —donde se adivina el aceite de olor— se reparten simples, como barnizados, sobre la pequeña cabeza femenina donde no hay sitio para ninguna idea.

De las diminutas, sonrosadas orejas traslúcidas, penden dos macizos aros de oro, que le prestan un aire exótico de bailarina asiática.

Es una vulgar mujerzuela de baja extracción, pero posee una extraña y fina belleza y una seducción envolvente.

A más está signada por una fiebre amorosa, que la circunda de una especie de flúido, de una aureola de embrujado misterio, en el cual él sucumbe como hechizado.

* * *

—Epa, bárbaro!, tenés “dormida”... la pierna?... se burlan los amigos, adoptando frases del caló de los bajofondos.

—Espérenme, responde él, y con un gran esfuerzo de voluntad, se arranca de al lado de la hetaira.

Sale pálido, malhumorado, atragantada en el alma la angustia de una decepción que le apaga los sueños; con un hambre de ternuras limpias, de frases transparentes, con el asco de ser un parroquiano entre veinte que han saboreado los mismos deleites, respirado igual atmósfera nauseabunda, densa de emanaciones de cuerpos, de perfumes inidentificables, del aliento de moho de los muros leprosos, húmedos, de la hedionda estufa de kerosene sobre la cual humean, secándose, toallas empapadas.

Del filo del deleite, la profesional lo ha hecho resbalar a la más repugnante materialidad, enterándolo que debe repetir el óbolo a la celestina, pues su demora incurre en dos “visitas”, que significa tarifa doble...

Ya en la calle, los compinches le demandan:

—¿Y qué tal, che?

—Bah, responde él, con estudiado aire de libertino, y apabulla a sus pretensos cicerones, con una frase brutal y obscena.

—Vamos a tomar algo para entonarnos, se propone.

Al aceptar, Jacinto invita:

—La noche está tan linda; debíamos ir hasta el muelle, a respirar...

Lo último le brota como una necesidad para alejar del cuerpo y el alma aquella mugre, que le revienta en náuseas en la boca agria.

Uno insiste:

—Aceptado; pero hay que chupar algo.

El escote camaraderil amontona unos pesos y un delegado va por galletitas y unas botellas de Jerez y de Oporto, mientras los otros, reclamando a los compañeros dispersos, siguen por la vía del ferrocarril Noroeste hacia el muelle, que da dos o tres zancadas de acero dentro del Uruguay.

* * *

Con su precisa marcha matemática se desangra el tiempo en el infinito.

La noche enigmática y vieja se comba sobre el mundo esperando escruten su misterio las cinco incógnitas de aquellas cinco vidas en flor.

Ninguno alza sus ojos hacia ella.

No piensan, no crecen hasta ella.

¡Ninguno!

Que el hombre, desde el fondo del pretérito desarróllase hacia su destino, viene curvándose sobre él, adhiriéndose con las ventosas de sus acciones para no fallar un milímetro de su derrotero.

Los jovenzuelos están arrojando sus anclas en el fondo cenagoso de la vida.

Sangrientas raíces sensuales se hunden en la tierra propicia.

Como esos blancos gusanos ciegos que descubre la azada del labriego, se agitan avizorantes no se sabe si esperando llamados, aspirando los olores que caracterizan lo que los rodea o tacteando el ambiente.

Hay voces en el aire; hay ímpetus en la carne; hay urgencias turbias y acicateantes.

Hay no se sabe qué.

La despreocupación de los mayores que dejan que los inexpertos muchachos se expongan a todos los terribles albures de las iniciaciones; la irresponsabilidad de la mala costumbre: "todos hemos hecho lo mismo"; los prejuicios del machismo y la hombría, que cierran un ojo a las escapadas de los adolescentes "que están en edad de correrla"... , conspiran a que toda preocupación trascendente, digna de cultivarse y estimularse, derive hacia las exclusivas satisfacciones de la materia.

Unas nubes de piedra pómez, con bordes fileteados de azogue refulgente, galopan dando la sensación que la luna ha iniciado una vertiginosa huída, ocultándose a momentos, reapareciendo con un acentuado lúcido de metal pulido, entre profundidades azules, que, al reflejarse sobre el ondulado y movedizo curso del Sauzal, le da una gracia de arroyo niño que juega a las escondidas con las barrancas negras.

Los rápidos taludes que enalzan la vía, apretados de yuyos, de malezas, de toronjil, abrojos y manzanilla, exhalan un perfume acre y tónico.

Salvada la depresión del cauce de la corriente, combaten siluetas fantásticas enormes cilindros de viejas calderas, árboles de espinillo enanos y matorrales sombríos.

Los muchachos caminan lentos, sin hablarse, haciendo pueril equilibrio sobre los rieles paralelos.

Uno intenta sonsacarle confidencias al que supone novel iniciado:

—¿Y, che?

Los otros se aglomeran atraídos por el imán de revelaciones inéditas, sorprendentes; acuciados por una malsana necesidad de continuar respirando la atmósfera del lupanar, junto a un ansia de confrontar sus sensaciones, de hallar otras más sutiles, más refinadas, más satisfactorias.

Jacinto los defrauda con su suficiencia de juer-guista:

—Bah...

Donde empieza el muelle con sus altas columnas y su tramazón de hierros, equis y zetas que se cabal-gan incesantes, crece, con su ojillo de luz, la casilla en la cual un motor incansable resuella su esfuerzo laborioso, pompando agua.

A esa altura los alcanza el cuarto amigo.

Cual si adquiriesen energía con el refuerzo, arre-cian contra el neófito con ruegos de confiancias y confesiones:

—Che, Morano, contá lo que sentiste.

El atreve impune la mentira:

—Si hubiera sido la primera vez!...

Allá abajo el río, que desmenuza con sus hélices de olas la plata viva de la luna, se mueve fosforescente, haciendo un vago glu-glu monótono en las cuevas de las barrancas, contra las metálicas columnas del muelle.

De los barcos de vela solitarios, anclados allí cer-ca, que en un esfuerzo imposible de alcanzar las estre-llas alzan hacia el cielo una lucecita roja en su palo

mayor, viene otro rumor de golpeteo de las ondas y un dúo de ladridos de perros vigilantes.

* * *

El se debía las voluptuosas escenas con que teje el romance de su quimérico donjuanismo en agraz.

Un prurito de pasar ante sus propios ojos como el auténtico protagonista de las amorosas lides, lo in-citan a poner en práctica "a posteriori" lo que in-ventó.

Sufre el mismo proceso mental del pequeñuelo a quien se le manda ejecutar un acto que, premedita-damente no cumple, pero que comprendiendo haber incurrido en falta al no realizarlo, con el solo prome-ter su cumplimiento lo da por hecho, mintiendo con una soltura que nace de su íntima promesa de rea-lizarlo...

Al llegar, bastante ebrio, a su casa, va resuelto a acompañar en el lecho a su parienta.

Como se obedece —en extraña superstición— a las indicaciones de un sueño que creemos una profecía, él rehará, "vivirá", la trama de su imaginar.

Le voy a decir tal y tal cosa; voy a hacer...

Se quita la ropa en su habitación y con exagerados gestos de sigilo va hasta la puerta de la estancia de Amanda. Lleva la mano al picaporte, que abandona cuando éste cruje su rumor metálico. Intenta constatar si oye algún ruido sospechoso. Siente enrigide-cérsele las piernas, ponérsele tensos los tendones del cuello, girarle las sienes como dos remolinos y zum-barle la cabeza en un tumulto indescrptible.

Cree estar llamando quedo y no se le formula la voz en la garganta.

¿Llega a su oído el ritmo preciso de la respiración de ella? ¿Suspira? ¿Lo llama? ¿No irá a venir, presintiéndolo?

Un mundo confuso y caótico alienta a su alrededor.

Lo cercan cuchicheos, lo rozan alientos, lo circundan sombras movedizas.

Reflexiona que quizá le falta coraje y como no puede admitir semejante ofensa, tantea rabioso en la oscuridad y cuando encuentra un picaporte, lo oprime con rabia, lo gira violentamente y el abrirse imprevisto de la puerta lo hace perder el equilibrio y caer sentado.

El golpe ha sido rudo y el espectáculo que se presenta a su vista extraordinario.

Ve una lejanía celeste, con un paisaje de árboles y plantas plateadas.

¡Ha abierto la ventana que da al jardín!

El ruido puede haber despertado a alguien.

Huye.

Va a su cuarto.

Se sienta en la cama.

Cuando olvida la razón de aquella vuelta precipitada, se pone a pensar que Amanda lo ha sentido y va a venir.

Sí, va a venir...

La cabeza pesada se le dobla sin dominio, se le dobla y arrastra el cuerpo, que así torcido, va cayendo lentamente, hasta que el mareo turbador del al-

cohol, el cansancio y el sueño lo hundan en una mordera angustiosa y opaca.

* * *

Libre, desatado, impulsivo, acicateado por sus amigos y por el mundo sensual que palpita a su alrededor, ya no encuentra apaciguamiento a su sed ardiente.

Menudea sus visitas a Salomé; hace nuevos conocimientos de comercios de amor clandestino; se vuelve asiduo hasta de los infames y sucios rancheríos que, en el arrabal, surgen con el recurso del barro y las latas viejas de la basura.

Con su compañía, van allí tras lo pintoresco, a beber caña, a bailar —con acordeón— las polcas chacareras y los quebrallones tangos en boga.

Está mordido por un ansia de insatisfacción.

Revive y despierta en el retoño —como en un terreno lujurioso la mala hierba— la fogosa vitalidad del viejo Morano, con su inacabable serie de aventuras.

* * *

Una noche que se queda en casa, con ese simplismo de resolver los problemas dada cualquier caprichosa premisa, decide hacerle una visita a la sirvienta.

Sin rodeos, sin los previos circunloquios de una corte más o menos hábil o grosera; en la firme convicción de que los naturales procesos síquicos y fi-

siológicos de los cuales él es campo propicio, deben actuar en la otra criatura que elige como protagonista del drama, se dirige a su habitación.

En la sombra, guiándose por sus recuerdos, caminando en puntillas, reconociendo por el tacto las paredes; deteniéndose ahogado por una —para él— ridícula emoción y con momentos de curioso e inexplicable pánico, avanza.

Parécele oír mudos y cautelosos pasos; puertas que, con casi imperceptible rumor, giran sobre sus goznes; voces y fragmentos de frases, apretadas entre el siseo de la sordina...

Palpítale el corazón, látenle las sienas, acalábranse las piernas, en las múltiples manifestaciones de su tensión nerviosa.

De pronto intuye que alguien —invisible, naturalmente— marcha en su dirección.

Un siniestro fulgor de odio surge de unos ojos agudos que tratan de horadar la tiniebla.

Se le acercan.

Contiene la respiración.

Se inmoviliza.

El instante se eterniza.

Duele como un mordisco.

La defensa subconsciente de un ramalazo de locura, donde puede desembocar el terror, lo impulsa a intentar explicarse la sensación terrible:

—¡El miedo me hace ver visiones!

Inconscientemente, modula el concepto que lo reanimará, cuando un fugaz zumbarle de aire a la altura del rostro, le evidencia que lo agreden.

Se repliega hacia atrás con tanta violencia, que se golpea contra un muro.

El dolor que le produce el choque se aumenta con el de un puñetazo que recibe en el estómago.

Se muerde, conteniendo un grito.

Huye, para evitar el escándalo.

Puede darse cuenta de quien es el nocturno asaltante, porque el agresor, furibundo, tanto como indiscreto, ansioso por identificar a su presunto rival, interroga, rabioso:

—¿Quién é?... ¿So vos, Cacintito?... ¿Luí?...

* * *

Ni una palabra al día siguiente.

Es que no ha pasado nada.

A la luz del sol se habla, se sonríe, se tiene una cara...

A la noche se desatan las fieras.

Vagan monstruos en el misterio de las tinieblas.

Es un ir y venir, un respirar, un palpar, un horriguear de vidas e instintos, que pierden sus ejes y sus nortes.

El alba mata las larvas informes y oscuras, cual si la limpia agua rosa y celeste de la mañana lavara el borrón pardo en el cual naufragan los seres.

* * *

Desde entonces el viejo lo odia.
Lo persigue.

Recuerda aquel personaje de Giovanni Verga, que, antes de morir, quiere arrasar todo lo que ha creado para que nadie lo disfrute.

Le prohíbe ir a Concordia cuando la parienta regresa a su casa.

Lo vigila, lo cierra con llave por la noche.

Y termina por alejar al muchacho incómodo, mandándolo a Montevideo con el pretexto de la continuidad de sus estudios.

V

EN la Capital, independizado de la vigilancia y las atenciones familiares, del mismo respeto —que tomaba formas de veneración—, por su madre, se deja arrastrar por sus desenfadadas inclinaciones.

Por ese entonces ya ha descartado definitivamente el problema religioso, pero en las temporadas, un tanto saltuarias, en que lo asquea la vida de crápula de los lenocinios del Bajo y sus adyacencias, el juego, los bailongos y las orgías con mujeres, comilonas y borracheras en las “casitas” de solteros, —que él con sus abundantes mesadas de muchacho de familia rica ayuda a sostener—, se le manifiesta otra especie de frenesí, el del misticismo social. Coincide esto con los años de auge de un anarquismo romántico que exalta y electriza una entera generación soñadora, la cual se alista bajo la bandera roja, que cobija —verdaderamente fraternal— empollando ideales, a obreros, a intelectuales, a estudiantes.

Ahí anda él, dragoneándola de bohemio y de revolucionario, frecuentando el Polo Bamba, el Café Carlitos y el Centro Internacional, escribiendo en las revistas subversivas, componiendo dramas de tesis para las filodramáticas de los compañeros, recitando

versos en las veladas, hablando en los mitines y las asambleas.

De pensión en pensión, cambiando de barrio, frecuentando paseos y sitios de diversión, se consigue varias novias, a muchas de las cuales y pese a la "ideología", abandona cuando no queda nada por pedirles y nada por enseñarles.

Por fin y hasta contra la negativa del padre, se casa, "un poco apurado", con aquella Laura, dulce, inteligente y buena muchacha, a la cual hiciera madre y quien, con esa característica ingenuidad de las enamoradas, sueña con regenerarlo.

El, al principio, también lo cree, siente la necesidad de ello, pero todo ha de ser en él intelectual, pensamiento de apariencia tenaz que no cuaja en realidad, pues a sus conatos de apaciguadas calmas, a sus aparentes lagunas de tranquilidad, a sus propósitos de modificarse, procurando pureza y orden; a su abstención de la bebida, suceden oscuros períodos en que hasta olvida su hogar, épocas de furias sensuales en que se lía en trescas turbias con aventureras a quienes magnifica como seres extraordinarios, bordando novelas fantásticas alrededor de una bella frase, de un fragmento de romance al cual él presta contornos irreales.

Cuando retorna a su normalidad, a su sentido común, se pregunta, horrorizado, ¿cómo pude hacer ésto? Se condena: ¡esto es una abyección!, mientras de tras la vidriera de un café estudia una mujer misteriosa que pasa siempre a la misma hora o sigue a una empleadita de tienda.

Su mujer reedita, aumentados, los sufrimientos de su madre y como la salida de su casa ha sido todo un drama para Laura, como vuélvense realidad los más pesimistas y exagerados pronósticos de su padre, ella debe ocultar las calaveradas del marido, que malgasta su peculio en francachelas y regalos para artistas o cocotes y debe beberse a solas las amargas lágrimas de sus celos, de sus desengaños, de sus mortificaciones.

Entre tanto, con la levadura del oscuro instinto, empujados por el destino, van llegando los hijos...

Eliseo, Jacintito, Raúl, Alma...

Y con cada uno de ellos, con su entrada en la vida, Morano, que sufre un sofrenazo de llamado a la realidad, planea una reforma de su existencia, llevando más tiempo en programarla que en echarla en olvido.

Y la dolorosa:

—Jacinto, piensa... Yo ya no pido nada para mí... Piensa en tus hijos, en nuestros hijos! En los pobrecitos!... ¡Jacinto, nuestros hijos!

Él, tan orgulloso, no puede admitir las recriminaciones. Las rechaza indignado y protesta:

—¿¡Como si yo no fuese el primero en pensar en ellos?! ¿Les falta algo?

—No es que carezcan de lo material... pero hay responsabilidades más trascendentes.

—Hombre!, yo no sé qué quieres?, ¿qué les dé lecciones de moral y de filosofía?

—¿Lecciones?, se hacía un eco la madre, indecisa de comentar la irónica salida, de ser explícita exponiendo sus conceptos que, evidentemente, encaraban

con grave seriedad lo que en él era epidérmico o burlón.

* * *

Junto al tranquilo misterio de los niños dormidos, tan dulces, tan puros, tan bellos en su entregada inocencia, los padres se sienten presos de una reconcentración meditativa.

Él, ganado de improviso por un enternecimiento dominador e imperioso, va a besar la frente de uno, la abandonada manita de otro, a acomodarle el cabello que le cubre los ojos al de más allá, a embozar al que quizá pueda sentir frío...

Y bulle en su frente un afiebrado anhelo de felicidad, de dicha calma y sana para las cuatro existencias que están en su mano, cual si la fatalidad le hubiese entregado ciegamente confiada los hilos misteriosos a cuya presión se moverán los resortes de sus sueños, de sus pasiones, de sus anhelos.

Piensa.

La madre se ilumina con la beatitud de una sonrisa amorosa.

Tan buena, tan ingenua, vuelve a acariciar esperanzas.

Como la luz que fluye mansa de la anticuada pantalla hogareña, una idéntica confianza los une.

Aventura tímida la voz maternal:

—¿Esta noche no sales?

Él responde naturalmente, con una sorpresa sin medida ante la pregunta redundante.

—No...

Y el hombre se hunde en una poltrona, fingiendo leer. Sí, se hunde bajo el peso inaguantable de una oscura congoja enigmática en cuyo seno se adensan las amenazas del mañana.

—¿Qué será de ellos?

Los ve en los juegos... curvados sobre los libros... indecisos ante los caminos y los horizontes... hundiéndose en el agua turbia de la vida!...

Se multiplica por estar junto a todos alargándoles la mano, ofreciéndoles el pecho para apoyo, prodigándoles voces de aliento, confortando sus desmayos, enorgulleciéndose con sus triunfos, llorando sus desoladores fracasos...

Sí, casi llora, oprimido, sin aire, con el miedo de una criatura bajo las garras de una pesadilla.

En Laura renace el optimismo.

Para ella, aquel leve fulgor que no descubren sino sus ansiosas pupilas de madre y de novia anuncian el alba de un día mejor.

Jacinto va a cambiar, va a ser otro.

Va a realizar lo que ella creía y esperaba, lo que jamás dudó se realizaría.

Justificaba hasta su sarcasmo cuando rechazaba sus insinuaciones: "nada de lecciones de moral y de filosofía".

Natural, él tenía razón.

No era aquello.

Era el ambiente: lo salubre moral, como lo salubre físico.

Está convencida que la bondad, la pureza y la

rectitud, se respiran. Que los seres intachables crean en torno suyo esa imponderable atmósfera, emanación luminosa de sus almas limpias.

* * *

Impensadamente, llega la enfermedad, cruel, rápida, sin esperanzas.

La impotencia de los afectos, de los cuidados, de la misma ciencia.

La muerte.

Y entre aquélla y ésta un fatal y brutal reproducirse de los eternos dramas oscuros y terribles.

Una amiga, que halló pretextos para suspender su compañía...

Una enfermera bonita y desaprensiva.

Carmen, durmiendo allí, en la estancia contigua.

Y él, mordido por todos sus apetitos, quemado por sus fiebres, sacudido, atormentado por sus deseos.

La presencia de la cuñada hace orientar hacia ella su pasión.

No puede permanecer lejos de ella.

De noche se levanta como obedeciendo a una secreta instancia.

Va a poner el oído en la puerta de su cuarto; el cuerpo tembloroso, el corazón saltando cual si intentara escapar, cuerpeándose ante las dentelladas de un feroz demonio.

Llega hasta tomar el picaporte, a girarlo.

Carmen duerme con Almita... ¡Su hija!

Una vez entra. ¡Entra! Profana la estancia, pero en su conciencia —como un primer resplandor— se despierta nítido, admonitivo, el recuerdo de la noche en que él, adivinando en la sombra a su padre, le encendió la luz para darle una lección.

Lleno de entereza, tiene el valor de repetir el gesto y grave, se aproxima al lecho.

La cuñada se sobresalta, se incorpora temerosa, indagando:

—¿Qué!, ¿qué pasa?...

—No hay novedad, descansa... Duerme...

Intuye Carmen, que le pregunta:

—¿Por qué te levantaste?, ¿qué buscabas?

Él, definitivamente serenado, le confía:

—No sé, estoy tan nervioso; con una angustia...

No podía estar solo en mi habitación... ¡Sufro!... Tenía necesidad de ver a todos; me levanté como un sonámbulo... Disculpa que te haya despertado... Me parecía que iba a encontrar consuelo y tranquilidad sabiéndolos bien cerca mío...

Besa la frente de su hijita dormida.

Es sincero en ese momento.

Ha olvidado el inconfesable impulso que unos minutos antes lo dominara.

Apaga la luz y vuelve a su cuarto.

Es otro hombre.

Como una valla infranqueable tras la cual se esfuma el pasado, se alza la pureza y la inocencia de los hijos.

¡Los hijos!

Las dulces presencias le elevan y ennoblecen el sentir.

Carmen no es sino una necesidad de ternura y de bondad, como aquellas criaturas de su carne y de su espíritu.

Lo prueba el dominio que, junto a ella, ha podido ejercer sobre sí mismo.

Pero eso también debe ser superado.

Hasta aquel amor que, purgado de culpa y de impureza, tendrá derecho a existir, él lo depondrá como un ex voto a las plantas de su vida nueva.

VI

AHORA cual si abriese los ojos a un día inédito, sobre un mundo recién nacido, se pone en pie, sale al patio, comienza a pasearse, esperando a los suyos.

No ve, no nota lo circundante: el patio recién mojado de la lluvia, la gris desolación de la tristísima tarde de invierno.

De los árboles ateridos gotean unas postreras hojas amarillas.

Alguna gota de agua cae, sonora, extraña, en el silencio.

Apenas si él empieza a relacionar vagamente el ambiente con su mundo interior...

Frío, soledad y aquella melancolía de la aparente muerte de todo...

Ve grandes sábanas de hielo, lejanías sin fondo y sin color, un cielo de plomo que lo asfixia.

Un coche se detiene frente al zaguán.

La sirvienta vieja abre y entran los cuatro niños, —el mayor de los cuales está en los umbrales de la adolescencia—, y la joven tía.

Todos trajeados de luto, parecen más altos y más pálidos.

Traen los ojos hinchados y enrojecidos de llorar.

Vuelven del cementerio.

Él avanza emocionado, abriendo los brazos.

—¡Hijos míos! ¡Hijos míos! Tú, también, Carmen; ven, tú, también. . .

Y aprieta contra su pecho a todos.

Se diría que los abraza contra su alma.

Los estrecha, quizá, con su primer abrazo puro.



VII

EN Montevideo, hasta la llegada del mobiliario, encontrar casa e instalarse, deben ocupar las habitaciones que les ceden en el domicilio de su suegro, don Mariano Gijón, comerciante retirado, persona morigerada y grave, que ha conservado —sin sufrir influencia ni mengua— las tradicionales costumbres de su padre, viejo español a la antigua, católico y monárquico, siempre protestando contra los demagogos republicanos que conspiran contra su Catolicísima Majestad, a la cual se consideraba obligado a asociarse —con castizos y retóricos telegramas— en todos los acontecimientos de la Real Casa Borbónica.

Su señora, doña Jovita Alzaga de Gijón, era una bella matrona, condescendiente y dulce, con esa nobleza tan natural y ponderada de los vascos, de quienes descendía. A pesar de la edad conservaba su antigua belleza: sus oscuros ojos llenos de ternura y vivacidad juveniles y una tez pálida, tersa, casi sin una arruga; tenía los cabellos blancos y con su aire distinguido y su habitual manera de erguir el busto y sonreír con un leve esguince de los labios —que le iluminaba de suavidad el rostro— cual si posara

para un retrato, evocaba las marquesas de empolvada cabellera de la resplandeciente corte de Francia.

Doña Jovita sufría jaquecas crueles, que exigían su aislamiento, para acentuar el profundo silencio en el cual se amortiguaba su padecimiento.

Ahora el amplio caserón resonaba con el bullente agitarse de los nuevos habitantes.

Raúl y Alma aún se correteaban en sus juegos de niños grandes, repiqueteando sus carreras por el enorme patio de mármol a losanges blancos y negros y subían y bajaban las escaleras de caracol que llevaban a los altillos y a la azotea, haciendo resonar sus férreos peldaños cual si se despeñara una avalancha.

Jacintito y Eliseo, arraigándose en cada uno de ellos la conciencia de una personalidad, comenzaban a disentir en sus ideas y terminaban por discutir con violencia, excitados y agresivos.

* * *

Los briosos discutidores atravesaban esa edad pedantesca y soberbia en que se experimenta un prurito tanto de convencer y dominar al contrincante, cuanto de exhibir pomposamente los conocimientos y nociones que recién, recién, se han adquirido.

Edad retórica y enfática, quisquillosa y radical, que los enardecía y encrespaba, dándoles a cada paso razones para unos encuentros inacabables como los de los jóvenes gallos ingleses de riña a los cuales hierve la sangre díscola y agresiva.

Cuando podía, el abuelo evitaba las escaramuzas que, de buena gana, habría estimulado si su nieto preferido acusase aspectos de vencedor.

Lamentablemente se agriaban las domésticas polémicas, que afirmaban más y más a cada uno en sus creencias e ideas, que parecía les nacieran de sus propias idiosincrasias y constituciones.

* * *

En las sobremesas, cuando humeaba el café y a veces gustaban un dedo de cognac francés o de quantreau, mientras fumaban unos "cubanitos", no del todo malos —que el dueño de casa se hacía fabricar por cientos— intentaba sondear a su yerno, se refería a la orfandad maternal de los niños, a su educación, a la criminal despreocupación de algunos genitores, a esa falta de principios morales —que para él no podían ser sino religiosos— que echaba continuamente de menos y que, sin duda alguna —afirmaba— conduce a los peores extremos.

El padre aducía lerdas razones, se extraviaba en disquisiciones cuyos callejones sin salida interrumpían su divagar, y la conversación terminaba por ser un monólogo o un sermón del moralista.

Sólo las personas mayores podían participar en el diálogo.

Carmen encontraba un pretexto para retirarse; los niños, aburridos, pidiendo permiso o fingiéndose reclamados por el estudio, terminaban por escapar.

La mamá vieja, en la calma de un rincón predilecto, en la comodidad de una poltrona preferida, hojeaba una revista ilustrada, que tradicionalmente debía ser el "Blanco y Negro" de Madrid.

El yerno, al igual de un convaleciente que comienza a rehacerse de una enfermedad, iba readquiriendo el dominio y la orientación de su mundo interior, sintiendo vigorizarse sus fuerzas morales, aún débiles, que echaban raíces hacia lo hondo, buscando su alimento en las capas más profundas de su formación psíquica y, cual si ello no fuera suficiente, se ramificaba hacia fuera —en dirección a sus vástagos— como las de ciertas plantas que, no satisfechas con los humus de la tierra, surgen a beber aire libre y a bañarse en la transparencia de la luz.

Él volvía al hervor de la vida cual si desembocara de una cueva sombría.

Guardaba aún el enceguecido deslumbramiento de los ojos súbitamente anegados de claridad, el ronzar en los oídos de los galopes vertiginosos de la fiebre.

Buscaba sus caminos.

A veces restaba como desconcertado, irresoluto.

—Sí, el bien... le repetía a su suegro.

Hacía eco a sus prédicas:

—Sí, Jesús!... desmesurando un gesto parabólico con sus brazos que no parecían tan cansados como sus conceptos.

El viejo señor insistía, lo conminaba a expresar sus opiniones, a resolver intrincados puntos.

Lo prevenía:

—Cierra más los frenos... Los jóvenes están muy expuestos a las emboscadas del mal... ¿Por qué no tratas de darles una base religiosa más seria?

—No tengo mucha confianza...

—Y a quién vas a tenerla? ¿A los liceos? ¿A los institutos oficiales, que no poseen ni espíritu ni responsabilidad?... Yo conozco un sacerdote muy serio, muy preparado, el padre Reparaz...

El otro continuaba por su cuenta:

—Yo deseo que se formen con absoluta espontaneidad.

—Formarse... árbol que crece torcido...

—Yo los aconsejo...

—No, no; ellos no están en la edad del discernimiento, sino en la de la necesaria obediencia. Hay que mandar, imponer! Si eludes la imprescindible mano de hierro —a la cual tiene horror Jovita— por lo menos sé preciso y severo. Inflexible, sabes. Con los muchachos o la gente que depende de nosotros, no hay que titubear, no hay que mostrar la indecisión de la duda. Tras nuestra prédica, inmediatamente la orden. Así en todo, en lo privado y en lo público.

—En el amor!... piensa él, divagando... Y todo puede ser amor!...

El suegro, interrumpiendo el interno soliloquio:

—No hay que dejar cavilar, reflexionar. De ahí puede surgir la protesta y lo que corresponde es la obediencia cabal e inmediata, pero para eso, para saber mandar hay que saber obedecer, como dice el refrán... Obedecer a las propias, definidas convicciones, no estarlas improvisando todos los días.

Al buen señor lo horrorizaba el vivir al día bajo cualquier aspecto. El desorden bohemio de confiar en lo que salga o en lo que se pesque; el improvisa-

miento ideológico que aguarda de la inspiración del momento la solución del problema que se presente, lo sublevaba.

Dado que la humanidad en siglos y siglos de previsión había acumulado sus tesoros de ideas hechas, sus cuantiosas reservas de fórmulas impecables que permiten a los seres bien pensantes vivir tranquilos y confiados, ¿por qué no aprovecharlas?

El sentido común, —apuntalado de lugares comunes—, se erigía en dios tutelar del hogar burgués, y su panegirista, con la cucharita del café —que conservaba en una mano— marcaba una línea recta que Morano veía enancharse, avanzar, amplia, fácil, simple, como una prolija carretera bien hormigonada.

Por eso don Mariano no comprendía ni lejanamente que se pudiese titubear.

Unilateral, limitado, carente de imaginación, su conciencia poseía un ojo rudimentario que sólo veía dos colores: el blanco y el negro.

Para él no existía nada más: el bien y el mal; su bien y su mal.

Definitivo.

Por eso desconfiaba de su yerno, no lo entendía, no se lo explicaba.

* * *

Morano, aún confuso en su mente el laberinto de veredas complicadas que siguiera, buscaba su senda...

Procuraba convicciones, anhelaba principios que no le resultasen endeble y caducos.

No se sentía capaz de tomar resoluciones.
¿Cómo podía indicar caminos que no poseía?
¿Hay derecho a enseñar lo que no se sabe?
Sin embargo, probaría...

Ofrecería lo mejor que encontrase.

Ahincado en su buceo, en su búsqueda y selección, topábase con cuatro o cinco conceptos elementales, que diríamos gruesos, en los cuales se imponía engolfar a sus chiquilines.

Cosas simples como el agua, el pan, la sal, el vino... Luego vendría lo demás.

Se detenía sobre uno de los símiles: el vino...

Por qué se le confundía con las otras —inofensivas— la idea de aquel fermento suscitador de energías, pero peligroso como un arma de dos filos, y que encontraba analogía con ciertas naturales, heroicas o indomables inclinaciones humanas?

Con aire de equívoca esperanza, aventuraba:

—Hay tiempo.

Don Mariano le barajaba el concepto contemporizador:

—Te equivocas. No hay tiempo que perder... Ya los mayorcitos, pretensiosamente, discuten... discuten ideas!; cosa que no se veía en mis tiempos. Uno, Jacinito, está bien encaminado, pero me parece que de instinto; el otro, ¡Dios mío!, qué manera de desbarrar!... Yo quería llamarte la atención sobre eso.

—Cosas pasajeras... reflejos.

—Hierbas dañinas y por eso muy difícil de extirpar cuando arraigan. ¿Tú no te preocupabas de las compañías que tenía ese niño en el Salto?

—Muchachos de su edad, del Instituto...

—¿Y de los libros que llegaban a sus manos?

—No reparaba; los tomaría de mi biblioteca.

—¡Muy mal hecho! Hay tanta obra perniciosa. En ese punto hay que ejercer una previsor y precisa higiene, una verdadera policía depuradora. De eso puede depender, y en general depende, una vida.

—Siempre se puede corregir.

—¡Error! ¡Error gravísimo! Hay que prever, Morano. Ay!, mi querido Morano!, y suspiraba desconsolado el atribulado moralista, qué falta de sentido, qué abandono más criollo ese! El eterno vicio, muy nuestro o mejor dicho, muy de ustedes, por cierto: vivir al día, a lo que salga; confiar en la inspiración, arreglar a último momento las cuerdas, las velas, las defensas, cuando sabemos que van a haber vientos, borrascas, peligros. Tú sabes que yo hice cierta oposición a tu matrimonio con nuestra llorada Laura; te lo confieso, y creo lo habrás adivinado, no fué porque te quisiera mal, sino porque dudaba de tu solidez de principios, porque estaba convencido de tu falta de... ¿cómo diremos?, de... responsabilidad moral...

—Don Mariano, yo creo...

—Sí, sí, tú no eres malo, tienes excelentes propósitos, pero ya dice el refrán, que de buenas intenciones está empedrado el infierno. Se puede ser bueno y dejar que los otros se pierdan... y... se corrompan.

—Me parece que usted exagera.

—Corrompan moralmente; en teoría, vamos, y

eso no está bien. Ser bueno es no tolerar lo equívoco, no contemporizar con criticables inclinaciones... Tú has vivido, has sufrido, has padecido en carne propia el mordisco de la experiencia; piensa, pues, en tus hijos... Piensa, Morano!

—No hago otra cosa, responde el aludido.

El anciano señor lo mira de hito en hito con manifiesta incredulidad, mientras el otro se vuelve explícito en sus explicaciones:

—Los estudio, analizo sus características; me torturo, me martirizo; paso balance a mi vida, deduzco enseñanzas; trato de predicarles y mostrarles ejemplos...

* * *

El abuelo no dejó transcurrir mucho tiempo sin insistir en su sermón:

—No hay que dejarlos tomar iniciativas ni sólo imitar ejemplos... Ellos marchan como sin brújula, dando tumbos. Nosotros debemos indicarles el derrotero, el norte.

—Tú me disculparás este continuo martillar sobre lo mismo, que quizá algún día ellos me lo agradezcan, y espero lo estimes como una real, sana y sincera preocupación por mis nietos... Confío no me negarás ese derecho?

—No faltaba más.

—Empecemos por la selección de la lectura. En la edad temprana, cuando todo se graba, e indeleblemente, en el cerebro virgen, comenzando a formarse

esa especie de humus de donde necesariamente van a tomar alimento las ideas y las inclinaciones futuras, hay que preocuparse de que ese fondo sea normal y sano. Nada de libros de aventuras y fantasierías, de disparates de viajes inverosímiles y romancescas caballerías que conducen a lo que al ingenioso hidalgo de Cervantes...

—Sin embargo parecería conveniente cultivar el idealismo, el desinterés y embellecer con la fantasía la imaginación de los niños.

—Error, mi estimado Morano, craso error. Fábulas y embelecocos disturban y confunden, y cuando no hacen fracasar lamentablemente en la vida nos dan el espectáculo ridículo o grotesco de los Quijotes de pacotilla. (Ya vendrá el genio moderno, émulo del manco inmortal, que ponga en solfa estas otras órdenes de caballería de las reivindicaciones sociales)...

... Jacintito está inmune de esa peste; en él ha habido una auto defensa equivalente al instinto que defiende a los animales de comer las hierbas venenosas... Pero los otros, aparte de la artificiosa literatura de los pequeños, está la muy perniciosa lectura de Eliseo.

—Acuérdate lo que te digo: Eliseo nos va a dar muchos disgustos!

Lo sentencioso y enfático del emplazamiento lo hace exclamar al padre:

—¡Disgustos! ¡Pero usted desmesura hechos sin importancia!

—¿Sin importancia? Entra en su cuarto y verás. Si persigues un intento de higiene moral vas a salir

con un saco de librotos indecentes desde el punto de vista del buen pensar, de contagiosas ideas disolventes, dignas de la purificación del fuego... Habría que constituir una sociedad con el propósito de adquirir esas aberraciones de obras y quemarlas.

—Sería contraproducente... Lo importante es lo que usted me revela del muchacho.

—Y no nos refiramos al desorden que reina allí y de que aquello apesta a tabaco.

—¿A tabaco?

—Sí, fuma, ¡hasta fuma el chico! ¿Y qué edad tiene?, dieciocho años escasos. En mis tiempos no había necesidad de que nuestro padre nos lo prohibiese. Eso se aprendía como el catecismo, entre las obligaciones de respeto a los mayores. Recuerdo como si fuera ahora, cuando yo ya quedaba a cargo del registro y tenía mis buenos veinticinco años, un cliente me ofreció una breva. Se presentía exquisita, hoja pura de Habana!... Enciende él la suya, enciendo yo la mía y dale a perfumar el aire tirando como dos chimeneas. De pronto, cádate, la figura de mi padre en la puerta, con toda su imponente presencia, su levita, su galera alta y su barba blanca! Verlo y meter el cigarro encendido en el bolsillo hasta quemarme el traje, todo fué uno!

Y suspirando como si con aquello se hubiera perdido la felicidad del universo, lamenta con un gran recalcar de la frase:

—¡Oh, eran otros tiempos!

—Sí, se evoluciona...

—¡Evoluciona! Tradúcelo, hombre, dí: se decae, se retrocede, se degenera!

—Es el ambiente, la época, las compañías.

—Aíslalos un poco, por lo primero; prohíbe las segundas.

—Pero si son los mismos compañeros de estudio.

—Natural, esa Universidad híbrida, harta de arribistas, de pelagatos, de gente que no debía abandonar la banqueta del zapatero o el martillo de romper piedras.

Morano se fuerza a ser tolerante con el agresivo ultramontanismo del suegro. Intenta una débil defensa del hijo.

—¿Cómo se prohíbe?

—No les des dinero... Eres demasiado mano larga.

—Al fin el cigarrillo es un vicio inocente.

—Vicio al fin, y por ahí se empieza.

—Bien, bien, trataremos de poner remedio.

—¿Y Raúl?

—Quiere ser pintor.

—Malo; morir de hambre y según tengo referencias vivir en una inmoralidad muy de artista... ¿Y Alma también quiere algo?, pregunta socarrón, como si ya fuese un defecto de mala crianza eso de permitirles opinar y exponer una preferencia quizá resultante de la innata vocación.

—Pues, Almita, a quien le gusta el estudio, quiere ser doctora.

—¡Doctora! ¡No te digo! Yo —te he de confesar— no puedo soportar las marisabidillas, pero, pero...

Y esto último lo agregó por fórmula, sin pizca de convicción:

—...pero tú sabes lo que haces.

* * *

Morano, que de la entrevista salió perfectamente decidido a tomar serias resoluciones, comenzó a rumiar el complejo problema que le embarullaba las propias ideas con el aporte de las inéditas que creía vislumbrar en sus hijos.

Preocupado con su tumulto interior, abrumado bajo el esfuerzo titánico de contener sus impulsos, a los cuales permitiera otrora una libre expansión y una tiránica preponderancia que los volviera reyes y señores de su volición, veía como lejanos y extranjeros los despertares, las ansias, las inquietudes de aquellos jóvenes espíritus que se abrían a la vida de los sentimientos y de las pasiones con la desatada y salvaje potencia de lo natural.

Fuerzas impulsivas, inclinaciones heroicas, sensibilidades en eclosión, —que como el polen procuraban cualquier propicio vehículo para cumplir su genésica misión fecundadora—, era necesario encauzarlas, orientarlas, quizá dominarlas y frenarlas.

Y él, que en el arrepentimiento de su pasado disoluto y corrompido, de su juventud desorbitada, desmesuraba sus faltas, estimaba pálido y tímido intento de rehabilitación, no sólo su propósito de vida lineal, sino hasta su ruda disciplina de imponerse la renuncia al probable amor de Carmen.

Como todos los que pretenden corregir un mal sin remedio, se excedía en la penitencia equilibradora, y en consecuencia los principios morales a aplicar al proceder de sus hijos se volvían de una severidad puritana.

Él había sido mordido por el colmillo tóxico de las enfermedades inconfesables y como los hombres de corazón que retornan del infierno horroroso de una guerra, se proponía salvar a los ilusos.

—Ellos van a encontrar la felicidad en la salud del cuerpo y en la salud del alma!

Iba a hablarles a uno por uno; iba a entrar en sus almas y en sus corazones; iba a ser fraterno sin dejar de ser paternal; iba a ser un camarada y un amigo de sus muchachos.

Eso era lo que hacía falta: crear afectos, despertar confianza, hacer comprender o concebir los puros y grandes ideales de la vida.

Su padre, ignorante, torpe y brutal, no había cumplido su deber.

Él aún estaba a tiempo y ampliaría su misión, fundaría una unión de padres, similar a aquella, —que cuando estudiante se le ocurriera esterilmente—, de la liga de las madres del mundo para trabajar por la paz universal.

Qué ancho campo de enseñanza y de cultura, qué oportunidad para echar las sólidas bases de una humanidad dichosa y libre, sana y alegre!

¡Cómo divagaba con su proyecto!

Qué bien respondía la idea surgida de improviso para relegar a segundo término, a una penumbra ne-

bulosa, al propósito fundamental, que era el de dar normas y orientaciones precisas a sus vástagos.

* * *

Se imponía, era imprescindible, corregir a los muchachos.

Sí, pero desde el punto de vista humano, en nobilísima y amplia misión, era más importante involucrar en el intento de superación a todos los jóvenes, a todos los hijos.

Una punta de vanidad, —que cuándo no se va a infiltrar en las aparentemente más desinteresadas acciones de los hombres—, lo proyectaba hacia el porvenir como un apóstol de los clubes de muchachos y de padres.

¿Cómo no se meditara antes el problema?

Cuántos males y cuántas desgracias se iban a evitar y qué impulso enorme a la cordialidad y al libre curso de las vocaciones, fáciles a manifestarse y a ser estimuladas en esos cálidos ambientes, alargamientos naturales de los hogares.

El ya veía a la juventud de ambos sexos en sus juegos, en sus lecturas, en sus conferencias, excursiones y hasta bailes... ¿Por qué no?... Todo dentro de la más grande inocencia, desinterés y pureza.

El recuerdo de las frases del suegro le concretaban la tarea que no admitía dilación y él la derivaba, la dispersaba en lo universal, la enredaba a la angustia de su pasado y a su presente, en cuyo turbulento cur-

so erraba con la tremenda indecisión de alguien privado de libre albedrío y cuyo fondo románticamente milagrero se aferra siempre a una solución habilidosa y optimista del destino.

A fin de cuentas no pasó de un planteo difuso del asunto.

Dudó si debía hacer reuniones semanales con su familia o si sería más conveniente la prédica individual. Lo único concreto fué un pedido de que se alargaran las sobremesas, a las cuales llevaba esquemas de disertaciones que don Mariano tergiversaba o absorbía, interpretándolas torcidamente o encarándose con el yerno, con derivaciones hacia controversias, que aburrían soberanamente al manojito de nervios de los mayores y al irrefrenado azogue de los pequeños.

Encaró el punto bajo otro aspecto. Probó la preconizada manera fuerte del señor Gijón. Esto es, comenzó por donde quizá debía terminar: adoptó un porte severo, cortó la provisión de dinero a los chicos, ordenó levantarse más temprano para estudiar y hasta los recluyó unos días de fiesta... terminando por ir a abrazar y a besar, conmovido, a sus prisioneros, dejando se relajase la intempestiva y radical disciplina.

Volvió nuevamente a la indecisión y a la idea de que lo más lógico era el fundar la "Liga", en la cual se inscribirían sus chiquilines, recibiendo indirectamente y hasta con el ejemplo de los otros —que les serviría de emulación— las enseñanzas convenientes.

Entre tanto no actuaba su proyecto no quiso ver a

nadie ni comunicar su iniciativa que, sin embargo, rumiaba y rumiaba, dándole forma y aliento, como a una criatura que estuviese engendrando amorosamente.

La "Liga" se le volvió algo con vida, con personalidad, con un palpitar de existencia, especialmente porque aquello sustituía la acción.

Y lo más extraordinario era que su dinamismo interior, su fiebre de creación, de un organismo día a día perfeccionado, lo transformaba definitivamente en un contemplativo y un abúlico.

* * *

En el caótico fondo del alma humana existe un subconsciente que crea y fecunda los derivativos que van a darle al prójimo la tranquilidad de creer que la posposición de su urgente deber no es sino una forma de valorizarlo y darle mayor consistencia y trascendencia.

En nuestro héroe se cristalizó ese estado espiritual, pero, tras un tiempo de indecisión, resolvió averiguar lo que había de concreto en las atrabiliarias acusaciones de su suegro.

Interrogar a los muchachos se le ocurría violento e inconducente.

En verdad los chicos eran llanamente veraces y era posible que no le ocultaran nada, pero esa inquisición de juez sumariante se le antojaba absurda y aventurada, porque al recibir las confesiones le iba a ser preciso darles normas definidas y éstas no se podían improvisar frente a lo imprevisto.

Alargar la investigación en una atenta vigilancia se le volvía insoportable y por otra parte le repugnaba espiarlos o sorprender el secreto de sus intimidades espirituales, hurgando en sus habitaciones cuando ellos estuvieran ausentes.

Sin embargo no había tiempo que perder; urgía se resolviese a tomar esta última medida.

—Al fin y al cabo, se disculpaba—, es como si yo mismo me sometiese a un examen. Son mis hijos! Y quizá depende de ello su porvenir... Es más, reconozco que no debí jamás perderlos de vista. Yo tenía la paternal misión de vigilar el desarrollo y el alimento de sus almas tanto como el de sus cuerpos, pero uno se despreocupa, no da importancia a la lectura, no da trascendencia a alguna precoz inclinación, y una y otra pueden exaltar y sublimizar, como envenenar sus espíritus.

Con todo se sintió cohibido, cual si lo invadiera un respeto religioso, cuando se decidió a cumplir su investigación y aún titubeó sobre si debía comenzar por una u otra de las habitaciones de sus retoños.

La duda lo impulsó a empezar por la de Alma, como si admitido que aquello fuese una falta o un abuso, afrontaba el que aparecía como venial...

—¿Qué iba a descubrir en la estancia de la "inocente"?

Ella era la pureza aún.

No había terminado de abandonar la comarca de los bellos y dulces sueños.

Matinales músicas de alegres y transparentes despertares, praderas floridas de la ilusión, montes azu-

les que no limitaban sino ampliaban las promesas inagotables, tul leve de hada —que ya era diosa magnífica o encorvada viejecita bruja— que iba a componer, mágicamente, a la medida de sus anhelos, el panorama de su destino...

Pero ya lo irreal se perfumaba con el sutil aroma del "boudoir", al cual daba excesiva importancia, y se humanizaba con el coqueto encanto de la feminilidad.

El placer de los juegos infantiles se confundía con la sorpresa y la amenidad de las inéditas revelaciones del estudio. Y ganaban y perdían terreno, en contienda invisible, la concreción de la realidad y el encanto de las fábulas, de las láminas, de las últimas muñecas a las cuales, en la ficción de la madrecita, ya no se les canta el arroró para que se duerman, pero a las que aún se toma con ternura, como a un ser que va a humedecer de amor su mirada y va a suspirar con la misma honda y oscura ansia de la adolescente.

Ya apuntaban por allí perfumes y polvos, pinzas depilatorias y negro rimmel y hasta un lápiz de innecesario "rouge" para los labios frescos, —anunciando el frenesí de querer saltar por sobre los años—, confundiendo con las joyas llamativas de policromadas fantasías tan en moda por ese entonces— y chucherías: bibelots y juguetes, monerías y revistas ilustradas, junto a figurines y alguna novelita que daba la pauta del sueño.

Era otro mundo el de Raúl.

Éste ya llenaba los muros de reproducciones entre las cuales predominaban los desnudos, —la Maja de Goya, las opulentas Venus del Tiziano, las doradas o rosadas musas de carne y hueso de Rubens, el flamenco, o de Sebastiano del Piombo, el italiano, y las innumerables bañistas azuladas de los modernos pintores franceses. Amontonaba sus dibujos nerviosos, desprolijos muchos de ellos, sus croquis, tomados en los cursos libres del Círculo de Bellas Artes, a los cuales acompañaba de leyendas ingenuas y fanfarosamente pretensiosas.

Con publicaciones de arte, el muchacho coleccionaba semanarios, entre los que "La vie parisienne" ponía su nota descocada y procaz...

—No está muy bien ésto... Disfrazado de belleza puede venir el contrabando.

Hojeó, examinó con cierto moroso deleite la teoría obsesora de aquel ejército de ninfas, de nereides, de sirenas... Su ojo de buen catador apreciaba líneas, curvas y formas...

Sin que él lo notara, en el patio, cuajada en azul la sombra del toldo, se iba sombreando en violeta al arrollársele el rojizo torpor de la siesta primaveral.

De esa habitación, de la cual saliera con una pesadez amodorrada, dado que las inclinaciones del mozalbete le habían traído al recuerdo escenas y acciones de su juventud ardiente y desenfrenada, pasó a la de Jacintito, cuya estancia, realmente, era un verdadero sedante.

Secundado por el abuelo, que alentaba sus ideas y

ocurrencias, había transformado su dormitorio en una celda, que sólo lucía un enorme crucifijo negro, con un Cristo doliente, exangüe, sangrante, y unas claras, aunque desmayadas estampas, de Fray Beato Angélico.

Su biblioteca reducida, de selección sumaria, ostentaba la Biblia, una antigua edición de los Evangelios, otra de "Il poveretto d'Assise", Santa Teresa, San Agustín, los poetas frailes españoles, la "Imitación" de Kempis...

Le vino a la mente la antigua sentencia:

¡Cuidado con los que poseen y han leído —bien leído— reducidos libros!

Un momento frunció el ceño; —él padecía la a veces tan sin razón y tan superficial fiebre jacobina de nuestra gente—, luego sonrió como si su ternura paternal le generase una desconocida tolerancia.

—¿Pero de dónde le ha surgido a éste semejante inclinación?

De improviso, sin transición, cual si por el fondo de los recovecos de su alma algo misterioso, subconsciente, empujara desde la sombra una plataforma de nuevas ideas, lamentó:

—¡Pobre!, es un chiquilín tan bueno!

Se le impuso una necesidad de compadecerlo. Y tal estado de ánimo le trajo de la lejanía del recuerdo la época en que su madre lo conducía a la iglesia del pueblo y él, abstraído, cambiando el recogido arrodillamiento en cómodo sentarse, olvidaba la plegaria y desenredaba sus imaginaciones, mecido por la solemne y pausada música del órgano.

Creía entonces, modulaba sus rezos lleno de fe y en sus pesadillas de viajes veloces, con dilatadas caídas por terraplenes y despeñaderos inacabables, intervenían santos, ángeles y demonios, víboras, lechuzas y dragones fabulosos.

Supuso que en su hijo debía repetirse el fenómeno. ¡Creía entonces!...

Creer ahora, —se le ocurría—, debía ser tan fácil como posible... ¡Creer!... Abandonarse, despreocuparse, entregarse a aquel sueño beato de esperar todo de un más allá hospitalario, acogedor y generoso.

Comprendía al reconcentrado y taciturno muchacho.

Y en la línea del conmisericordante "pobre", que reflejó su compasión y su cariño, pensó:

—¿Será feliz?

Olvidó el propósito que lo trajera allí.

Cuando racionó y se le concretó la finalidad perseguida, tuvo temor de ser sorprendido por Jacintito y no saber qué decirle.

* * *

El cuarto de Eliseo lo detuvo como un manotón en el cuello.

El desorden era su característica.

No lo tomó de sorpresa, pues habían llegado a sus oídos las quejas del primogénito que protestaba al constatar que, con el pretexto del arreglo y aseo de su habitación, le revolvían, embarullaban y hasta extraviaban sus papelotes.

Allí, más que una biblioteca, había una librería.

Periódicos, revistas, folletos y libros, se amontonaban por todos los rincones; invadían las sillas, la mesa de luz, el escritorio, hasta el lecho!

En cuadros fijados con clavos en las paredes, asegurados con chinchas en el ropero, se exhibía una verdadera galería de retratos de escritores y artistas. Figuraban Tolstoi, descalzo y barbudo, con su burdo traje de mujik; Gorki con sus bigotazos descuidados y su simplicidad campesina; Réclus, iluminado de amor; Romain Rolland, leñoso, con el acero frío de sus ojos melancólicos; la cabeza de carnero de Marx; Lenin, calvo, insidioso, con su aspecto de tártaro y de casuista; Juan Jaurés, sólido, aburguesado, reposando de sus encendidos vuelos de tribuno; Rafael Barrett, con su angustiada desolación de Cristo enfermo y Rodín, Walth Whitman, la Blavatski, Nietzsche, Ibsen... Una confusión como quizá debía ser la cabeza del muchacho exaltado e iluso.

Sonrió:

—¡Qué loco!

Comparándose con esa gente vecina de un museo que encierra tesoros de arte, a la cual jamás se le ha ocurrido distraer un minuto de su vida vulgar para intentar templarla en el fuego de la belleza, se reprendió:

—He sido demasiado ciego y despreocupado... No sólo por lo que debo influir con mi experiencia en su formación, sino hasta por el egoísmo de gozar de esta eclosión y exaltación de sus almas; no debí haberme separado tanto de ellos.

Pedro Prado, un serio y profundo escritor chileno, narra que su anciano padre, hombre bueno y noble, luego de acostarse y de apagar la luz, le hablaba con pudorosa delicadeza de los mil problemas abruptos y escabrosos de la vida.

Él percibía la pureza, la elevación, la íntima poesía de aquellos diálogos, de sus enseñanzas, de sus proyecciones y se proponía seguir el ejemplo.

Sí, o vendría por la mañana a sentarse al pie de la cama de los chiquilines, para prosear campechanamente, como hermanos, como buenos y cordiales amigos.

Así los conocería a fondo, conquistaría su confianza, podría influir en sus pensamientos y acciones.

No lo había podido hacer, ni siquiera pensarlo, porque estaba demasiado preocupado consigo mismo. Se perdía en el laberinto de sus complicaciones interiores y de esos viajes en la tiniebla de sus indecisiones, retornaba como extenuado, irresoluto y torpe.

Sus ojos volvieron a pasar revista a lo que tenía delante.

Se empapó, se impregnó de lo que lo rodeaba.

No podía disimular la satisfacción del hallazgo.

Más que nunca constató un placer insabido de retroceder en el tiempo, de verse vivir de nuevo, de rejuvenecerse en un curioso proceso, sustituyendo con las mañanas de los que entraban en la vida el comenzar de su crepúsculo.

Parecíale que era él mismo quien se prosternaba ante el Cristo, quien hojeaba "La vie parisienne", con su profusión de féminas ligeras de ropa, quien

soñaba, exaltado, los deslumbradores futuros utópicos.

El cuarto, el ambiente, los libros, los retratos, le creaban un escenario que lo enfrentaban a un otro yo superviviente, en el cual se acodaba la vitalidad del mozo idealista.

Un esfuerzo de reconcentración le cortó en vilo su presente.

Desde los escritores y pensadores, desde los volúmenes, desde los manuscritos, aflucía a la tramazón de sus nervios y a la raigambre de sus venas y sus arterias un torrente ágil, libre, impulsivo, sangre de ideas, glóbulos rojos de entusiasmos sublimes.

Sentía transfundido en sí el caliente misterio de una vida que empieza.

Era fuerte, creía, esperaba!

Sintió un rumor en el patio.

El tiempo había reulado.

Eran viejos pasos familiares.

Una voz reclamaba, urgía:

—¡Compañero Morano!

... como en los tiempos heroicos.

Iba a contestar:

—¡Presente! ¡Ya voy!...

Fué un relámpago de sueño, que se amplió y tuvo continuidad cuando empezó a hojear los escritos de su hijo.

Versos, artículos, proclamas...

¡Versos!

¿Los conocía? Tenían un soplo lírico, una exaltación ardiente que hallaban eco en su alma, despertaban reminiscencias, animaban resonancias remotas, adormecidas, dándole casi la seguridad de que habían pasado por ella con ritmo de vuelo, con alas de ideal.

Los leía, los repetía, los recitaba casi.

No podía evitar los gestos, los ademanes, el énfasis.

Él jamás había compuesto un verso, es más, nunca les había dado importancia como a un idioma que, por desconocido, resulta absurdo e inútil. Recitó alguna vez en las veladas revolucionarias, pero porque lo hacían los otros, haciendo un "número"... No los podía separar de la ramplonería amorosa, de la falsedad romántica, de la tirada patriotería e hinchada.

Sin embargo, aquellos le parecían suyos.

Le agradaban.

La prosa del neófito era vibrante, sustanciosa, combativa.

Sus ideas, valientes; sus conceptos, atrevidos y audaces.

.....

Ahora sí se había olvidado definitivamente del tiempo.

.....

Le costó más que nunca "despertar", reconstruirse la personalidad, que se le había desintegrado cual si estuviese atravesando una fuerte y hermosa etapa de otra vida.

Cuando el avatar terminó de pasar por su alma,

como la sombra azul de una nube sobre el mar, hizo esta sorprendida reflexión:

—¡Yo nunca volé tan alto ni llegué tan lejos!, y se dolió:

—¡Caramba!, es como para preocuparse.

Luego resolvió, consternado:

—En realidad, en realidad, este muchacho está en un recodo muy peligroso de su vida!...

Yo tengo que hablarle a este muchacho.

IX

EL señor Gijón, que con disciplina verdaderamente ejemplar, no interrumpía su celosa guardia de vigilante moral, tenía la conciencia tranquila respecto a Morano, a quien avisara de los peligros previstos.

Complementaba su prevención con una implacable retahila de cotidianos consejos a los descarriados nietos, con la excepción de su predilecto, que era Jacintito.

Pero, juzgando al yerno, no podía menos que confiarse con su esposa:

—Ese hombre vuelve otra vez a no gustarme nada.

Doña Jovita abogaba por el acusado:

—¡Es tan bueno!

—¿Tan bueno? ¡Valiente manera de demostrarlo! Primero ya sabemos cómo: arrastrado por una nefasta onda de disolución y desorden. Ayer haciendo una mártir de nuestra desventurada hija. Hoy, dejando, indiferente, que esos desgraciados huérfanos marchen a la deriva o peor, guiados por sus veleidades de criaturas irresponsables o por sus caprichos de maleducados y consentidos!

—¡Mariano!, son tus nietos!
—Razón de más para que compruebe sus defectos y los deplora.

—¡Los pobrecitos!

—Sí, lamentelas ahora; cómo si yo no los quisiese a mi manera.

La señora que no ignora que su esposo no concibe el bien sino a través de aquella helada e inflexible rigidez, continúa tan llena de tolerancia como de inteligencia:

—Hay que pasar todas esas cosas para comprenderlas... Los golpes soportados por él han sido muy fuertes; ha sufrido un gran sacudimiento moral.

—¿Tú lo crees realmente?

—Oh, quería a nuestra Laura! Pero como tú dices "a mi manera", él lo haría a la suya. Él también tiene un alma.

—¿Un alma?

—...No guardes rencor... Un alma quizá con muchos defectos, pero capaz, en un momento dado, de hacerse cargo de su responsabilidad. Él está arrepentido del ayer. Lo he visto más de una vez triste, ensimismado, con los ojos rojos de sus lágrimas.

—Pero no toma ninguna medida para corregir a esos diablitos...

Ya se notaba en esa frase una incontinida ternura.

—...Hay una niña!

—Los vigila.

—Le he dicho: van por mal camino, tenlos con las riendas cortas... Con esos chicos hay que proceder con suma cautela, tener un gran cuidado, tomar repetidas precauciones.

—¡Pero tanta prevención!

—Mujer, a tí te ciega el cariño. Yo, sin dejar de quererlos, veo claro: es necesario desconfiar un poco; “de tal palo tal astilla”.

—Tú ofendes a esas criaturas.

—¿Yo?, líbrame Dios! No me vas a negar que están mal acostumbrados. No ves lo de la plata? Se les da a unos mocosos los reales y los pesos, como a personas mayores? ¿Qué? ¿Qué me dices? ¿Apruebas ese fomentarles las malas inclinaciones, el manirro-tismo, los vicios?

—¡Los vicios! No digas semejante despropósito!

—Sé lo que me digo! Hay que entender las palabras en su verdadero sentido: ¡los vicios!, lo repito.

El buen señor insistió con su característica testarudez:

—¡Los vicios!, y ahí se quedó, obcecado, dominado por esa sorda rabia de los que, discutiendo, airados y violentos, sin conseguir la derrota del adversario, no suavizan en la sonrisa victoriosa el áspero gesto arrebatado.

Como un moscón le zumbaba la ira en el cerebro. Ni siquiera miraba a su contendora ocasional.

Los minutos pasaban tensos, tirantes, cual si fueran a estallar.

Su señora no encontraba un argumento, que no le resultase artificioso, para ahuyentar el silencio que a ambos les pesaba como algo oprimente, material.

No se le ocurría un pretexto admisible para abandonar la habitación donde se encontraba, y él, en aquella oscura insistencia de girar sobre el mismo

asunto, como un insecto atontado por un papiro-tazo, reanudó, unos pasos más lejos, su crítica quisquillosa y rezongona:

—Mira, Jovita, yo no es que quiera hacerme malas ideas...

—El prolegómeno te vende.

—¡No digo! ¿Suspicias ya?... No sabes ni a lo que me voy a referir!

—Pero si comienzas defendiéndote.

—Es un modo de hablar, respondió él, ya amoscado... y agregó:

—No debía decirte nada.

Ella, conciliadora, disipó el conato de tormenta:

—Bueno; te escucho.

Don Mariano, un tanto indeciso, como quien camina en terreno desconocido y, por ignorarlos, se previene de sus peligros, aventuró:

—¿A tí no se te ocurre un tanto exagerada la solicitud con que Carmen trata a su cuñado?

—¿Cómo! ¿qué quieres decir?!

—Pues me parece que hablo en buen castellano.

—Es que una duda de ese género a cualquiera sorprende.

—Sí, te lo repito: ¿no te parece que excede de una relación así, vaga, de parentesco un poco lejano, ese continuo preocuparse el uno por el otro, encontrarlos juntos, buscarse, conversar?

—¡No vuelvo de mi asombro! ¿Pero tú vas a desconfiar de todos?

—No desconfiar por el hecho de desconfiar. Ver, comprobar, prever.

—Pero ¿qué quieres? Viviendo como lo hacemos todos en familia, es lógico, es natural, eso que te llama la atención.

—No opino lo mismo. Noto exceso. El mismo impulso que acerca, obliga a preocuparse de las conveniencias.

—Son sutilezas... ¡Qué se van a cuidar si no piensan mal! Al contrario.

—Pensar mal!... El mal muchas veces se hace sin pensarlo y luego es el lamentar y el chirriar de dientes, como dice la Biblia.

—Jacinto tiene necesidad de afectos. Ha padecido mucho; parece que le amargara hasta el recuerdo de haber hecho sufrir a Laura. Carmencita lo comprende y, como mujer, como cuñada y hasta como dueña de casa, se prodiga y creo hace perfectamente bien en procurarle alguna distracción, preocupándose, en lo posible, por mitigar su pena.

—.....

—¿No es cristiano eso?

Eludiendo la respuesta concreta, puntualiza, empecinado:

—Yo no me convenzo. Ni él me convence. No es una damisela para ponerse melancólico. No hubiera hecho lo que hoy lo hace arrepentir. Demasiado tendría que hacer con ocuparse, —como es su sacrosanta obligación—, de sus hijos.

—No deja de hacerlo.

—¡Calla!, calla!, tú te vuelves, con llamativa facilidad, abogada oficiosa de las malas causas. No sé qué maldita manía impulsa a las mujeres a aliarse

siempre con los que a ellas se les ocurre débiles o perseguidos... ¡Romanticismos!... ¡Romanticismos!

—Yo no lo defiendo.

—Ni corresponde que lo hagas... Por cierto que él no lo precisa. Se sabe evadir muy bien por la tangente... Pero evitemos que las cosas tomen un mal sesgo. Nosotros no somos solos en el mundo. Hay una sociedad, hay amigos, hay lenguas, sobre todo lenguas que no esperan sino la cuerda de la maldicencia para continuar moviéndose... ¿Me entiendes?

—Me parece que no existen razones para esos temores.

—No propendamos a crearlos.

Eso no es ni justo ni caritativo. Tú te has forjado un pésimo concepto de Jacinto y te rehusas a modificarlo aunque él haya cambiado. Tú no perdonas, pues. La religión manda otra cosa.

—La religión es la religión... Pero te digo que los que están fuera de ella, porque así lo resuelven caprichosamente, no se pueden tratar como a los otros.

—Yo no creo que Jacinto sea un liberal de esos.

—Calla, mujer; ha sido y será siempre un ateo, uno que no tiene temor de Dios.

—Pero suponer tales excesos!

—Todo se puede esperar... He de abrirle los ojos a esa muchacha.

La señora lo interrumpe, temerosa:

—Déjame hacerlo a mí, Mariano; tú no tienes tacto.

—Lo que no tengo son pelos en la lengua!

—No te acalores... Yo intervendré.

—Si no cambian las cosas me reservo de cortar por lo sano.

—Soy la madre, y luego las mujeres podemos entendernos más fácilmente.

—Confío, entonces.

—Sí, déjalo por mi cuenta.

Y doña Jovita lo vió alejarse, tieso, grave, intransigente en sus ideas, en sus afirmaciones, en sus ocurrencias.

Ella estaba convencida de lo gratuito de las suposiciones de su esposo y, en consecuencia, dejaría las cosas como estaban.

* * *

Carmen sentía la necesidad humana y femenina, como bien lo adivinó su madre, de suplir con su ternura y su sentimiento lo que faltaba a los desamparados. Su cuñado, sus cuatro sobrinos, habían buscado en sus brazos, en sus frases, en sus mismas lágrimas, consuelo a las suyas. Y simultáneamente se había iniciado en su alma el proceso de su inclinación simpática por el hombre que otrora le fuera odioso por el concepto en que le tuvieran en casa suya y por todo lo que de él, —a través de insinuaciones y reticencias—, le dejaran entrever en cuanto a crápula, a desorden, a libertinaje.

Para su padre, Morano era la encarnación de las unánimes malas artes del demonio; para su madre, tan generosa y tolerante, era un extraviado, que hacía mal sin quererlo ni pensarlo... pero hacía mal.

Lo evidente era que no tenía atenuantes. Amado por una mujer bella, inteligente y buena, consagrada al hogar y con un verdadero culto por su marido; en espléndida posición económica; con cuatro hijos, gozando de excelente salud... Poseía ampliamente los elementos que pueden hacer feliz a un hombre, a un hogar y, si él lo era, a su modo, no reflejaba la dicha sobre los suyos.

En estas invariables ideas se le fué cristalizando a Carmen el genio y figura de su cuñado, por el cual sentía antipatía y repulsión justificadas, creyendo que a su sola vista rebosaría su odio por el calavera.

Pero no sucedió así; después de tantos años, entre cuya vorágine se le había desdibujado hasta su figura física, adaptándosele un poco en la concepción una silueta afeada y contorsionada de grotesco, que respondía a la fealdad espiritual, no lo halló como lo suponía.

Ella lo moldeó sobre la mirada zurda del traidor de las películas, sobre la sonrisa cínica del libertino de los films y, de buenas a primeras, se encuentra frente a un hombre grave, de figura distinguida, que, a pesar de su decaimiento, de la gran pena que lo anonadaba, conservaba su obsecuencia correcta, su fina solicitud, su ternura tan humana y tan captadora de confianza.

Ella iba prevenida, en guardia, como a sostener un combate defensivo con aquel ser avieso y peligroso.

Y resultaba que caía la deleznable arquitectura del fantasma y con ella se esfumaba su intención de

odio, enfrentándose a un ser que sufría, del cual podía apreciar la intensidad de su dolor, que, por el contraste de no esperarlo, le sirvió para magnificarlo, idealizarlo y admirarlo.

Una fascinación extraña rodeaba a aquel hombre.

Expandía una atracción simpática, más eficaz porque no demostraba el más mínimo interés en ejercerla.

Su influencia sobre ella era muy explicable porque, siempre en contacto con su padre, tan rígido, tan parco en familiaridades, impidiendo con un fruncir del ceño —que no daba lugar a insistencias— la más cordial y espontánea expansión, se dijera no había concebido la idea de la existencia de seres tan opuestos. Y menos suponer que, el flagrante contraste lo iba a encontrar en su vilipendiado pariente.

Su genitor, regañón y áspero, rezongón y moralizante, sirviéndole de arquetipo, le hizo forjar un ejemplar hombruno imperioso, adusto y tiránico, ciertamente desagradable, a quien un día habría de soportar, —como su madre—, en el matrimonio, en eso que se ha dado en llamar: la verdadera carrera de la mujer.

De pronto vivía junto a otro ser, varonil, cortés, sin pizca de delicuescencias afeminadas, que la colmaba de atenciones, de discretos comedimientos y cuya ternura, interpretando las delicadas expresiones de su alma, la conquistó casi de improviso.

Él sabía encontrar frases, gestos, amabilidades, que la hacían pensar:

—Así me gustaría que fuese el hombre que me

quisiera!, y creyendo que eran sus maneras lo que la seducían, se demandaba:

—Cómo no cobrar cariño a una persona así?... .

... Sin pensar que hubiera sucedido lo mismo si él se hubiera mostrado reservado y hosco.

Ya empezaba a surgir en la chica el sofisma de que él quizá fuera o podría haber sido mucho mejor.

—Cuestión de comprenderlo...

Y su historia escandalosa y turbia se disipaba entre los buenos propósitos de modificarlo:

—¡Yo lo regeneraría!

Las almas femeninas se parecen siempre y por eso el hombre que ha tenido mucho comercio con ellas, entiende a todas.

Delicadas y caprichosas, sencillas y absurdas, les basta una palabra, un gesto, un desplante, para ser conquistadas. Es más, quizá ni eso, pues ellas, fantaseadoras, bien se lo pueden imaginar.

Como al poeta, les sobra una flor diminuta, un retazo de cielo, la luz de una mirada, un perfume, un hilo de poesía, para poder soñar.

La mujer no es sólo la poesía, es el poeta.

Todos, —divina herencia—, llevamos en el alma el ideal. Por eso es tan fácil enamorarnos, vestir al ser más insignificante con todos los ropajes fantásticos, los oros y los tules de la quimera; y en la mujer es más propenso forjar el poema cuando el hombre tiene un pasado prestigioso y galante.

Jacinto no ocultó su intenso dolor por Laura, y estrechado a sus hijos era sincero, como lo era reconcentrado y ensimismado en sus recuerdos.

A Carmen impresionó extraordinariamente aquella pena, junto a la cual el doliente aparentaba una debilidad de niño que reclama un apoyo.

Ella observaba su insistente ternura, con todas las apariencias de un paso previo a una explosión de amor, que esperaba y tenía el firme propósito de rechazar.

El aguardado arrebató se encauzó en un afecto fraternal, en un sentimiento de ser que ama con un desinterés tocante y sublime.

Él se había dominado, se había domado.

Su dolor alquitarado superó lo bastardo y lo bajo.

Ella lo vio limpio y alto.

Y le creó un culto.

En un hombre cualquiera esa actitud hubiera sido una derrota.

En él, era un triunfo.

Su beso puro, hermano del que daba a sus chiquilines, encendía más sus sueños.

Y como ella ignoraría siempre el combate dilatado y áspero que él sostuvo consigo mismo para superarse, se le presentaba embellecido espiritualmente por el sacrificio, sin las taras materiales con que se había acostumbrado a imaginarlo.

—Es posible guste de mí, se ilusionaba Carmen, pero comprendo que su exceso de delicadeza quizá haga que jamás lo revele.

Don Mariano Gijón no conocía, naturalmente, estos entretelones espirituales. No podía adivinar las luchas interiores del yerno; las inquietudes, las esperanzas, los deslumbramientos de las revelaciones sentimentales del alma de su hija.

No poseía ni sagacidad tan honda ni intuición tan vidente.

Él desconfiaba por teoría, como los que gozan destruyendo las bellezas de la vida, escarbando como unas hienas en busca del egoísmo, único móvil, según ellos, de todas las acciones humanas.

* * *

Carmen vivía una existencia nueva con aquel florecer de un sentimiento inédito.

No se había definido claramente su inclinación como para poder confesarse: "estoy enamorada", y dado que no se le imponían las absorbentes exigencias de la pasión, no participando de ésta sino en el delicioso ensoñar y las amables dulzuras del placer de sentir, vivía en el luminoso estado de gracia de la felicidad.

Inicialmente había resistido con el ajeno escepticismo de su padre.

Intentó acorazarse en la adustez de sus frases hechas.

Y, posiblemente, no quería declarar que lidiaba en escaramuzas de amor, a pesar de la evidencia de usar las armas con que a éste se quiere vencer.

Repetía con el pesimista señor Gijón:

—¡Ya no se ama!... no se ama! Es todo concupiscencia o interés... En mi tiempo era otra cosa... Este es el siglo del herético Bartrina!

Y recurría a la insistencia de los ejemplos desmoralizadores que en el correr de las conversaciones familiares surgían. Ya era ese matrimonio en cuyo seno

un drama de adulterio explotaba violento y vergonzoso; ya era esa unión de dos jóvenes de la sociedad distinguida, que volvían de Europa, —con la luna de miel en menguante—, en cabinas separadas, dispuestos a entablar demanda de divorcio; éste que a los pocos meses de casado exigía una fuerte suma, como un traficante; el otro a quien se le descubría una amante con hijos... Y como corolario las referencias a la infelicidad de Laura, a su calvario junto al mala cabeza de su marido.

Cuando su hermana se casó, ella era casi una chilina. El drama la había rozado con sus aristas ásperas y su aliento trágico. Había asistido a la borrasca, que estuvo a punto de descuajarle y arrebatarle sus ingenuas ilusiones y sus cándidas esperanzas de niña.

Laura había conocido a Morano en una fiesta familiar —a las únicas a las cuales podía asistir dada la rigidez de costumbres de su casa— y se encaprichó por él.

Previendo una oposición de los suyos, ocultó desde un principio las relaciones, que hubieron de mantenerse a salto de mata, facilitando los planes donjuanescos del novio.

No le pudieron prohibir lo que ignoraban, cayendo como una bomba la sorpresiva novedad del grave cariz que tomaron los amoríos.

La madre fué la verdadera víctima, en cuyo seno —con sus lágrimas y su desesperación— se refugió la enamorada, y a quien el señor Gijón vejó y atacó despiadadamente, haciéndola responsable del desliz de su hija.

Recordaba la desesperación de su hermana con sus horribles veladas de incertidumbre; la desolación de doña Jovita; la ira inenarrable del austero padre... Las visitas de eclesiásticos y personas desconocidas... El ambiente de duelo de su casa. La amenaza de la reclusión conventual. El temor de un acto irreflexivo, provocado por la violencia de los hombres. Y el casamiento imprevisto, apresurado, triste, como una ceremonia llenada por fórmula, obligada, opaca, sin futuro!

—¡Eso son los hombres! ¡Así son los hombres!

Oyó la enconada opinión de alguna vieja beata, amiga lejana, que apareció por aquellos días como un pájaro de mal agüero.

La casa quedó mucho tiempo cerrada, sombría, silenciosa, tardando para reponerse del cataclismo moral que la agitara.

Carmen, como consecuencia de los rápidos acontecimientos, vivió una juventud temerosa, prevenida, recatada.

Se le volvieron reales amenazas las traiciones, los engaños, las asechanzas, a las cuales aludía, sentencioso y oscuro, su padre, y contribuyó a hacer opaca su existencia aquel recluimiento, sin amistades juveniles, sin diversiones, con las contadas salidas a la misa de los domingos en la Catedral, las novenas de Anima y, en la estación estival, alguna excursión al lado opuesto de las playas que hervían, coloridas y animadas, como una manifestación del goce de vivir.

Cuando luego de una gripe que la debilitó extraor-

dinariamente, el médico recomendó una permanencia en un balneario, para beneficiarse del sol y del aire libre, eligieron Solís, un rincón bellísimo de perspectivas y de bosques, con una grandiosa magnificencia de mar, con una paz recogida y solemne, pero apartado y triste.

Estuvo siempre, y cada vez más, a solas con sus ideas, desconfiando hasta de sus propios sentimientos, espantada a la sola ocurrencia de poder incurrir en la falta de Laura y en el dolor de su condena. Viendo enemigos peligrosos en todos los hombres. Aparentando ser fría, insensible y seca, por esa guardia incesante de sí misma y ese alerta para evitar las emboscadas amenazadoras en las cuales debía intervenir el celestinaje del Maligno, que su padre parece identificaba, —como en las piezas teatrales—, en los clásicos perfiles de Mefistófeles.

Así cuando la vigilancia sospechosa de su genitor no le excluía los pretendientes, ella misma era quien los rechazaba, aunque vinieran con la aprobación de sus mayores, lo que —en general— significaba sobrados años en los candidatos, falta de amenidad o momificados y miopes conceptos, que le prometían un porvenir capaz de volverla nostálgica del nada agradable presente.

Y la juventud estaba a punto de declinar.

.....
Aún se había resistido a admitir la buena nueva. Insistía en dilatar la duermevela que fluctúa entre el sueño denso de la nada y la vigilia madura y múltiple. Como cuando desde el lecho, en la estancia en

sombra, se quiere resistir al convencimiento de que la mañana se filtra como un oro impalpable por las junturas de la puerta, de las ventanas, e inunda de una tenue, pero segura claridad la estancia.

No se retarda el advenimiento de la luz por cerrar obstinadamente los ojos.

Aunque persistía en no confesárselo, lo sabía.

Había sido absurda y sin embargo, ahora que amanecía en su alma aquel sentir nuevo, concebía la idea de que todo lo que le precediera no era sino una sabia preparación del presente.

Se combatía el abandonarse a la ensoñación, a ese grato proceso de bordar con la imaginación los más bellos mañanas, los más encantadores sueños. Pero no podía evitarlo y se dejaba acunar por el deslizarse de sus pensamientos, que la mecían, la acariciaban, se volvían una música grávida de promesas.

A solas con su amor, incapaz —como era lógico y natural— de descubrirse al ser elegido; obligada por las circunstancias a volverlo un secreto hermético; no pudiéndose confiar con nadie, hasta por parecerle que revestía aspectos sacrílegos hacia su difunta hermana, se veía precisada a vivirlo en sí, volviéndolo más intenso porque lo alimentaba hacia adentro y no lo dispersaba.

Más de una vez se interrogó:

—Él también sentirá esta inclinación hacia mí?

A momentos la dominaba una seguridad absoluta que por poco la conducía a descubrirse ante quien —a su pensar—, quizá por excesivos escrúpulos, callaba y sufría, ¡callaba y sufría!, como ella.

X

LA presencia de la familia de Morano, como huésped de su suegro, se iba prolongando indefinidamente.

La primera intención fué la de pasar allí una breve temporada hasta "hallarse" en la Capital, para luego buscar alojamiento a su gusto, con comodidad y espacio suficiente.

El interesado había descuidado la búsqueda y las contadas veces que hiciera referencia a tal propósito, ya la abuela, ya la tía de los chicos y hasta el mismo don Mariano, lo hacían desistir de su intento.

El viejo señor reducía sus razones a las muy pocas de:

—Hombre, está en su casa; no hay prisa.

Las señoras recurrían a argumentos prácticos y sentimentales:

—¡Es una crueldad separarme ahora de mis nietos! ¿Y qué van a hacer solos por ahí?

—Tenemos un caserón enorme... ¿Qué necesidad de gastar?... Ahora que la casa ha cobrado un aspecto de alegría...

Y él dejaba transcurrir los meses y luego los años,

continuaba moralmente a la deriva, abandonado al correr incoloro y monótono de su existencia.

Si lo hubiesen dejado solo, de haber sido libre e independiente, hubiera continuado como un abúlico, con un decaimiento del cuerpo, con una pereza del alma, entre una vaga pena que no llegaba a ser dolor, entre una melancolía gris que confinaba con una tristeza sin esperanzas.

Carmen, tan dulce, tan atrayente, uniendo a su encanto de bondad, su gracia viva de mujer en la plenitud de su belleza, era quien lo hacía pensar en que era cuerdo y prudente poner entre ambos la separación de una distancia, que, cuando menos, debía ser vivir más alejados.

Tal problema no tenía otra solución que el de cambiar —con los suyos— de domicilio.

Como de costumbre, sus eternas indecisiones, lo hacían recapacitar de que no existía razón para llevar a tal extremo su renunciamiento.

¿Pagaría así la culpa de su juventud desatentada?

¿Acaso no podía observarse una conducta lineal, intachable, hasta casándose por segunda vez?

El propósito de reaccionar se le aflojaba cual si cedieran los cimientos de su volición; se plegaba a aquella inhibición que no le resultaba excesiva, pues se encontraba cansado, sin iniciativas, sin la fuerza de voluntad capaz de consentirle llevar a la realidad las imaginadas aventuras que antes lo exaltarán, lo dinamizarán, lo encendieran de una fiebre de entusiasmos que, en mejores tiempos, le rindieran sus enorgullecedoras conquistas.

Y de pronto, entre la complicada malla de sus cavilaciones, se dibujaban las figuras de los hijos, que iban haciéndose más nítidas, tomando consistencia, dominándolo todo.

¡Los hijos!

Y entonces, desde un opuesto punto de vista, se veía en la casa ajena, en la cual pronto iba a hacer tres años que vivían.

.....
Un suceso imprevisto vino a sacudirlo, a arrancarlo de su marasmo.

Ello lo impulsó a tomar una resolución.

XI

DE acuerdo con sus costumbres caseras y morigeradas, don Mariano Gijón, si no se acostaba con las gallinas, porque era verano, por lo general jamás salía después de la puesta del sol.

Luego de la breve sobremesa, porque el calor en el comedor era insoportable y con la luz encendida las habitaciones se llenaban de mosquitos, salían al patio, a sentarse al aire libre, en los sillones de mimbre.

Pero esa noche, porque la comida había sido pesada, se dispuso a fumar —caminando— su consabido cigarro, ayudando con ello la digestión.

Paso tras paso, descendió por Colonia, repechó por Florida y entró hacia el centro de la Plaza Independencia.

La noche era de una limpidez y una serenidad maravillosas. Las palmeras ligeramente argentadas por el plenilunio, se dijeron metálicas. Los rascacielos nuevecitos, blancos, daban idea de empinarse para, por sobre el caserío gris, mirar hacia el mar, hacia la bahía que, repujada por la luna, se abría como una ancha bandeja de plata.

Por las dos cintas de la polea del tráfico rodaban,

runroneando, iluminados, veloces, tranvías, buses y autos.

Los letreros luminosos, de brillantes tonos multicolores, guiñaban confidencias interesadas, pescaban con sus reclames comerciales la atención de los transeuntes.

El Precursor erguía su mole de bronce en su bufalo percherón en continuo amago de un tranco irrealizable.

La gente iba y venía, lenta, inactiva, con el sombrero en la mano, algunos con el saco en el brazo, charlando, riendo, con esa comunicativa locuacidad propia del tiempo benigno.

Habiendo visto un agolparse de muchedumbre hacia el sitio donde está ubicado el Palacio Salvo, el señor Gijón, víctima de esa superficial curiosidad tan característica en la mayoría de los ciudadanos, también se encaminó hacia allá.

Era una de las habituales conferencias callejeras.

Quiso enterarse si eran los del Ejército de Salvación, la Asociación Patriótica o cualquier otra reunión política.

De camino, ya iba comentando:

—¡Valiente tribuna!... y, como de costumbre, suponiéndose lo peor que se le podía ocurrir:

—Apuesto a que es esa gentuza subversiva.

Y ya se crispó, indignado, imaginando los disparates, los absurdos y las demagogías de los propagandistas.

Acto seguido encauzó sus críticas al Gobierno, que tenía la culpa de todo.

¿No era una falta de criterio el permitir esas manifestaciones? ¿A qué podían conducir semejantes descabelladas teorías? ¡A la rebeldía, al desasosiego, al desorden!

¡Cómo se comprobaba que ni la democracia era una cosa seria!

¡La intervención del pueblo, de todos, en la dirección del Estado!

¡Tamaña anomalía!

Él, que era un hombre de orden y de trabajo, y de posición, era considerado del mismo valor y al mismo nivel que el atorrante, el fracasado o el inútil.

¡Ah, sabias leyes de los clásicos países europeos que dan voto especial, doble y hasta triple, a las fuerzas vivas, a los propietarios y los rentistas!

—¡Eso es justicia!, continuaba el bien pensante, mientras por sobre el grupo de curiosos el conferencista semejava un muñeco que agitaba frenético la cabeza y estremecía los brazos y las manos en repetidas salutations al vacío.

Al prólogo del disertador inicial, lo sucedió un catalán huesudo, hercúleo, bigotudo, en mangas de camisa, el cual comenzó a vociferar con voz tonante contra la "caste capitaliste", los "cosaques policiales" y los "egoísmes criminals de los burgueses".

Don Mariano, que conocía las disposiciones legales que se gastaban del otro lado del Plata, lamentó:

—¡Ah, esa ley de residencia! ¡La falta que nos hace aquí!

Al furibundo catalán siguió un joven pálido, de voladora corbata negra, que se expresaba con corrección y soltura.

Para él, aquella gente no podía decir sino estupideces y pamplinas, pero el disertante actual demostraba ser persona de doctrina y cultura, versado en política internacional, conocedor de sus triquiñuelas hasta el punto de revelar chismes interesantes sobre empréstitos e imperialismos.

Se aproximó a oírlo.

Ello permitió que cuando el orador cesara su cháchara, pudiese ver a su sustituto, un mozalbete, casi un niño.

—Eso sí que la policía no debía permitir.

Pero en fin, lo más criterioso era retirarse para no hacerse mala sangre.

Ponía en práctica su intención cuando el conferencista empezó.

—¿Canta? ¿Recita?, indagó, aguzando el oído...

—Me parece conocer esa voz!

Quiso comprobarlo.

Se aproximó más, a tal efecto.

—¡Esa voz! ¡Esa voz!..., y comentó alto: pero esa es la voz de...

Recordó, sí!, conoció al pergenio!

—¡¡Eliseo!!

La congestión le envolvió la cabeza con una llamada ígnea: le zumbaron los oídos; le repiqueteó un martilleo de las sienas; en dinámico simultaneísmo se le pobló la visión con la muchedumbre, los oradores, el tráfico trepidante —horadado de ojos de luz—, el cuarto del muchacho con sus retratos y sus libros, Morano con la cabeza gacha, mientras él agitaba un índice rígido, increpándolo:

—¡Ya te decía yo! ¡Ya te decía! ¡Un anarquista!

Realizó un supremo esfuerzo y en un relámpago de lucidez intentó retar a su nieto:

—¡Caballerito!...

Pero ya abrió los brazos y cayó, perdido el conocimiento.

La gente se arremolinó, corrieron los agentes; alguien voló a un teléfono reclamando la Asistencia Pública.

Los curiosos apretaban el corro asfixiando al accidentado. Por suerte entre ellos no faltó quien lo conociera, ayudara a conducirlo a la ambulancia de la Asistencia y, luego de la atención médica de urgencia, lo acompañara a su casa en un taxi.

Don Mariano reaccionó y para evitar alarmas a su familia, se despidió en la esquina del amigo que lo acompañara y entró en su domicilio, lento, derrengado, sintiendo que la ira le hacía de nuevo subir la sangre a la cabeza.

Entre las palmeras enanas y las plantas de adorno del jardín, conversaban Carmen y el cuñado; doña Jovita se hamacaba en un sillón; desde el salón venía un insistir de escalas del piano, con lo que se divertían Alma y unas amigas.

Como el señor Gijón no saludó al entrar y su esposa le notara algo anormal hasta en sus pasos claudicantes, volvió la cabeza para observarlo.

La hija se extrañaba:

—¿Qué tendrá papá?

La señora, que se le había aproximado, indagó:

—Ustedes de qué conversaban?

Carmen se sorprendía:

—¡Pero, mamá!

—Tú sabes como es él...

Sonaba enérgico el timbre de la estancia de don Mariano.

Con la sirvienta, corrieron las señoras, temerosas, como ante una oscura amenaza.

Él ordenaba hielo para la cabeza, la bolsa de agua caliente para sus pies que se helaban y reclamaba, perentorio, la presencia del yerno...

—Y que nos dejen solos!... Váyanse ustedes!

—Pero estás enfermo, qué tienes?, solicitó la esposa.

—¡Tengo lo que tengo!, concluyó él. ¡Váyanse ustedes y que entre Morano!, repitió en voz alta, viendo al reclamado frente a la puerta.

La señora angustiada, inquieta, presa imprevistamente de sus agudos dolores neurálgicos, se abrazó a la muchacha, doliéndose:

—¡Pobre hija mía!

Carmen la acompañó a sentarse y corrió adentro a pedir a las niñas que no hicieran ruido, que no riesen tan alto, que dejaran el piano.

* * *

El señor Gijón, con el cuello de la camisa desprendido, estaba recostado en la cama, cuando su yerno, antes de entrar, le solicitó:

—Con permiso.

Él, sin contestarle, incontenible y agrio, lo agredió:

—¡Puedes estar muy contento!, muy contento!
¡Puedes felicitarte por la alhaja de tu hijo primogénito! ¡Ya tenemos los frutos, los terribles frutos previstos!

Jacinto, conteniendo su exasperación, le suplicó:

—Pero, don Mariano, si usted no se explica...

—¡Ya me ves! Debía callarme, reposar, no alterarme; me lo recomendó el médico.

—¡El médico? ¿Pero qué pasa?

—Sí, el médico! ¿Qué pasa? Aquí donde me ves he estado a punto de morirme! ¡De morirme de un ataque! Quizá algo apoplético, que sé yo!... Me caí, me llevaron a la Asistencia, me sangraron, me dieron inyecciones...

—Pero qué fué? Sáqueme de la preocupación... ¿Qué participación tienen los chiquilines?

—¡Los chiquilines! ¡Mis nietos! No, mis nietos no! Que no tienen nada mío según parece. Por lo menos algunos... Son tus chiquilines! ¡Tus hijos! ¡Tu casta!

—Pero, don Mariano, usted está exacerbado; usted me acusa, hasta me ofende y todavía yo estoy por saber por qué! Haga el favor de hablar!

—¡No digo más porque no puedo, porque me ahogo! Pero te acuso, sí; te acuso! ¡Esa es tu enseñanza, tu moral, tu línea de conducta! ¡Morano, tú, tú, tú eres el culpable!

El acusado, recurriendo a toda su calma y su serenidad se resolvió a esperar que por fin redondease el hombre su requisitoria.

El anciano levantaba la voz hasta ser oída por las

señoras que andaban en los ajetreos de partir el hielo y preparar la bolsa de agua caliente.

El parece que modulaba de expofeso recalcando las palabras:

—No estoy con disposición ni en condiciones de hacerte el proceso de tu vida. Hasta considero que sería inútil. Los ríos no pueden correr al revés. Pero debo hablar de tus hijos, comparables con arroyuelos, a los cuales quizá aún lleguemos a tiempo de salvar. A los otros, porque respecto a Eliseo, al Eliseito ese, me parece que vamos a llegar tarde!

—¿Qué ha hecho?

—Imagínate todo lo peor! ¡Está perdido! ¡Está hecho un vulgar agitador anarquista! ¡Acabo de oírlo en la Plaza Independencia.

—¡Eliseo!

—Sí, como oyes, y no te sorprendas. Era lo que tenía que suceder. ¡Valiente escena! No te digo más. Fui a la plaza, accidentalmente; me veo una, una cosa de esas, me acerco! No te digo más! ¡Yo! ¡Una familia como la mía! Con mi nombre, con el honrado nombre de mi padre! Con mis relaciones, con mis vinculaciones en la colonia española, en el comercio, en la sociedad! ¡Bueno, bueno, bueno! No te digo más!... ¡Tú sabrás lo que tienes que hacer!

El padre no salía de su sorpresa.

El abuelo continuaba:

—Una prevención agregó, por deber de conciencia y de sinceridad: me es muy doloroso, pero te declaro que me sería muy difícil soportar la presencia de ese, de ese, de ese pobre extraviado, bajo mi techo!

—¡Pero, don Mariano!, ¿nos echa?

—¡Los echo! ¿Los echo?... Pues, señor, todavía eso?... Hay que tomar las palabras en su verdadero sentido y darles su correspondiente valor!... Y últimamente, tú, tú sabrás lo que tienes que hacer! Y no sé más nada... ¡Yo pierdo la cabeza!

La última frase, escudándose en la irresponsabilidad de la excitación, de la anormalidad de su estado, sonaba un poco a disculpa porque quizá temía haberse excedido.

En esa actitud indefinida, continúa, deshilachado:

—¿No es justa mi indignación?... ¿No tienes tú la culpa?... Hable tu conciencia...

Luego llamó, de nuevo violento:

—¡Jovita! ¡Carmen! ¡Maldición!, me van a dejar morir como a un perro!

Las señoras acudieron corriendo, inquietas, temblando, y el yerno salió confuso, agobiado, atormentado.

* * *

Ganado de una ira sorda contra su suegro, porque las circunstancias y hasta los aspectos de razonable de la filípica, no daban asidero a una réplica; fastidiado por no poder atenuar la condenación de sus chiquilines, de no poderlos defender, porque en el fondo admitía que aquello estaba mal, pensó tomar el sombrero e ir a buscar de una oreja a Eliseo.

¿De una oreja como a un chicuelo?

Pero... su hijo mayor ya era un mocito!

Sí, punto que justificaba darle responsabilidad y eso, realmente, era lo grave.

El muchacho tenía que saber lo que hacía.

Y no era lógico le consintiese embarcarse en tales propagandas disolventes.

¿Dónde se iba a parar por ese camino?

¿Acaso era necesario lo que ellos predecían?

Él reconocía que pese a tanta prédica, a la religión, a los congresos, la sociedad era un conglomerado de injusticias.

No era ciego ni sordo ante la miseria del pueblo y ante el clamor justísimo de sus reivindicaciones. Había mucho que hacer, que corregir, que mejorar.

Pero de eso a que un hijo suyo saliese por calles y plazas a provocar reacciones, a incitar a la violencia y a anunciar la revolución!

—Sí, un tanto de razón no se les puede negar...

Y en la imprecisa y desencontrada efervescencia de sus opiniones, de las recriminaciones del señor Gijón; entre la niebla de su desorientación no se terminaba de definir a quién atribuía lo razonable...

Natural, él debía haber hecho algo más que constatar que las lecturas de Eliseo, que sus amistades y compañías podían acarrearle daño.

Era necesario intervenir, corregirlo, castigarlo!

—Sí, hay que aleccionarlo de alguna manera!

Era hora de aplicar la famosa mano de hierro del intransigente comerciante.

Se imponía.

—Le pondré un plazo perentorio para que se encarrile, para que termine sus estudios. ¡Esto no puede seguir así! En caso contrario, o si me parece más oportuno, lo mando al campo, lo aísla definitivamente!

—¡Veremos! Lo que no se puede discutir es que tengo que ser enérgico, muy enérgico.

Si salía en su busca, era lo más probable, casi seguro, que no lo encontraría.

A Carmen, que pasaba con algo para el enfermo, le preguntó:

—¿No se necesitará llamar al doctor de casa?

Ella lo informó:

—No quiere que le hablen una palabra del médico, y continúa, tranquilizadora:

—Pero parece que se calma, que va a reposar.

Morano se sentía nervioso, desasosegado.

Empezó a pasearse a lo largo del patio. Se sentó. Volvió a ponerse de pie, resuelto a esperar al subversivo para hablarlo.

Alma, que cuando la mandaron hacer silencio se había marchado a casa de sus compañeras, volvía acompañada de éstas y no terminaban de cuchichearse interminables y, posiblemente, superficiales confidencias.

Más tarde llegó Jacintito, que no se fué a acostar sin besar a su padre.

Raúl, apestando a tabaco y a cerveza, llegó silbando un tango.

—Pischt, silencio; duermen y tu abuelo está enfermo.

—¿Qué tiene?, ¿es de cuidado?

—No... un malestar...

La sirvienta preguntó si cerraba el zaguán.

Podía hacerlo.

Eliseo no tardaría, pero como disponía de llave, entraría sin incomodar.

Tardaba el muchacho.

Se inquietó.

La preocupación, el tumulto de los sucesos, de sus proyectos y contradicciones, le habían distraído la atención, pero ahora que se asentaba en su alma el torbellino, la ausencia del hijo, a quien aguardaba, lo empezó a preocupar.

El tiempo, en la espera, se dilata engañosamente y caben en él las suposiciones de mal agüero de la aprehensión.

—Puede haberle pasado algo... La policía procede a veces con tal barbarie!

Lo peor era eso: lo peligroso de tales reuniones y andanzas.

Las mismas rencillas entre los diversos matices de los avanzados.

Eso mismo lo iba a impulsar a ser intransigente.

¡Lo iba a sentir el sabandija!

Viendo a su padre tan tranquilo, descansando, Carmen, que resolvía retirarse a dormir, pasó por el patio, dando las "buenas noches".

La abuela, olvidándose de sí misma para acordarse de los otros, vino a recomendarle al yerno:

—Recuerda que es un chiquilín, que es una criatura.

—Soy su padre!

—Razón de más para que seas tolerante y no pierdas tu dominio.

—Pero lo que ha hecho!

—Todo tiene sus atenuantes... Además yo puedo muy bien reprenderlo...

—Gracias. No. Esto es de mi incumbencia.

—Reflexiona, entonces.

—Sí, señora.

* * *

De la limpidez del alto cielo azul, de las estrellas claras, caía como un edredón de silencio que iba amortiguando los rumores de la ciudad.

Refrescaba tenuemente la noche.

Su pensamiento ahondaba en el trascendental acacimamiento.

Reconstruyó la escena con el suegro y en esta evocación ya no representaba el papel pasivo que le cupiera; no, ahora intervenía, defendía a su chico de los ataques.

Notó que se despojaba de la ira como de una armadura y comprendió que no era aquel el mejor estado de ánimo para su obligada posición de severo mentor.

Pensó salir a la puerta de calle, a esperarlo.

Se le iba a hacer más angustiosa la expectativa.

Se paseó otro poco, y en puntas de pie, se fué a la habitación del terrible agitador, como a revestirse de aspereza, a abroquelarse de rigidez y gravedad, para estar bien en carácter cuando empezase el capítulo de cargos.

Miró los libros, hojeó los papeles, contempló los cuadros.

Se sentó en la cama.

Sobre una repisa había un retrato de él.

El pecho le rebosó de ternura.

—¡Cuánto tarda!

Tuvo tentación de besar la cartolina en la cual descubría un leve parecido a su madre muerta, a su esposa muerta.

Los dos seres más profundamente amados se daban cita, delicados y femeninos, en el rostro del mozalbete que no por ello perdía su línea viril.

Los recuerdos lo emocionaron.

Como en una atmósfera vaga, indecisa, sentimental, se hundió en el pasado.

Él, en un momento de su vida, también se había encendido de sueños; sintió la opresión asfixiante del dolor del mundo, midió su injusticia, condenó su desigualdad y se armó caballero de la cruzada generosa.

Allí estaban, siempre despiertos, ¡centinelas alertas! de una comarca de ideas y de sentimientos, los mismos libros que él leyera, las frases de los visionarios, los anatemas de los poetas, los corolarios de los filósofos, la cruel tragedia de los parias, escrita con lágrimas y con sangre!

La lanza del iluso desgarraba un pedazo de la sombra y permitía percibir un retazo del cielo azul de la utopía.

Aquella era la gran culpa de Eliseo.

¡Aquella la equivocación!

¡Aquel el crimen!

Y lo veía bello, joven, fuerte, con algo de efebo aún en su masculinidad atenuada por sus breves años.

Y cuánto entusiasmo, cuánto desinterés, cuánto ardor!

Lo imaginaba con la voz sonora y los gestos amplios sobre la muchedumbre conmovida y exaltada.

El muchacho loco estaba viviendo un girón de su vida.

Completando, redondeando, terminando su existencia.

Ennoblecíendola de quijotismo.

Lo constataba con cierta emoción que lo deprimía y lo animaba, como los sones marciales y envolventes de las músicas heroicas cuando se va en una de esas manifestaciones proletarias, tremendo hervor de vida sobre el cual tiembla la llamarada de la bandera roja!

Y él lo tenía que reprender.

Él, tenía que impedirle que soñase!

* * *

Apagó la luz.

Volvió al patio.

Una llave chirrió en el zaguán.

Eliseo entraba en puntillas.

Viendo a su padre sentado en un sillón, se le acercó con solícita ternura.

—Viejo, no te sentís bien que no te has acostado?, y lo besó.

Éste respondió, evasivo:

—Hace tanto calor...

Pero cuando el trasnochador se iba a retirar, lo detuvo:

—Es que... también te esperaba... y completó, muy serio:

—Te tengo que hablar.

—¿Venís a mi cuarto? ¿Quieres que vaya al tuyo?

—No, si no estás cansado, vamos afuera, a la calle.

—¿Es algo de importancia, de lo que no se puede dejar para mañana?

—Es así; luego, como duermen... Uno discutiendo alza la voz, y puede incomodar.

—Bueno, vamos.

Y salieron.

XII

MIENTRAS caminaban con cierta prisa, regulando la marcha por el paso egoísta del joven que, elástico, ágil, no pensaba —en su natural idiosincrasia— en ajustar su andadura a la de la persona mayor, el padre lo admiraba, reflexionando:

—He permanecido demasiado alejado de mis criaturas... No ignoraba mi deber de guiarlos, pero esperaba, los estudiaba, procuraba descubrirlos y ganar su confianza.

Y como un camarada pasó el brazo amical bajo el de su compañero.

Éste, que había quedado cavilando con las palabras de su padre: “uno discutiendo alza la voz”, y que se demandaba: pero por qué hemos de discutir así, como quien dice hasta el enojo?, se tranquilizó ante el gesto cordial.

* * *

Era pasada la media noche.

Los barrios del extremo sur oeste, que son de por sí muy tranquilos, se amodorraban en la quietud que precede el sueño.

Con la sombra parecían más tristes y más anticuadas las construcciones sin carácter.

Cerrábanse los contados comercios que por allí existen.

La vida se concentraba en los portales de los conventillos y algunas casas obreras, frente a las cuales dormitaba una comadre con un chico semidesnudo, dormido entre sus brazos y tomaban "la fresca", fumando, algún pacífico artesano, algún viejo marino.

Los tranvías giraban con una lasitud de cansancio en la curva de Pérez Castellanos y huían zumbando, casi vacíos, como lo hacían, rumorosos y tardos, los buses de ventanillas temblequeantes.

Las calles monótonas, la ausencia de transeuntes, la indiferencia de las puertas cerradas, daban idea de un petrificado pueblo departamental.

Descendieron Sarandí.

Cruzaron frente a un cuartel, en cuyo portón se aburría un centinela inoperoso, y ya los acarició la brisa ancha, ligeramente salada del estuario.

Entraron por la escollera.

Sobre el lomo del río la luna jugaba a descascarar luminosas virutas de estaño y el ojo del Cerro, con sus guiñadas intermitentes, paseaba su fugaz chal de luz verdosa que parecía un pincelazo lento, largo y sabio.

A la derecha, entre un arbolado de mástiles, lucecillas rojas, amarillas y verdes, espiaban, vigilaban.

Una lancha a nafta, como una anguila veloz entre las moles de barcos y vapores, deslizábase tosiendo:

taf-taf, taf-taf, el asma de su motor isócrono, cual en un juego.

A la izquierda el mar se rompía gemebundo, incansable, contra los bloques de cemento y los pétreos monolitos de defensa y el oleaje alzaba hasta los paseantes su copa húmeda, desbordante de olores salubres, que sabían a algas, a hierbas marinas, a mariscos, a sales, a iodo.

Ellos callaban, contemplaban.

Un cargo-boat lento, majestuoso, casi sin luces, embocaba la salida del puerto entre las escolleras y llenaba, instantáneo, la inmensidad, con su bocina que dilatava una despedida.

—¿Para dónde irá?

—Vaya a saber... , respondió el padre.

—Como todo, completó el muchacho... No sabemos nada. Hasta lo que nos es más familiar resulta un insondable misterio... Por ejemplo: sobre Raúl, sobre Jacinito, sobre mí mismo, ¿tú no tendrás que interrogar?: ¿para dónde van?... Y así como ese barco negro que se hunde en la sombra, yo puedo estar emprendiendo con mi alma un viaje hacia tierras lejanas, exóticas, desconocidas.

El genitor, dócil, propicio a tales imaginaciones, se prestó a la ficción:

—¿Y has pensado en los peligros de las travesías?

—Llevo mi brújula, mi cuadrante y el instinto de mi corazón!... , concluyó el joven, y despiertos en la memoria versos de Baudelaire y de D'Annunzio, se veía capitán sobre la cubierta de una fragata, dando sus órdenes de mando, mientras el viento libre le

besaba el pecho y la frente y desenredaba las gudejas de sus cabellos.

Morano, a solo dar un hábil sesgo a la plática, hubiera encontrado coyuntura para su premeditada prédica, pero continuaron dialogando en sentido figurado, como bajo la sugestiva influencia de la perspectiva, de la noche y de la soledad, que parece incitaban a desprenderse de lo trivial y de lo pedestre.

—¿Y tus estudios, cómo van?, interrogó de pronto el padre, rompiendo un largo silencio en que dejaban perder la vista en el juego de las olas, mientras estaban sentados en el murallón, las piernas colgantes sobre el agua.

A pesar que a Eliseo se le ocurrió que su deficiente actuación universitaria debía ser el móvil de la excursión, explicó, displicente:

—¿Mis estudios?... Ahí van... Terminaré el bachillerato y abandonaré la Universidad...

Como la afirmación no tuvo eco, se corrigió:

—Digo, si eso no contraría tus planes... Si a ti te parece.

—¿No estudiar más!, y por qué?

—Creo que lo mejor es hablar claro: si tú quisieras que me doctorase o me graduase en ésto o aqué- llo, no sé, trataría de darte el gusto, pero sería inútil... ¿Para qué?... No siento eso... La medicina no me llama, la ingeniería menos aún... La abogacía no la puedo soportar con sus famosas defensas de cualquier cosa y de cualquier causa, según lo que paguen... Por eso los abogados hacen bue-

nos periodistas... burgueses... Yo no voy a buscar empleo público de ninguna especie, ni siquiera de diputado de los grandes hornos blanco o colorado... Imagino que tú sabes que el nuestro es el único país del mundo donde los representantes son empleados públicos y como tales jubilados o jubilables... ¡Cómo eran más sabios los griegos con su pritaneo!

—¿Y entonces, qué orientación tomarás?

—Trabajaré. En el campo, aquí, donde se pueda. No quiero privilegios. Hay que pagar la contribución al esfuerzo colectivo. Hay que ser útil, célula viva y activa del organismo social... No crees tú que si todos laboraran en un mínimo esfuerzo desinteresado se conseguiría un hermoso y sorprendente resultado?

Leyes más justas y más que distribución de la riqueza, distribución de las funciones y éstas, si posible es, obligatorias. Un poco de patriotismo... sin la abundante mesada. Infundir en la gente el concepto del deber, la conciencia del humanitarismo. Somos un amontonamiento de fieras egoístas, secas, agresivas: "el hombre lobo del hombre!"... Barbusse hablaba después de la guerra de desarmar los espíritus... Ves lo que se debe hacer: volver a los seres más hombres, desbestializarlos!

Bajo la noche ilimitada y solemne el padre percibía una especie de latido rítmico en la música del mar, del cielo, de la ciudad que se arrojaba en el silencio.

Perdida la voluntad, indeciso de elegir cualquiera de las infinitas rutas que entreveía, escuchaba a su

hijo con cierto halago, contagiado de idealidad y de ingenuidad.

Ave fénix resurgiendo de las cenizas aún calientes de sus recuerdos, se veía joven, entusiasta, ¡iluso!, pero encontró un resto de escepticismo para construir el hielo de una palabra que iba a aterir las alas del divagador:

—Sueños...

—¿Sueños, dices? ¡Sueños! ¡Desvaríos! ¡Sueños!... Pues bien, serán; pero, créeme, papá, vamos a terminar por admitir que los sueños son una función orgánica espiritual de los seres completos, perfectos y altos. Los que no sueñan son anormales o mutilados, como los que no tienen juventud!

Corrió un guión de silencio.

El joven temió haber herido a aquel ser, especie de hermano mayor, que lo oía con tan cálida cordialidad y cual si fuera a empezar un nuevo tema, lo interrogó:

—Has soñado tú, alguna vez?

Había una calma honda.

La brisa inmóvil se había acostado sobre el mar para dejarlo dormir.

Las olas apenas se quebraban contra los acantilados en un rumor quedo e igual.

Las luces de los barcos se dijeran extáticas y el faro de la fortaleza colonial alargaba más dulce sus bellos e inútiles caminos de luz.

La pregunta, llena de significación, estaba allí, como una paloma que aguarda un mensaje para volar.

Morano galopó con la imaginación el accidentado panorama de su vida.

En el extremo se erguía el suegro, severo, testarudo, férreo:

—¡Nada de contemplaciones! ¡Tú tienes la culpa! ¡Mano de hierro!

... Estallaba su adolescencia turbia... Precocidades, amores, vicios. Con todo, la juventud se abría con algo de flor y con algo de ala.

Y murmuró, apenas perceptible:

—Sí.

Eliseo respiró:

—Entonces, entonces me comprendes!

Volvieron a callar hasta cuando se invitaron:

—Vamos.

Fué el padre el que comentó con su ternura vigilante:

—El relente y esta humedad te podrían hacer mal.

Llegaron a casa; se saludaron, efusivos.

Se retiraron a sus habitaciones.

Sin la presencia del muchacho, Morano volvió a medir su responsabilidad, a comprobar que no había adelantado un paso en su propósito.

—¡Caramba!, es imprescindible que le hable... Por lo menos que lo entere de lo sucedido a su abuelo.

Y resolvió intentarlo nuevamente.

—Eliseo.

—Papá.

—¿No dormías?

—Estaba pensando en nuestra conversación; recapitulando; recordando el hermoso paseo.

—No enciendas luz.

—Eliseo, debo solicitarte una promesa.

—¿Cuál? Lo que mandes... Pero te noto misterioso.

—¿Misterioso?... Será eso del misterio que tú me hacías notar. Misterio cada uno de nosotros... misterio lo que nos inclina hacia éste o aquél sendero... misterio el hoy y el mañana...

—Habla.

—Hijo mío, he resuelto pedirte que no tomes más parte en esas manifestaciones públicas de propaganda.

—Ah, supiste?

—Sí... Y esto no es por mí... Pero imagínate que tu abuelo, esta noche había ido a la plaza y te vió, te oyó, le pareció mal tu actitud y, con ese genio que tiene, se sulfuró y eso le acarreó un ataque...

—Pobre abuelito!, ¿y cómo está?

—...un ataque que pudo ser de consecuencias graves...

—Pero, sigue mejor?

—Sí, se le pasó, se mejoró; persistiéndole entre tanto la indignación, que, dado su temperamento y su manera de exponerla, causó en la familia el consiguiente disgusto... Tú ya lo conoces... Evítale otro momento desagradable... Tú te harás cargo...

Puntualizaba la crítica al espíritu y a las ideas del viejo señor, cual si su finalidad fuera el condenarlo porque se permitiera discrepar con el revoltoso.

Al muchacho le nacían escrúpulos:

—¡Pobre abuelito!

El malogrado juez, daba a sus frases tono de disculpa:

—Con él no se puede, no hay razones; tú comprenderás... Ahora no vamos a tener más remedio que irnos de esta casa, de su casa.

—¡Caramba!, lo siento, papá... Mire qué derivaciones se vienen a suscitar!

—Así que evita discusiones, y, desde mañana, será conveniente que no vayas al comedor... Comerás aquí por unos días... Es de nuestro deber evitar escenas... Tratemos de eludirlas...

Y triste, como avengonzado de no haber sido capaz de adoptar otra actitud, interrumpió el diálogo, alejándose:

—Buenas noches, hijo.

El muchacho le hubiese saltado al cuello, para abrazarlo con una efusión de cariño y de respeto.

Este último sentimiento lo contuvo:

—Que sé yo, —se dijo—, impone esto así tan, tan escueto, tan como una corteza por sobre la carne viva del alma!, y murmuró:

—Gracias, viejo, gracias...

XIII

ALGUIEN se salvaba

de la condenación del anciano.

Era, naturalmente, Jacintito.

Sobre él, sin embargo, y esto era lo curioso, no podía ejercer influencia ni autoridad, porque el jovenzuelo, con un temperamento bien templado y fanático, superaba a su abuelo en la rigidez y la inflexibilidad de sus convicciones.

Era interesante ver al viejo señor ejerciendo sobre sí un enorme esfuerzo de dominio para no tratar de herético o de atrevido al mocoso, que interpretaba a su manera —muy personal— los dogmas de la religión o condenaba, con una santa indignación de cristiano primitivo, lo que él calificaba desviaciones y transigencias vergonzosas de los fieles— o los infieles ministros del Señor.

Don Mariano, en cuyo espíritu la persistente presión de los sucesos y las ideas exteriores que lo rodeaban habían conseguido mellar en algún punto su intransigente ortodoxia, había llegado a tolerar a Jacintito ideas que en otra época lo hubieran sublevado.

Eso y su debilidad por el correligionario, suavizaban sus controversias.

—Sí, hijo, será de los justos el reino de los cielos, pero es imprescindible, como en todo, una jerarquía, una tabla de valores, una diferenciación.

—Todos seremos iguales en el día del juicio.

—Pero entre tanto, aquí, en el presente y en la tierra, necesitamos una regla, un orden.

—Crearemos el del Amor.

—Hermosa y cristiana idea, pero para la convivencia de los seres se necesita organizar la sociedad, designar nuestros jueces terrenos y castigar, en la medida de sus faltas, a los que delinquen.

—Debemos perdonar, abuelito. La severidad, la disciplina estricta, podríamos reservárnosla a nosotros mismos, para, perfeccionándonos, volvernos ejemplares.

—No me opondría...

—Y ser los humildes, y ser los buenos, y ser los puros, y hasta los simples y los humillados.

—Seámoslos.

—Empiecen también los que de nuevo transforman en bazar el templo del Señor, los que se rodean de fausto y de lujo, los que codician demasiado los bienes terrenales... Eso es lo que le encuentro de malo a nuestros religiosos y a nuestra religión que lo tolera!

El anciano se encrespaba:

—No es que nuestra santa religión permita eso... Eso está al margen, no lo ve la Iglesia. Esta no tiene nada de malo.

El ferviente neófito, insistía:

—Pero podía ser más buena.

—Eso... no tiene tanta importancia, es humano.

—La religión debe superar a lo humano. Pero en este caso lo concreto es que no ha evolucionado con las épocas, se ha cristalizado, se ha momificado!

—¿Qué pretendes?, que nos pongamos al servicio...

—De la evolución normal. Acabar con esos efectistas rituales que tienen más de mágicos que de sagrados.

—¡Pero, qué dices! Pareces más un herético que un creyente!

—No, señor; yo voy contra la superficial afirmación de unos literatos que abrazan la religión por estética, como lo hacía don Ramón del Valle Inclán con la monarquía... Hay que ir a lo feo y pobre, pero puro!

—Hay que respetar la tradición.

—Lo tradicional debemos admitirlo con beneficio de inventario.

—¡Inventario! ¡Análisis!

—Eso es una ley antigua, ciega, sin vitalidad, sin sangre! Todo se renueva y la religión debe renovarse por el espíritu.

—Pero, chiquilín, ten fe; no discutas, cree. ¿Qué es eso de hablar de reforma?! Pero tú no has leído los cismas, las luchas del pasado, hasta las guerras que nos cuenta la historia?

—Y si en eso había algo de razonable?

—Jacintito, no te puedo admitir que tomes así estas cosas.

—Abuelo, déjame expresar mi pensamiento; no te parece que así me puedes corregir?

—Sea.

—Piensa que yo estoy buscando un terreno sólido para mi camino en la vida. Yo opino que la religión debe ser una cosa viva como un río en el cual desembocan innúmeros afluentes. Todos confunden su yo en la gran personalidad al engrosar el caudal. Y es entonces más río y más vital. Que no sea como un desierto de arena que bebe nuestras linfas sin alterar su propia esterilidad.

¿Qué es lo práctico, lo real, lo evidente en la religión?

¿Produce santos, genera mártires, crea iluminados?

Lucha sin pasión y sin sacrificios.

De pantuflas y bajo el palio...

¿Tiene algo que ver con la aridez de la época la frescura y la abundancia de agua de la fuente?

Y a la religión, que es fuente espiritual, puede afectarla la aridez que se menciona?

Se dicen las épocas, abuelito, pero somos nosotros. Está en nuestra mano hacer variar la época.

¿Hoy es acaso digno de Jesús o de Francisco, el de Asís, el mundo?

¿Podrían ellos venir otra vez?

¿Podrán nacer en la tierra hermanos suyos?

¿Los ricos no los arrojarán de sí, como el mercader, padre del Poverello?

¿Los templos no les cerrarán las puertas?

Esas puertas que no se abren para los hambrientos y los miserables!

—Pero qué dices, muchacho, reaccionaba el abuelo, al cual no dejaba de impresionar el fuego y el ansia de desentrañar su pensamiento, que el nieto demostraba.

—...Tú te confundes, te oscureces, te creas sofismas... Y me pareces mucho más poeta que creyente. Eso es malo.

—Abuelito, las religiones son la sed de poesía y de misterio de los seres humanos.

—A mí me está pareciendo que tú intentas hacer una religión a tu talante. Eso es un pecado de orgullo, de duda y de soberbia.

Luego agregaba con un poco de la tristeza de su incompreensión:

—Es indudable que algo ha cambiado. Yo no sé lo que es. Los antiguos éramos más cabales, más simples, más crédulos. Es verdad que tú eres el único creyente de tus hermanos, pero... no sé, parece que te entretuvieras en leer entre líneas en todos los libros... No dudes y ora, ora con fe.

Y el adolescente, exaltado, como con un súbito temor de perder aquella sola y excepcional tabla de salvación, promete:

—Lo haré, abuelito.

* * *

—¡Qué excelente chico!, se queda repitiendo el señor Gijón... Pero esas lecturas, esas lecturas!

Y le dan vueltas en el magín ciertos proyectos de

ley que convenía comunicarle al doctor Peña Villa, el diputado del partido católico... En Colombia?, sí, le parecía que era por allá, existía un contralor oficial sobre los libros que entraban a la República.

—¡Sabía ley! Como si no fueran los libros tan o más peligrosos que ciertos inmigrantes indeseables. Estos se identifican, se ponen en la cárcel, hasta se pueden deportar, como lo hacen en la Argentina, pero el papel impreso, con su propaganda misteriosa, oculta y continua! Se podría hacer algo... Valdría la pena...

—Pero con esta Cámara de impíos y de jacobinos y lo peor que por conveniencia!, que ya sabemos quienes son... Bueno, —continuaba—, pero analizando, uno se queja de satisfecho; las cosas marchan bastante bien. Ya sabemos que el liberalismo es más un barniz que una convicción arraigada. Rasque usted un poco y se encuentra con el furibundo come frailes casándose por la Iglesia, bautizando a sus hijos, saliendo de padrino en las ceremonias religiosas... Pero este chiquillo, no sé, me inquieta... Es tan absoluto, tan radical, tan impulsivo!

Y comentaba con su esposa:

—¿No se ve en esta criatura la mano de Dios? De un padre como el suyo, con un hermano como el Eliseo ese, salir un chico tan formalito, tan ordenadito, con tan buenas ideas!

* * *

Las lecturas, las temidas lecturas, habían de producir sus frutos nefastos.

No le salió un día el curioso averiguar preguntándole:

—Dime, qué opinas del diablo?

—¡Del diablo!, se sorprendió, se maravilló: ¡Del diablo!

—Sí, del ángel rebelde, de la encarnación del espíritu del mal?

—Hombre, no lo he pensado...

Efectivamente era así. Mire si a uno se le va a ocurrir semejante averiguación. De la divinidad se tiene una idea indefinida, inmensa: de una luz, de una potencia, de una sabiduría! Lo otro, esa confusa historia del ángel que quiso saberlo todo, que se rebeló, se deja ahí, como un trasto al que no se hace referencia y que los mayores han dicho que estaba en la bohardilla...

—¿Era aquello como para preocuparse?

¿Qué iba a saber él?

¡Qué demanda más infantil!

Se lo iba a decir, bromeando, que aquello era como preguntar por el cuco, cuando descubrió los ojos del curioso que lo espiaban inquisidores:

—¿Existe?

—¿Existir?... Es natural que tiene que existir... Pero no te parece que habría que desentenderse de esas sutilezas?... A mí no sé qué me da hablar de esto... Me huele a sacrilegio...

—Son cuestiones íntimas, abuelito...

—¡Íntimas!

—Propias, mías... No supongas que yo tengo la ingenuidad de pretender verlo... Ni que crea que

tiene la cola peluda y el famoso olor a azufre o a misto, como dice el gaucho del Fausto...

Y de estas frases, pronunciadas con marcada intención burlona, cae, sin transición, en un arrebatado desesperado:

—¡Es que hay cosas que yo no me puedo explicar!

—Y no te las expliques; no será preciso, soluciona de la manera más positiva el anciano.

—Lo es. Lo grave es que lo es. ¿De dónde me salen los malos pensamientos?... ¿Cómo descubro lo que ignoro, lo feo, lo indigno, lo inconfesable?

—¿Pero, cómo?

—Sí, abuelito. Como aparece una nube sucia en el cielo claro para mancharlo, se me ocurren cosas vergonzosas que no tienen relación con la limpia preparación de mi espíritu. Las quiero espantar, echar, olvidar, y ahí se quedan, vivas y lozanas, cual si mi sangre fuese su alimento natural... Aquello que parece debía nacer del cieno y del veneno, surge en mi alma!... Y luego sueño, sueño pesadillas angustiosas, escenas desagradables, horrores! ¡Innobles, innumerables visiones!, termina desesperado el chico, llevándose las manos a la cara en un gesto de asco.

—Confíesate... Aleja esas ideas... Yo no sé, hijo mío...

Y el pobre hombre viejo, por primera vez no estaba en acusaciones, porque sabía que el atormentado era bueno, sincero, noble, y allí estaba como doblado y oprimido por aquello más fuerte que él, por el verdadero demonio interior que quizá royera otrora la entraña del padre pecador.

Se cortaba, no concebía una solución, una escapatória de aquella sombra en la cual se debatía el inocente.

—¡El diablo! Tú sabes, abuelito, que se ha escrito y se escribe copiosamente sobre él; que un ilustre novelista francés, Bernanos, lo utiliza en sus obras y con ellas ha ganado fama y hasta el premio Goncourt.

—¿Goncourt?, me suena ese nombre, me trae recuerdos. Tu hermano Eliseo tiene alguna obra de ése. Y Bernanos, es un católico!

—Esa es su posición en su obra...

—¿Y escribe novelas con el diablo?

—Lo hace su héroe, misterioso, inasible, pero presente como una segunda naturaleza, que uno siente en sí y, aunque lo quiere fervorosamente, no puede librarse de ella.

—No deben ser muy edificantes... Y tú?, y tú para qué las lees?, recrimina, lamentable, el anciano.

* * *

¡El diablo!

Había que recurrir a ese fantástico engendro para explicarse las torturas, las luchas interiores, el revolverse de los instintos aherrojados y desconocidos.

A veces estaba triste, decaído, con un dolor opaco, sordo, que lo debilitaba como a una hembra.

Se acordaba de su madre muerta.

Se aislaba; le entraban deseos de llorar.

Pensaba que no había podido desechar determinadas ideas que lo horrorizaban:

Imaginaba un accidente en el cual morían su padre y Raúl; se le ocurría que Eliseo, luego de realizar un sangriento atentado, volvía a su casa a suicidarse y él, que sabía dónde guardaba el revólver, no se lo escondía, no impedía que el hermano se hiciese saltar el cerebro...

Sucedíanse los cuadros en su mente y aunque hacía violentos esfuerzos para dominarse, constataba una satisfacción y un júbilo por lo que estaba sucediendo.

O ya veía premiados sus esfuerzos, su devoción, su conducta purísima y lo llevaban a las más altas dignidades eclesiásticas o lo santificaban en vida.

¿Envidia? ¿Orgullo? ¿Concupiscencia?

Una ambición ilimitada lo impulsaba a despreciar a todos.

Otras veces se violentaba para poder llorar, encontrándose seco y árido, como vacío; o tenía necesidad de buscar compañía porque su soledad se poblaba de las visiones de oscuros deseos, de ansias vengativas, que tomaban trágicos contornos de realidad.

Su hermanita, que entraba de la calle tarareando alguna fácil música en boga —costumbre pésima, según el escandalizado abuelo— arrojaba los libros por cualquier lado y venía a acompañarlo.

—Siempre tan solo, tan triste, querido. Qué impresión me haces! Tú malogras tus años. ¿Por qué no sales a pasear?, a divertirme...

Lo acariciaba.

Le daba un beso.

La mano de ella en su cuello lo escalofriaba; el be-

so era una ígnea punta de fuego que le iba al cerebro a voltear en torbellino loco, un remolino de ansias oscuras, de urgencias febriles.

Alma era tan cariñosa, tan tierna!

Tenía algo de maternal con su hermanito sufriente.

Una tarde, como lo hacía habitualmente con su padre, se le sentó sobre las rodillas.

Jacinto, sorprendido, se dejó ganar por aquel encantado femenino que lo envolvía; experimentó un dulce mareo, una sensación de arrobó.

Parecióle que debía retribuir el gesto afectivo.

La estrechó entre sus brazos.

La besó, emocionado.

Y, sin poder dominarse, rompió a llorar.

Luego, cual si pegara un salto desde un supuesto círculo de fuego que lo envolvía y lo estrechaba, la arrojó de sí con violencia, gritando como un poseído:

—¡Andate! ¡Andate! ¡Andate! ¡Estoy maldito!
¡Estoy maldito! ¡Es mi hermana!...

Y entonces sí, se puso a llorar con grandes sollozos que lo sacudían de pies a cabeza, mientras se daba golpes en el pecho y en el cráneo y se rasguñaba a manotazos la cara.

La chica escapó, llamando, espantada.

Acudieron los que había en la casa.

Él se debatía en el lecho, cual si se defendiera de un enemigo poderoso.

Lo sujetaron.

Mandaron por el médico.

El padre, los abuelos, averiguaban temerosos:

—¿Es de importancia, doctor?

—Absolutamente. Nervios... Sin perjuicio que lo examinemos más detalladamente en otra oportunidad, que ahora está muy excitado... Luego inquirió:

—¿Algún disgusto? ¿Sufrió alguna impresión fuerte?

—No. Que sepamos.

—¿Tiene novia?

—No creemos...

—A pesar de su reserva, algo hay... El mocito es un poco exaltado, muy sensible, algo mórbido. Esta es una edad crítica... Me inclino a creer que hay un poco de histerismo. Debe descansar, no estudiar, no leer, pero hacer vida al aire libre, si es posible en los alrededores de la ciudad.

—No leer, —repetía don Mariano, triunfante—, no leer!, cuando yo digo!, y miraba al galeno como a un pozo de ciencia.

JACINTITO, con Alma y Eliseo, frecuentaban la Universidad.

Raúl, el pintor, ya había desertado los estudios.

Era éste un muchacho fino, delgado y alto, con mucho de la madre. Un tanto delicado de salud, lo curvaba la excesiva altura y le acentuaba la esbeltez de la silueta la preferencia de usar ropas negras, que lo volvían más pálido.

A pesar de ser muy moderno, gastaba el rubio cabello ondeado en bucles que le aparecían bajo el sombrero de anchas alas.

Era un refinado sensual del color, un goloso de la forma, un enamorado de la línea, una especie de "gourmet" del colorido y de la plástica.

El mundo visivo era para él la música, el equilibrio, la armonía. Así eran canto y danza la geometría impecable de los volúmenes y la profundidad de las tonalidades.

Como eso que se afirma de Cézanne, que veía hasta a los seres vivos como a una naturaleza muerta, para él todo era pintura.

Embarcado en las tendencias modernas y creando teorías paradójales y audaces, ya había conseguido

discutieran apasionadamente un retrato suyo curiosísimo.

Él había inventado los planos espirituales, no solamente los ópticos y de perspectiva, y llenaba sus telas de las visiones múltiples que sugería el motivo central del cuadro, las sugerencias del ambiente y los sueños de los personajes o de las cosas.

Hablaba del clima o del atmosferismo como los teósofos de los planos astrales.

De pronto sostenía que el artista ve una cosa o dos o diez, pero no ve todas en determinado momento psicológico y así estas cosas sentidas, iluminadas, relevadas, son las preponderantes en la realización artística.

Mezclaba unos principios con otros que parecían contradictorios y le resultaban motivos bizarros, caprichosos, desconcertantes. Así aquel "Sarandí", realísimo, poblado de mujeres desnudas; "Ojo de mujer", simbólico, niebla de oro y azul, con lirios, orangutanes y pompas de jabón.

Alguien afirmó que aquello era humorístico o que todo se reducía y moría en extravagancias y jergolíficas o se concretaba a limitadísimos problemas de técnica.

Raúl, que era bromista y jaranero, en veces se burlaba de todo, se prestaba a imitar con su cara mobilísima, a los políticos y personajes conocidos, parodiaba sus gestos y sus discursos o ya obcecado, fanático, defendía sus ideas con una pasión y una fogosidad arrolladora, hasta llegar a la agresión y la impertinencia.

Era una naturaleza rica, exuberante y pródiga.

Daba mucho más que lo que aparentaba su físico débil.

La labor lo consumía, lo extenuaba.

Trabajaba exaltado, febricitante, inquieto, dinámico, yendo, viniendo.

En cualquiera de sus actividades mentales o espirituales se le podía comparar con la lámpara que va a consumir intensivamente todo su aceite, con un juguete precioso, cargado de cuerda, que no se va a detener hasta que la cinta de acero ceda su último milímetro.

XV

MORANO, luego de pasar excesivo tiempo estudiando sitios y visitando casas, de pronto, en el sesgo intempestivo con que actualmente adoptaba sus decisiones, resolvió adquirir una propiedad e instalarse en ella de inmediato.

En lo de los suegros, pese a la intransigencia de don Mariano, renacía la tranquilidad y hubieran terminado por continuar viviendo muy bien como hasta hacía poco, pero el huésped comprendió la imprescindible necesidad de estar separado y por su cuenta, para proporcionar a los suyos la indispensable libertad.

Cuando las señoras le observaron:

—¡Pero parece mentira que terminen por dejarnos!, pretextó:

—He hecho una verdadera pichincha.

—¡Pero irte!. . . El negocio lo podías realizar lo mismo.

—Había que resolverse un día. . . Los muchachos son unos hombrecitos. Alma una señorita. Tienen que vivir su vida. Luego deseo evitar algún otro disgusto al abuelo.

—Él está muy cambiado.

—Dado su carácter, no puede prescindir de estar ejerciendo siempre una tutela que terminaría por resultarme molesta.

—Quizá tengas razón, pero no es por ello menos dolorosa la separación.

—Estaremos a un paso.

—Por los quintos infiernos!, como define Gijón —con mucho acierto— a esos parajes.

* * *

Una docena de obreros: albañiles, carpinteros, electricistas, adaptaban el edificio a las necesidades y exigencias del nuevo propietario.

Construían un garage, completaban las estancias para los muchachos, levantaban el amplio y luminoso taller del pintor.

Se instalaron, mal que mal, cuando aún los trabajadores no habían terminado sus tareas.

El artista “pidió la bolada” para decorar la residencia, de acuerdo con los gustos de los futuros habitantes.

La coqueta habitación de Alma con su salida independiente, las celdas de Jacintito y Eliseo, su dormitorio en comunicación con el “atelier”.

El agitador estaba en su elemento codeándose con los obreros, que por poco lo saludaban con el mote de ciudadano o compañero.

Raúl se divertía preparando sus cartones y dibujando en cien poses a los hombres de labor.

Jacintito continuaba reconcentrado en sus análisis y cavilaciones.

Alma escapaba a estudiar en los domicilios de sus compañeras, pretextando que la incomodaba el ruido del propio, así como el desorden y la revolución en que lo tenían envuelto.

* * *

Cuando, habiendo terminado la obra, se retiraron los obreros, Morano resolvió inaugurar su propiedad con una fiesta de familia y fué, en persona, a invitar a los suegros y su cuñada.

Los hijos propusieron ampliar la reunión con amigas y amigos, pero el padre los hizo desistir, prometiéndoles otra fiesta para ellos.

El señor Gijón no aceptó sin refunfuñar con los suyos, los cuales, por suerte, por esta vez, no debieron argumentar mucho para convencerlo de que era inteligente conquistar a los nietos con su transigencia, para continuar sembrando la buena semilla.

Alma y Jacinto vinieron temprano a buscarlos en el auto, pues los dominios de su padre se alzaban a unas cuadras del tranvía, en el Bulevar Artigas, en las inmediaciones de Punta Carreta.

En la luminosa y tibia mañana de primo otoño, las cosas parecían más limpias y más lindas, frescos los arriates enjardinados de la ancha vía de tránsito, claras las acacias, más azules los eucaliptos de la Plaza de Deportes del Parque Rodó, como aclaradas las construcciones modernas, los chalets, con techos de teja o de metal de alegres tonalidades.

El auto entró hasta el jardín español, adornado de azulejos, con su fuente cristalina y el abigarramiento de sus malvones y sus rosales floridos.

Allí los esperaban Morano y sus otros hijos.

Estuvieron sentados un rato en el pórtico de entrada, luego recorrieron el edificio.

Cumplían el ritual de enseñar y ofrecer la casa.

Con doña Jovita y Carmen, bromeaban Alma y Raúl; en el grupo inmediato atendían al suegro y abuelo, su yerno y sus dos hijos mayores. Jacintito por el apego proverbial que le tenía y Eliseo obedeciendo a las razonables recomendaciones de su padre.

La niña hacía de cicerone, burlándose donosamente hasta de sí misma.

—¿Qué me dicen de mi bulín?... Lila, verde mar y carmín, —extravagancias del decorador—, con su pequeña concesión al romanticismo en el saloncito, donde me desmayaré en los brazos de mis adoradores.

—¡Chiquilina, no seas loca!, la reprendía la abuela sin poder disimular la risa.

—El salón me sienta que es una cosa bárbara! Los muebles son dibujados por él y son voluptuosos como un gato.

—Que te van a sentir tu abuelo y tu padre!

Ya estaban frente a la biblioteca:

—Los trabajos forzados... cuando se trata de estudiar... Los verdaderos paraísos artificiales cuando nos encerramos con las novelas pintonas.

—¿Pintonas?

—Sí, que todavía no han madurado... *verdes*.

—Estás descosida, Almita!, fingía escandalizada Carmen.

La habitación del artista le subió de tono el comentario:

—La "chambre de Monsieur de Phocas"... Aquí vamos a hacer un agujerito en la pared para "vichar" las nereidas, las ninfas y las Evas con sus Adanes, que el mago va a convocar para sus bacanales... artísticas.

—Pero, Alma, tú estás desconocida! ¿De dónde sacas esos disparates?, la reprendió, ya seria, doña Jovita.

—Bueno, abuelita, no te agijonices, y te prometo que no pasaré de las teorías y seré una santita, como estos dos señores cuyas habitaciones nos falta conocer.

Franqueaban nuevas puertas:

—La cueva del apóstol rojo, del furibundo subversivo don Eliseo Morano y Gijón!!! ¿Se animan a entrar? ¿No tienen miedo a las bombas?

...
—La celda del santo blanco... o celeste... Su Jesús, su agua bendita, su...

—Basta! Cállate!

No pudo continuar su ridiculización porque el abuelo entraba en el retiro beato del nieto predilecto.

...
Desde el pequeño jardín, contemplaron a través de las palmeras, los cipreses, los espinillos y los ceibos nuevos, la perspectiva inmensa del cielo y el mar, azules, cuya serenidad alteraba el incansable vuelo parabólico de las chirriantes gaviotas de un blanco impecable. Por la cinta violeta oscuro de la Rambla

Wilson rodaban fugaces automóviles que espejeaban el sol en el charol de su pintura y en el níquel de sus paramentos.

Más allá del exuberante bosque de árboles exóticos del Campo de Golf, ondulaba la sábana de un verde fresco y cuidado de su cancha, donde habían de andar disimulando su aburrimiento, jugando al

“gallo ciego, ¿qué se te ha perdido?”...

unos fantoches vestidos de cazadora, pantalón por la rodilla, blanco casco colonial y un aire britanizante, —hasta en el humo de la pipa—, y que, preparando el resistente garrote, adornado de una espátula de acero, amenazaban a una inocente bolita blanca uno de sus clásicos golpes descomunales, que a veces lastiman el vacío, y mantienen a nuestros tenaces héroes horas y horas en la aménísima maniobra...

Ya casi al norte aparecían los extremos de la arboleda del Parque, las torrecillas del Hotel y el amazotado caserío de la ciudad, dibujo geométrico—gris, ocre y rosa— entre el cual la caparazón de las claraboyas ardían al sol, con el resplandor frío de los espejos.

Don Mariano, que no hallaba nada ni bien ni mal, interrogó a su yerno:

—¿Y a qué este capricho de venirme tan lejos?

—Hay medios de comunicación tan rápidos... El tranvía 35 está a un par de cientos de metros, hay autobuses cada veinte minutos y los chicos disponen del auto... Ahora, así, no existen distancias.

—Igual se pierde el tiempo.

—Además he querido huir a la ciudad, a su rumor, a su inquietud... Buscar tranquilidad para los muchachos y para mí. Tratar de que nos encontremos, en mayor contacto, y cada uno a sí mismo.

Qué deseos tuvo el oyente de volverlo a la realidad:

—Siempre teorías!

Y no cejó en su convicción de que el paraje era trasmano y lejanísimo, pues cuando era muchacho rara vez se aventuraban por tales abruptos andurriales y eso que su familia veraneaba en las viejas quintas de lo que es ahora Constituyente y Bulevar España.

* * *

El almuerzo fué discretamente alegre.

Fuera de la reconcentración permanente de Jacintito, no faltó uno que no riera de las salidas de Alma que, en opinión de los mayores, era una verdadera “hurguete”.

—O hurguillo o jurguillo, rectificó el anciano, que afirmó: me parece que era algo así como lo decían en mis tiempos.

A los postres, el abuelo brindó:

—Por la felicidad de todos, por la de la patria y porque, especialmente los jóvenes, que tienen la vida por delante, se inspiren en los sanos y tradicionales principios y sean hombres dignos de sí mismos y de la sociedad!

Complementando sus palabras, realizadas de un tono solemne, muy de acuerdo con el temperamento

y la modalidad formulista y apegada a cuanto trascendiese a norma o reglamento, el viejo señor pidió la bendición divina sobre el nuevo hogar e hizo emocionar a la compañía recordando que ya una sombra santa, la de la esposa y madre, la de Laura, protegía, sin duda alguna, la familia que ella creó.

Luego de la sentimental evocación ya no hubo buen humor; los muchachos no se atrevían a aventurar bromas que pudiesen parecer de mal gusto; el anfiteatro había restado mustio y como anonadado.

Es que no se necesitaba sino un mínimo resquicio para que surgiesen de su alma sus angustias y sus combates íntimos, envolviéndolo en su doloroso cavilar.

La conversación decaía y derivaba a temas inocuos e incoloros.

Morano, como avergonzado, sin ponerse de pie, de la manera más familiar y llana, agradeció al suegro sus votos y declaró:

—Yo he querido reunir a todos mis seres amados en esta simple comida, que es el bautismo de nuestra casa, y desearía fuese el de nuestra vida, de la vida nueva que vamos a comenzar. Con la presencia de los abuelos he querido ungir de respeto y autoridad la ceremonia en la cual debemos prometernos una derecha de acción, un propósito de continuo bien y un anhelo de verdad, de amor y de justicia.

Sería ridículo que yo compusiera una pieza oratoria, pero es necesario que, en la rueda hogareña, hable a los que debo consecuencia y exijo cariño: a mis hijos.

Y les digo que seré para ellos lo que les falta, el padre, el hermano, el amigo y espero encontrar en ellos los compañeros y los hijos.

El pobre hombre no terminó sus frases sin sentirse ahogado por los sollozos, preñando de significación sus humildes y emocionadas palabras.

Los muchachos, conmovidos, sintieron los ojos llenos de lágrimas.

Don Mariano aprobó:

—Muy bien...

...Cediendo demasiado, desde que la falta de elocuencia y quizá de retórica, no terminaban de satisfacerlo.

Las señoras, avivado el dolor latente por la pérdida de la hija y la hermana, respectivamente, se habían levantado de la mesa, llorando, acompañadas de la niña.

* * *

Había mucho de revelación sincera del estado en que se encontraban las relaciones de padres e hijos en las alusiones reticentes de Morano.

Éste, por una cortedad de genitor inexpiente, que comprende sus deberes y obligaciones quizá demasiado tarde, y por una extraña sensación psicológica que experimentaba al enfrentar cualquiera de las actitudes o posiciones espirituales de los muchachos, se había reducido a rozar el problema, a tocarlo epidérmicamente y volverlo ese propósito platónico de armonía, amistad y fraternización, desde cuyo andamiaje de bonitas palabras jugaba a construir sin herramientas ni materiales.

Proyectaba:

—Bueno, mañana hablo a Eliseo... Le diré a Raúl... Le indicaré a...

Conversaba con los referidos, pero de los estudios, de la actualidad, de temas banales...

Volvió a leer los para él viejos volúmenes con que se deleitaban o exaltaban sus vástagos.

Kropotkine y Réclus, Zola, Luisa Michel... Los Evangelios, Pascal, León Bloy... La "Vita di Benvenuto Cellini", Rabelais, Pedro el aretino... Aquella "señorita de Maupin", que tanto lo turbara y atormentara en su adolescencia...

No había una de aquellas obras que no despertasen en su mundo interior ecos y recuerdos.

¿Sería necesario leerlo todo —esto en el sentido de un amplio eclecticismo— para amasar definitivamente la personalidad?

Habría, como deseaba el filósofo, que no ignorar nada de lo humano?

Pero no era solamente el alimento, era la asimilación, la depuración.

¿Debía llegarse a la selección de laboratorio de una serie de lecturas y estudios que nos rindiesen éste o aquel tipo de hombre?

Este heterogéneo afluirle de pensamientos y de ideas le complicaban más la solución de sus problemas.

Se aplicaba a reconstruirse interiormente.

¿Y cómo identificaba sus fallas para luego discriminar las ajenas?

De sus mariposeos por libros y revistas, le llegaban reminiscencias:

"En dónde estará el camino que lleva a la ciudad santa?"...

... Llegábale el clamor desesperado de la pequeña voz de un hombre vencido.

Quizá como él.

¿Cuándo se abriría entre la negrura de su noche la simbólica y legendaria estrella de los Reyes Magos?

¡Poder llevar un poco de armonía a su caos!

Él aún necesitaba enseñanzas y se veía en la disyuntiva de negarse o de ser mentor.

MAGNIFICOS y bellos,

cabalgando sobre los desmelenados jinetes de sus instintos, los cuatro muchachos devoraban su juventud en un torbellino impetuoso!

Él no hallaba el conjuro mágico que los detuviera.

Los veía cruzar, alejarse indiferentes.

Erguirse desafiantes, temerarios, heroicos.

Diana cazadora, amazona intrépida, Alma.

Los varones soberbios, juveniles, huyendo con el botín preciado, como en el rapto de las Sabinas de Juan de Bologna.

¡Erraban!

¡Pecaban!

Y él, con los resortes de la voluntad rotos, los brazos laxos, apretados los labios en una amargura de impotencia, sentía martillarle los oídos el reto de la parábola de la mujer adúltera:

“El que se encuentre mondo de pecado que arroje la primera piedra!”

* * *

El buen humor y el temperamento bromista de Alma, verdadera “piel de Judas”, en opinión de su

abuelo, debía provocar un suceso que la envolviera como una tromba de fuego y la arrastrara hacia experiencias que terminaron con su frágil y curioso candor.

Conversando con su hermano el pintor, mientras contemplaban reproducciones de famosos cuadros, admirando composiciones y desnudos, le declaró:

—Me gustaría ser tu modelo.

—Hay que elegir tipos especiales.

Picada en su susceptible amor propio femenino, replicó provocante:

—¿Qué te crees? ¡Soy bella!

—No seas tonta.

—Y me agradaría ser admirada desnuda!... Qué curioso comprobar el placer con que los hombres me mirarían en una exposición; gozar con la envidia de las mujeres! ¡Qué sensación, a una que le da tanta vergüenza pensar en esas cosas, y verse mirada y admirada desnuda!

—¡Notable! Como si estuviese haciéndote propaganda para colocarte!

—Y si me cambiaras la cara?

—Es que no te haré. ¿Estás loca?

—Pero, ¿por qué?

—Porque no está bien; eres mi hermana. Modelos no me van a faltar.

—¡No te van a faltar! No es eso lo que digo. ¿Y si yo me presto?

—No, no; no me vengas con esas ocurrencias.

La chica tuvo un “gazmoño” en la punta de la lengua, pero pensando en los arrebatos impulsivos y

en el contraste del rechazo horrorizado de la curiosa escena de Jacinito, tuvo como una revelación: la de que era algo más que una chiquilla, que había dejado de ser esa individualidad híbrida ante la cual las señoras hacen misterios bajando la voz, hablando con ciertas reticencias y eufemismos, que revelan que la niña, dejando de serlo, aún no ha alcanzado la suspirada categoría de señorita.

Ahora sí, era una mujer.

¡Una mujer!

Se volvía peligrosa o motivaba precauciones.

Como poseedora de una arma terrible, la feminidad; dueña de sus secretos y de sus terribles sortilegios, desafió al artista:

—Te voy a traer a una compañera, a ver si mantienes los remilgos.

Desde que la casa estuvo en orden, la chica recibía amigas con las cuales estudiaba y quienes quedaban a almorzar y, muy en tren de libertad, a veces telefoneaban a sus domicilios anunciando que pasarían allí la noche.

Alma se preocupó de cumplir la promesa hecha a su hermano.

Una mañana que Raúl madrugó para irse al centro en busca de colores, pues pensaba iniciar su proyectado cuadro "La ninfa entre los rascacielos", ella convenció a Asunción Ulloa a prestarse a hacerle una jugarreta al artista.

Había que aligerarse en exceso de ropa y la joven no accedió de muy buen grado, pero la directora de

escena, con un ahinco y una elocuencia convincente, que se dijera le iba a rendir un deleite sin límites, logró que su amiga encarnara el papel.

La comedia se reduciría a una parodia de sesión pictórica.

Es verdad que Raúl había flirteado con Asunción, lo que avergozaba a ésta por la actual manera de presentársele, pero al fin no iba a exhibir más epidermis, como puntualizaba Alma:

—Que la que lucimos todos los años en las playas, a vista y paciencia, —especialmente paciencia—, de centenares de curiosos y desconocidos...

Era un argumento.

Y Asunción Ulloa, magnífica en su blanca y rosa desnudez de Minerva, tocada con el toisón de sus cabellos de oro, se echó sobre unos suntuosos tapices en un claro rincón del estudio.

¡Cómo se iba a reír después!

Almita se iba a esconder tras unas cortinas para vigilar el efecto y la sorpresa de su hermano, pero a último momento, —ella misma se extrañaba del fenómeno—, la acometió un temblor, un miedo pánico, un ansia de que ellos se quedaran solos... Tan es así que inventó un pretexto para poder escapar, con la promesa del socorrido:

—Vengo en seguidita...

La otra no tuvo tiempo de pedirle:

—No me dejes sola!...

Luego, hubo de hacer un gran esfuerzo de dominio de sus nervios y su presencia de ánimo: llegaba Raúl.

Los acontecimientos no se desarrollaron como ellas lo esperaban.

El pintor, cual si estuviese enterado del asunto, sin saludarla siquiera, instaló su caballete, dispuso la tela y comenzó a pintar, directamente, con su brío habitual, con su fogosa pasión de inspirado.

La modelo, cuando pudo superar su inquietud, pensó:

—¡Qué papelón! Yo que creía impresionarlo tanto! Y él, cómo si yo fuese un maniquí!

Él pintaba, pintaba.

Más que su pudor, su vanidad que no fué halagada por la lisonja, la impulsó a cubrirse.

El protestó:

—¡Quieta!

La ninfa desobedeció como una niña mimosa:

—¡No quiero!

—Por favor! Necesito unos minutos el busto, los muslos!

—Le voy a mandar unos de madera! Parece que yo también soy una cosa! No he merecido una palabra, ni siquiera un saludo!

—Pero si era la única forma en la cual se podía conservar el encantamiento. Mientras yo fuese el pintor. Tú quieres, coqueta, que sea el hombre, que sea el adorador? Oh, entonces no respondo de mí! Plásticamente soy sólo admiración... Y arrojando la paleta y los pinceles, avanzó hacia ella que intentaba cubrirse y huir...

—Humanamente, te amo!

La ninfa, incorporándose, ponía en evidencia demasiados encantos.

—¿Para qué me habré metido en esto?

Él corrió las cortinas, cerró la puerta con llave y la persiguió, mofándose:

—La diosa y el sátiro...

—Raúl, no quiero juguetes!, se defendía ella. Te exijo seriedad! Mira que gritaré!

El artista, rendido, la elogiaba:

—Eres maravillosa! Qué bella y qué fina! Me tienes conquistado!

—No te acerques! ¡Retírate! ¡Grito!

—Tengo que rehabilitarme. Verás si sé apreciarte.

—¡Alma!

El segundo reclamo a su amiga se le ahogó en los labios, apretados por los glotonos labios del perseguidor.

.....

Alma llamaba desde fuera.

—¡Abran! ¡Abran! ¡Bandidos! ¿Por qué no abren? Se hacen los sordos. Quieren burlarse de mí. Estúpidos! Zonzos!, yo no me chupo el dedo, y amenazó, golpeando:

—Si no me abren rompo un vidrio del ventanal.

Pero volvió a tener miedo de hacerlo.

Tampoco había por qué hacerlo; la puerta se abrió.

Ella quiso descubrir en Asunción un rubor de pecado.

Primero temió que su cómplice, indignada, le revelase algún brutal atropello por parte de su hermano. Había sentido distintamente su llamado angustioso. Pero viendo que aquélla sonreía con equívoca picardía, la interrogó:

—Qué te hizo? ¿Qué ojos puso? Cuéntame.

—Nada, boba.

—¿Te besó?

—¡Besarme! No se lo permití, y reía.

—Pero lo intentó? ¿Te pidió un beso? ¿O te ofendió?

—No, chiquilina! Si somos amigos, tan buenos amigos.

—Ah, ya comprendo. Ustedes se han reído de mí. ¿Eran novios?

—No, pero, sabes... Bueno, a qué preguntas estas cosas; pergenio de curiosa que todo lo quiere saber.

—¡Cuéntame! ¿Tú gritaste? ¿Tú le huíste, corriste?

—¿Te parece?... ¡Qué imaginación!...

Y la ninfa, que se acomodaba los revueltos cabellos, la abrazó y besó:

—Raúl es un canallita y una ricura.

—Y yo que no te entiendo!

—Es que eres una bobita...

* * *

Pronto, con las deducciones imaginativas de esa conversación, con insinuaciones y enseñanzas de las amigas, completadas con lo que se dejaba de decir en las novelas y lo que intuía, progresó extraordinariamente la "bobita".

El Parque de los Aliados, entre cuyas esbeltas pal-

meras iban a gozar los claros de luna primaverales, en compañía de condiscípulas que llevaban su pareja; la soledad idílica del Prado; la penumbra de los cielos, la fueron instruyendo.

Y como era inteligente y demostraba grandes disposiciones para aprender, alcanzó y dió raya y luz a Asunción.

Habiendo conseguido libreta de chofer, empezó a guiar conduciendo a su padre y alguna compañera y terminó por familiarizarse con las extensas excursiones en caravanas con otros autos de amigos.

Los domingos almorzaban en la Barra de Santa Lucía, en el Parque de Pando, en el Prado de Canelones y pronto alargaron el paseo hasta Atlántida, Piriápolis y los bellos cerros de Minas.

Una noche, por una "panne" o porque se perdieron en la oscuridad, debieron pernoctar fuera de su casa, con el consiguiente sobresalto de los suyos.

Los temores fueron infundados, dado que ella estaba excelentemente acompañada.

Telegrafió, pero no impidió esto una buena reprimenda del padre que le prohibió terminantemente que se volviese a repetir el caso.

Por otra parte, los estudios la absorbían, la alejaban a menudo de su domicilio o la obligaban a traerse compañías no siempre femeninas, pues se cansaba de éstas y descubría compañeros tan inteligentes y tan estudiosos que no los quería dejar escapar.

No revelaba con qué procedimiento la hacían asimilar más las materias, pero afirmaba a su padre que

su preparación ganaba el cien por cien con la influencia de los discípulos.

A veces le presentaba sus camaradas.

Y, tras cuatro precipitadas frases, se iban a su saloncito, a repetir, tumbados en sendos sofás, los áridos teoremas, las fórmulas químicas o las leyes de atracción universal.

Lo único llamativo y singular era su propensión y facilidad para variar de socios de estudio.

La niña, que perseguía el orden y la regularidad de una subvención mensual, que jamás le alcanzaba, no terminaba nunca de reclamarle dinero a papá.

—Ahora las estudiantes y las señoritas en general tenemos muchos gastos... Vamos al cine con las muchachas, a las confiterías de moda o a los cafés, porque ya superamos la edad del te con leche y sopitas y nos tomamos nuestros "copetines".

—Esa expresión, como la misma costumbre, me parecen tan burdas, tan poco femeninas, le interrumpía el padre.

—Bah, es gracioso: "copetines", y no es feo. Luego es lo que condice con las músicas en boga, con los fox-trot de las jazz o con los tangos de los bandoneones compadres.

No es por escandalizarte, pero si una no chupa sus copetines pasa por una pajuerana!

Parece que, en tren de burla, acentuaba su modernismo de pésimo gusto.

—Son los nuevos tiempos los que crean las nuevas cosas a las cuales hay que adaptarse. Antes sólo cuan-

do se iba a las tiendas se necesitaba dinero. Ahora es diverso; el auto nos exige tener plata en la cartera y así el aperitivo, etc.

Callaba lo de los cigarrillos, pese a que era casi seguro que el "viejo" sabía que ella fumaba.

Ya había tomado ese aire picaresco, despreocupado y "bon ton", ligeramente masculino, (salvo que exista cierto afeminamiento de los jóvenes "fifís" que nos haga incurrir en error), que le permitía saltar al bus o al tren, cruzar la pierna con una soltura elegante en la terraza de un hotel balneario o de un café o venir riendo, hablando aito por 18 de Julio, tomadas tres o cuatro camaradas del brazo, trotando, deslizándose como una tromba, hasta atravesar la Plaza Independencia, e ir a largarle una carcajada burlona a esos románticos trasnochados de la calle Sarandí, que se estrujan los sesos para destilar un piropo contemporáneo de Matusalén.

Tenía una gracia y una elegancia acentuada en sus "tailleurs" que la modelaban como una materia elástica y flexible; en sus "pull owers" extravagantes, de bizarros colores y diseños cubistas, que usaba para sus horas de sportiva, o en obediencia a la moda, desnudando unas tres cuartas partes de su cuerpo juvenil, los brazos, el cuello, la falda a la rodilla, cual si quisiera lucir el encanto perverso de las ligas de terciopelo negro, abrazadas a la media color carne, que modelaba el fuerte y bello muslo tentador.

Ya no les bastaba la propia y natural juventud y fresca.

Había que subrayarla con rimmel en los ojos, con

tinturas en los cabellos; había que exagerarla con el carmín escandaloso en los labios, pintados en forma de corazón, que les daban un delicioso encanto de *cocotte novel*.

Y aquel quitarse los monos chamberguitos de fieltro y agitar al aire la melenita de arrapiezo consentido!

Y aquel hablar alto, despreocupadamente, en público.

Y sus:

—Che, López, venís al “Doré” a ver “El pirata negro”?

—Che, Gurméndez, me trajiste “La garçonne”?

O el desparpajo con que transformaban la sala de conferencias de la Universidad, la exposición de pintura, el tranvía, la calle, en íntimo rincón de “*boudoir*”, abriendo la cartera y extrayendo polvos y coloretos, lápices y espejo, para hacerse unos decorativos toquécitos en boca, ojos y mejillas.

Menos mal que en la eterna coquetería de Eva, en el más o menos consciente anhelo de agradar al sexo contrario, resistía, como en un extremo baluarte, la encantadora feminidad.

Como muchas congéneres de su hora, bordeaba el filo de la guaranguería, volvíase un índice del momento.

* * *

Morano, más de una vez, intentó impedir la indetenible carrera que, al igual de muchas de sus amiguitas, y hacia un fin equívoco y peligroso, emprendía su hija.

—Almita, no me parece bien eso... A ustedes les sienta más el recato, la reserva; no se hagan notar...

—Ves visiones.

—Esa familiaridad con desconocidos.

—Papá!, ¡valiente! Son compañeros de la Facultad.

—Pero, andar con ellos; traerlos a casa.

—Ah, no sabes! Nunca se estudia mejor que acompañada. Y luego, si una fuese la primera. Lo hacen todas. Es más, nos disputamos los cracks.

—Pero una niña delicada.

—¡Niña! Pero si hasta esa palabra es desusada; del tiempo de Juan Manuel de Rosas. ¡Eres un exagerado! Vas a caer en los mismos extremos que tanto hemos criticado en el momificado don Mariano Gijón y Cifuentes.

No tiene intención de ofender o molestar a su papito y para suavizar asperezas se le aproxima, mimosa, a darle un beso.

—Discúlpame la franqueza: te vuelves viejo, querido.

—Puede ser, hija.

—Bueno, si lo reconoces, ya no es tanto... Pero lo que sucede es que ustedes no nos comprenden y tú no-me-com-pren-des.

—Quizá.

—Con el figurín por delante, me discutiste la falda corta; me hiciste un sermoncito por la melena y porque nos hacíamos el corte a lo Rodolfo Valentino, cosa que ya es privilegio de las “bellotas”... Yo no

sé si la moda posee una atracción y una sugestión que nos gana y convence o si es que, realmente, en este momento es linda, cómoda y práctica...

Después lo de los amigos, bah... Camaradería, confianza, "sans façon"; te garantizo que no tiene nada de malo; en ese sentido hemos progresado mucho; los jóvenes modernos estamos menos supeditados al sexo que en épocas pasadas...

—Esos temas escabrosos...

—Ves, esa es otra conquista; ahora se habla de eso como de un dolor de muelas... Continuó: tú no prestarás atención, pero mira, hasta los poetas, olvidándose de la mujer, lo que es una lástima para ellos, cantan temas abstractos y metafísicos.

Vamos hacia el tercer sexo, como afirma un novelista francés.

Las observaciones eran acertadas y sagaces, pero ella, felizmente, no obedecía en toda la línea a la evolución.

Era "muy antigua y muy moderna".

Se plegaba a las múltiples solicitudes.

Y cuando la frialdad o la indiferencia de los varones, más preocupados por un partido de foot-ball o la preminencia de un cuadrúpedo del Jockey Club o de un boxeador, se olvidaba de rendirle el homenaje de una galantería, ella, oportunísima, tomaba la iniciativa que obligaba a volver a su quicio y razón la bíblica fatiga encomendada a nuestros venerables predecesores don Adán y doña Eva.

* * *

Jacintito era quien vivía en una continua inquietud y en un inacabable tormento.

Desconforme, exigente, tenaz, como los maniáticos que se creen enfermos, él se analizaba, se escudriñaba, buscándose defectos y taras, que tan fácilmente descubriría también en los demás.

Lo que en su padre ere leve impresión, en él transformábase en dolor hondísimo.

Cuando Morano se conformaba con dar un consejo o se satisfacía con una explicación superficial o un arrepentimiento fugaz, él se erguía inflexible, se erizaba, áspero, con el arrebató condenatorio de un Gerolamo Savonarola.

Por una íntima y lógica necesidad de defenderse de la carcoma de sus propios instintos, —que no eran menos urgentes y prepotentes que en sus otros hermanos—, volvíase implacable.

A momentos, dominábale una sed de sacrificios.

Daba todo lo que poseía: dinero, ropas, hasta su comida y sus libros. Se quedaba sólo con su traje más viejo; se dejaba crecer la barba incipiente; ayunaba hasta quedar demacrado, amarillo, con los ojos hundidos.

Tenían que intervenir sus abuelos.

Don Mariano, enérgico; doña Jovita, toda bondad, de consuno luchaban para convencerlo, encarrilarlo y volverlo a la vida normal, que le repugnaba al

igual de la comida luego de los prolongados ayunos.

Continuaba con la obsesión de que lo poseía el espíritu del mal, pese a rechazar con horror tal idea, pues un amigo creyente, con el cual solían dilucidar y profundizar en los estudios de su predilección, lo informó que en una revista católica se afirmaba que tal forma de desconocimiento de la infalible superioridad y bondad divina significaba exponerse a la excomuniación, que ya había castigado a infinidad de fieles, y pendía como una amenaza sobre la revuelta cabeza del paradójal Giovanni Papini, por su último libro "Gog".



XVII

MORANO, apaciguado

en sus impulsos, a los cuales dominara con un contralor de cordura, vivía una existencia aparentemente calma.

Como esos animalitos de que habla el naturalista Fabre, que reciben de los grillos, ignorados y hábiles cirujanos, una punzada en los ganglios vitales, que los inmoviliza, nuestro atormentado héroe sufría el mismo fenómeno, habiéndose auto-adormecido en lo que no fuera su conciencia.

Su espíritu, que tanto tiempo permaneció cegado, dormido como una crisálida en el involucro de la materia, despertaba ansioso de recorrer apresurado las sendas lineales de la elevación. Le urgía una perentoria necesidad de desquitarse de las oscuras y torpes horas perdidas.

Los pensamientos, las ideas, las intuiciones, se le agolpaban atropellados en la mente y ante los ojos, ignorantes de la inédita luz, se abría la intrincada red de múltiples caminos.

Entonces reflexionaba y porque había vivido, pecado y sufrido, desarmaba aquella adustez de su suegro, hermana del fanatismo de Jacintito, y se in-

clinaba sobre las almas tumultuosas de sus hijos, curvado por una sedienta ansia de comprender.

Las famosas palabras de la comida, con la cual bautizaran la casa, no habían surtido efecto alguno.

Cada oyente las interpretó y las deformó a su manera.

Alma, apasionada, ardiente, y, —según ella—, moderna, se creaba una moral o dejaba a ésta de lado, como un trasto inservible.

Feminista a momentos, reivindicando los derechos de la mujer, liándose en controversias acaloradas con sus compañeras, pocas de las cuales abogaban por la cacareada "reina del hogar"... que ella definía:

—...Que no posee ideas y, en compensación, fabrica chiquilines; frega en la cocina para que el monadita del marido, consentido y prepotente, le tenga la consecuencia del estómago agradecido!

—Ya pasó la época de la égida masculina, en la cual, el sexo fuerte, para dorarnos la píldora, buscaba en la poética romántica la chorrera de consonantes que halagaría a la pobre diabla de cocinera-enfermera.

Alguien, y en serio, rebatía:

—Hija, es un comienzo de maternidad empezar a cuidar a su hombre.

—¡Maternidad! ¡Ciega e ignominiosa condena de la naturaleza! Habría que inventar incubadoras humanas! Porque tenemos que ser iguales, ¡iguales el hombre y la mujer!

Y criticaba las pacatas y mohosas costumbres colo-

niales, el hipócrita poner en la picota a una chica porque fuma en público, cena en un restaurant con un amigo, realiza con otro una excursioncita en auto o vuelve sola del teatro o acompañada, de un baile, a la hora que le acomoda.

Esas ridiculeces no se ven en Europa o en Norte América.

Yo voy a innovar.

Es una estupidez que la gente no conciba que yo le diga a un camarada: véngase a tomar el te conmigo, a mi casa, y que no se admita que dos seres de sexo contrario no puedan departir cordial y desinteresadamente.

—Sí, pero si son jóvenes... Si él dice algo así, intencionado... Si a uno le gusta un poco, es mejor evitar esa intimidad, por las consecuencias.

—No, no hija; cómo evitar! Hay que provocarla para habituarse, para no ser sólo la "femme", como dice el pituquito de di Paoli en sus crónicas. Al revés del proverbio, jugando con fuego es que una aprende a no quemarse. Y después, che, si a una le gusta, últimamente, ¡qué diablos!, una no es de amianto o de cemento armado.

Y te digo otra cosa, si tú no sabes lo que es una mirada intensa, que marea; una voz suplicante, dándote la ilusión de que tú eres el amo!, y una caricia, y un beso en la boca!, entonces no hables.

—¡Pero te contradices!

—No me contradigo... Soy la misma, tal vez desde diferentes puntos de vista... Son las ninfeas de Manet, con todas las luces.

En el radio de otros sentimientos, sólo se acordaba que era mujer, y sumisa, rendida, se volvía una caricia dulce o un canto esclavo y amoroso al hombre, al macho, al fuerte.

A ese ser débil en la súplica, limadas las garras y los colmillos y que, cuando conseguía lo anhelado, readquiría con otra personalidad altiva y hasta despreciativa, los atributos dominadores.

Y estaba en tren de catalogar una colección de amigos, como otros indizan insectos, sellos o antigüedades.

* * *

Raúl pintaba, goloso del color, de las formas, de la materia.

Más práctico que el Alberto de Theo Gautier, que no podía amar porque la Belleza, la perfección, la encontraba dispersa y le era imposible admirar unos ojos divinos junto a una nariz roma o un rostro de Afrodita sobre un busto de maritornes, él siempre descubría encantos a los cuales consagrar sus ritos, y seducciones capaces de volverlo rendido adorador.

Había abandonado sus extravagantes paradojas, como copas vacías de vino o amores carentes de misterios, y sostenía que él era un sensual porque ello respondía a exigencias del "nobil mestier".

Pintar era sentir, poseer, amar! Y que se atrevieran a sostenerle que no existía dilecto goce, voluptuosidad desmayada, una como dominadora y total posesión de la hembra en la Eva exuberante del Bu-

narrotti de la Capilla Sixtina, de Miguel Angel a quien, luego, no le quedaban sino castidades para rellenar sus sonetos a Vittoria Colonna; en la Eva del refinado Sodoma, de Siena; en las maduras Venus del Tiziano; en las mujeres de ese Rubens jugoso, pastoso, que debía chasquear la lengua cada vez que ponía una pincelada gorda y viva de nácares y sedas sobre la tela, animando unas túrgidos senos, unos muslos, unos brazos.

—Eso es pintura, —decía—, en canto a la Vida, al Amor, al Instinto: la voz y la canción latinas! Así deben haber pintado los griegos y los persas y todos los que no han sido ascetas ni sentimentalones ni decadentes. Los bárbaros —en el sentido antiguo— y los débiles se nos desmayan con figuraciones espirituales y simbolistas. No ven a Granach, escuálido; al dulzón y romántico Botticelli; a ese blanduzco de Murillo y a estos snobs futuristas, cubistas, etc., levantando la helada arquitectura de los cubos, la rígida artificiosidad de los maniqués, pintando con la aspereza de una piedra sobre un cristal, con la voluptuosidad de una viruta de hojalata o de un rechinar de dientes...

Goya era otra cosa, hombre de pasión, y los que hasta sin saberlo, lo siguen: el francés Renoir, el catalán Anglada, el napolitano Mancini, que huele a vino negro cocido y a pizza destilando aceite grueso, sin refinar!

Y así andaba buscando inspiración en los paisajes, en las aglomeraciones de la calles, en las mujeres, sobre todo en estas últimas.

Y se consumía!

XVIII

ELISEO se había dado en cuerpo y alma a su apostolado social.

Inteligente, activo, enérgico, donde se metía conseguía su fin, lo que le había creado un prestigio sólido y una cantidad de enemigos.

En nuestro ambiente, donde es tan habitual hacer diletantismo con las ideas y abusar de la elasticidad de las palabras, disfrazándose el más retrógrado y ultramontano de moderno y de avanzado, volviendo, cuando los intereses lo exigen, al cómodo burladero de los partidos tradicionales, encontraba ancho campo para desenmascarar a la mitad de nuestros políticos farsantes.

Escribía rudo y sarcástico, y su buen gusto elegante dignificaba sus artículos, a veces violentos y abiertamente subversivos.

Por bondad, tras una meditación en la cual hasta se había planteado la decisión de alejarse de su casa, resolvió no tomar la palabra en público.

No quería disgustar a su abuelo y a su padre o llegar a una ruptura de relaciones.

Con el vergonzoso resquemor de un principio de traición, hubo de mentir una enfermedad a la gar-

ganta y el Comité Ejecutivo de su agrupación lo destinó al diario del partido.

Con todo, se dijera que, a pesar de la profunda convicción de sus ideas, del impulso de seriedad y sinceridad con que encaraba sus actos, se suavizaba al regresar entre los suyos, oía a su abuelo con más conmiseración que fastidio, adoptaba ante su padre una actitud de discípulo, no perdiendo el contralor sino ante las impertinencias y obcecadas arremetidas de aquel "jesuíta" de Jacintito.

Si se encontraban en ausencia de sus mayores, no podían evitar el enardecerse y atacarse.

Chiquilines aún, la primera vez que hablaron de sus ideas, ya disintieron.

El choque inicial les cavó un abismo que los iba a separar eternamente.

Como si encarnaran —ellos solos— las antagónicas ideas que representaban.

Se atraían porque se querían convencer y vencer y se rechazaban porque una prevención rencorosa les hacía olvidar que eran hermanos y les impedía, mutuamente, encontrar el punto de unión, la inevitable coincidencia en que sus sueños se encontraban, se identificarían por su misma esencia, como los pájaros que se cansan en las largas travesías migratorias unen las alas para ayudarse en sus vuelos.

Como sabiéndose poseedores de excelentes armas, sentían la necesidad de probar el temple del acero de sus convicciones.

Una especie de sadismo los impulsaba a herirse, a agredirse con mofas, con ironías sangrientas.

Cierta vez, exaltados, heridos en lo más íntimo, se excedieron. No pudieron dominar el arrebatado. El que debía ofrecer la otra mejilla —cuando fuera golpeado— como el Maestro, alargó la mano y castigó a su contrincante.

Éste, hecho una fiera, repelió la agresión y suerte que, junto con Raúl y Alma estaba la tía Carmen, que se abrazó a Eliseo para apartarlos de la denigrante riña vulgar.

Fué una escena vergonzosa, desagradable.

Jacinto huyó convulso, cual si le fuera a dar un ataque.

Luego se arrojó de rodillas, en su cuarto, ante el crucifijo, pidiendo perdón a su divinidad.

Más tarde se trancó, no queriendo reconciliarse con su enemigo, quien tenía los ojos llenos de lágrimas, conmovido, arrepentido de su violencia.

—Fuí débil, no me pude contener, —informaba el subversivo. . . Yo estaba en el deber de darle la lección que ellos preconizan. Pero me pegó primero y me pegó en la cara!

Después declaró:

—Con todo, no le guardo rencor. Y juro que nunca más discutiré con él.

—Eso lo hubieses resuelto hace mucho tiempo, lo tranquilizaba Carmen, quien ejercía una extraordinaria influencia sobre el mayor de sus sobrinos.

¿A qué se debía?

Quizá a que ella era una hermosa mujer.

En ellos se producía un fenómeno curioso: los mayores, a pesar de disponer de libertad absoluta y de

dinero, no conocían de la vida sino aquellas exigentes disciplinas de sus ideas.

Por eso se daban enteros a sus causas, y Eliseo se detenía a meditar sobre las irrefrenadas inclinaciones de Raúl y Alma, que Jacinto no se cansaba de execrar y condenar.

Ellos habían encauzado su acervo espiritual, su vitalidad apasionada, hacia los nobles y desinteresados postulados de sus entusiasmos, y del limo ancestral, sólo aparecía en la superficie ese estallar de violencia tan antagónico al devolver bien por mal de Cristo, —que correspondería al católico— o a la no resistencia al mal, del admirado Tolstoi del revolucionario.

Imposibilitada de ejercer su acción pacificadora con ambos, Carmen se retiró con Eliseo a preocuparse de atemperar sus exaltaciones.

Hablaron largamente.

Ella lo hacía como con un niño grande.

—¿Cómo te dejaste arrebatar de ese impulso inferiorizante?

—Fué más fuerte que yo.

—Nada debe ser más fuerte que nuestro dominio de nosotros mismos y nuestra voluntad.

Ella expresó su pensamiento con una entereza y una firmeza realmente sentidas, como que reflejaba perfectamente un concepto —línea de su vida— que surgía de su aherrojada feminidad, que creía que el silencioso sacrificio era un deber.

A él lo picó el punto.

—Sí, pero hay que saber cuándo se la utiliza.

—Tú, como mayor, ya un hombrecito...

¿Hombrecito? Esto no pudo dejar pasar por alto:

—¡Un hombre!

—Razón de más para ser transigente... Aprendan de su padre la tolerancia, la larga lección que todos ustedes debían comprender e imitar... Lo mismo que esa prueba de confianza de creer en ustedes... ¿No notan cómo su padre sufre?... Suerte que no presencié esa bochornosa escena.

—Me haces pensar en esa actitud de papá, que siempre me ha parecido escéptica.

—Eso es también dominio de sí mismo. El sufre. El quisiera que todos ustedes fuesen buenos, unidos, bien inspirados... ¡Una familia! Ya ves, cada uno...

—No me vas a negar que no puede estar ni satisfecho ni muy contento de sus hijos.

—¿Tú, también, nos acusas? ¡Como abuelito!

—¡Acusarlos!, querido, yo acusarlos! Si yo no hago más que defenderlos. A tu padre, que papá califica de abúllico, que se desinteresa de todo, cuando yo sé muy bien que es un sentimental, cuyas irresoluciones no son falta sino sobra de comprensión... Y a ustedes, a quienes trato de justificar, aunque, entre nosotros, me permitirás que tenga la franqueza de manifestarte que se merecen muchas críticas...

—Yo...

—No terminas los estudios...

—Bueno, yo le expliqué a papá...

La tía continuó, cual si no lo hubiese oído:

—Almita lo preocupa con su afán de independen-

cia, con sus pujos de muchacha moderna, a quien ninguno que ejerza alguna autoridad sobre ella, encarrila... De mí, se ríe. Tú no te preocupas...

—Tengo mis cosas.

—...Raúl le sigue sus extravagancias... Jacintito no tiene diplomacia.

—Alma es una criatura, defendió, tímidamente, el hermano.

—Raúl pierde las noches por ahí...

—Se divierte...

—...Llena el estudio de mujeres equívocas, de muchachas.

—Pero si son las modelos; las necesita.

—Jacintito con su ascetismo, que lo va a enfermar; con su dureza de alma, con su sequedad para lo que no sea su religión.

—Y volvamos a tí, con esas juntas, con esos conflictos... ¿Pero qué tienes que ver tú con los deportados y con los gobiernos de los otros países?

—Yo persigo un ideal.

—¿Un ideal? Todos son ideales... Y ahí se escudan...

—Carmen!

—Disculpa, pero hasta los pistoleros salieron diciendo que eran no se qué cosas!... Entre tanto, tú haces sufrir a los tuyos... Y eso es lo importante. ¿Por qué no te apartas de eso?

—Busca un pretexto. Dile a tu padre que quieres hacer un viajecito, y te vas por ahí, por unos meses.

Él restó pensativo.

Después, con cierta cortedad que se desconocía, intentó explicarse:

—El solo proyecto me desazona. Estoy tan unido a todo esto: a papá, taciturno, a los muchachos, a tí, a los abuelos... A mi cuarto, a mis libros y a eso que tú me pides que abandone y que me parece una razón de ser de la vida!

Y ahondando esa visión, revistando su ayer tan cercano, en una necesidad de rehabilitarse, le confió:

—Natural que lamento lo que le pasó a abuelito... y esto con Jacintito, a quien a pesar de su odio, lo quiero tanto como a mis otros hermanos.

—Sí, te sé bueno... Pero, entre todo eso, algo debe primar. Se me ocurre que para cumplir nuestra misión siempre tenemos que sacrificar algo en beneficio de los demás...

Él le suplicó le repitiese lo dicho.

Al hacerlo, la muchacha, escrupulosa, aclaró:

—Quizá no me explico bien. Uno a veces sabe lo que siente, pero no lo sabe expresar... Sacrificar algo dentro de nosotros mismos, entiendes?... lo que es más nuestro, lo que queremos más, cuando puede afectar a los otros...

—Ah!

—Ahora me comprendiste?

—No tendrá un tufillo cristiano esa necesidad de sacrificio?

—Tú, que le huyes tanto, te sacrificas a ese ideal...

—Pero tú hablas de renunciar a eso, al sueño, al amor, a la vida!

—No, así, de lleno o en definitiva... Disminuir todo eso un poco.

—Bajarlo de grado. Asordinarlo? Es más de hombres el darse entero a todas las cosas y a todas las causas!

No nos entendemos... Yo digo ser más humilde, exigir menos.

Terminó su frase con una serenidad razonada, sin dolor, y eso que era como una amarga confesión.

Su interlocutor la miró.

Simplemente vestida de oscuro, con la nota alba de un cuellito de encajes, un poco pálida, con sus facciones perfectas, los límpidos ojos verdiazules y su hermoso cabello rubio, ondeado.

La había alcanzado la moda de la melena, rejuveneciéndola.

¿Por qué no había reparado él en la tía Carmen, a pesar de quererla tanto?

Era bella, femenina y fresca.

Y ahora le encontraba, mejor, le adivinaba una psicología compleja e interesante y una especie de íntima y oculta pena.

—¿Sufres tú también?

Por el rostro franco pasó una nube de melancolía. Ya la disipaba una sonrisa:

—Tengo a mis padres, los tengo a ustedes...

La respuesta era ambigua, pero el sobrino dominado por un afán de observarla y considerarla, expresó lo que se formara en él como un interrogante:

—Dime: ¿por qué no te has casado?

Ella se aproximó a acariciarle la cabeza con sus dulces manos:

—¡Qué pregunta! ¡Qué ocurrencia! ¡Miren el curioso! ¡Querer descubrir la historia de las vidas ajenas!...

—Eres linda, todavía bien joven; hasta rica... ¿Te has enamorado?

Esquivando responder, la muchacha insistió:

—Esa cabecita!... Esa cabecita necesita reposo, ponderación... Y no estar inventando, forjándose problemas...

Le pasó la mano por la frente como si así fuese posible ahuyentarle los pensamientos a los cuales atribuía una influencia nefasta.

Era pura y maternal su ternura.

Para el muchacho que no alcanzó a amar ni a comprender a su madre, era de una mujer; lo entendió así al atraer a su consoladora y estrecharla de súbito entre sus brazos.

Ella no se resistió sino cuando el abrazo se volvió ardiente y se sintió besada y besada por el hombre, que de pronto despertaba, irreflexivo.

Entonces, turbada, lo rechazó, culpándose de no haber evitado el malentendido que, más que ofenderla, la acusaba de imprevisora y de confiada.

—No, Eliseo, suéltame! ¡No!, Eliseo, así no! ¡No me beses así!

* * *

Era otro Morano.

• XIX

CARMEN se retiró tardísimo de casa de sus parientes, y su padre, malhumorado como de costumbre y prevenido sistemáticamente contra todo lo que de ellos proviniese, la recibió con cuatro piedras en la mano.

—Ya te he manifestado mi oposición a esas largas y continuadas visitas... o a cualesquiera otras... Tú tienes tu casa donde estar y donde ocuparte, si en algo te ocupas. No es esta ni siquiera una hora correcta para estar en casa ajena y volver a la suya!

—¡Casa ajena! Pero, papá, son de la familia. Nuestros allegados. No tienen una mujer que mire por todas las cosas necesarias.

—Y las sirvientas? ¿Y Alma?, la famosa Almita?

—¡Papá!, tú sabes lo que es la gente pagada, la gente de servicio... Y en cuanto a la pobre Almita, tiene sus estudios.

—Pues los podía dejar, que sería lo mejor que podría hacer.

Y ofuscado, incapaz de comprender que su hija ya no estaba en edad de recibir recriminaciones de esa índole, insistía:

—Al fin y a la postre: no me agrada ese pasarse las tardes con ese hombre!

—Papá, el juicio que se haría quien te oyera! Qué quieres decir? Lo recalcas de una manera!

—Yo estoy libre de suposiciones equívocas! Debes comprenderlo que no por tí, sino por ese consentido de todos los antojos, caprichos y porquerías de sus nenes.

—Papá, perdona que te lo diga: exageras.

—¿Exagero? ¡Con todos los ejemplos y todas las pruebas! ¡Exagero!, y con la habitual ofuscación de cuando se le contradice, echa —prepotentemente— mano de su autoridad:

—Intento convencerte, abrirte los ojos y no encuentro sino resistencia y testarudez!

—Pero, imagínate que hoy ni siquiera ha estado Jacinto.

Él impuso:

—¡Basta! No quiero que se repitan esas visitas!

—Pero eso es absurdo; sin una razón. ¿Y con qué pretexto vamos a justificar esa actitud? Así como así, uno no puede dejar de ir a casa de sus parientes.

—En fin... en fin... que yo necesito que se me cuide.

—Tú no estás enfermo, que si lo estuvieras yo sabría, como siempre, cumplir con mi deber.

El viejo señor calla desorientado, más que ante la insistencia defensiva de su hija, ante la insólita concreción de una resistencia viva que significa oponer a la suya, indiscutida e indiscutible, otra personalidad.

Entonces, su reacción se manifiesta en un violento elevar del tono de la voz y un ordenar inapelable, definitivo:

—¡Basta! ¡Usted se calla y obedece!

—Pero, papá, yo ya no soy una chiquilina.

—Pues, hasta discutiendo con tu padre, procedes como tal. No faltaría nada más sino que tú también te me fueses a poner discursadora y te contagiaras de feminismo y de las disparatadas teorías disolventes de tu aprovechado sobrino!

Ante el silencio irresoluto de ella, cuya energía se agotaba, él remata en el colmo de la exasperación:

—Y ahora?, no contestas nada? ¡Cuando yo digo! Y acabemos: ¡no me pongas más los pies en esa casa!

El avinagrado gesto del padre traducía la intención de no admitir réplica.

La atribulada, llorando, se va junto al paño de lágrimas de su madre.

—¡Es inaudito! No podrás concebir la escena que termina de hacerme papá, porque llegué un poco tarde de casa de los muchachos.

—Hija, ya debías haberte habituado.

—Es que papá no razona.

—Hija, tampoco yo estoy para razonar... Déjame, por favor... le suplica la anciana señora martirizada por sus terribles jaquecas.

* * *

Carmen comprende que es más que nunca indispensable su presencia en la casa de Punta Carreta.

Aquellas juventudes frenéticas giraban como unas poleas locas en el vertiginoso ritmo de sus vidas.

Había que contener a Raúl, que destruía su físico con el trabajo y que con su temperamento sensualísimo cometía los excesos a los que lo arrastraban sus inclinaciones, su sensibilidad y sus teorías. No le bastaba con empaparse en la belleza plástica de las frescas túrgidas carnes, con gozar consiguiendo hacerlas perdurar en la tela. Tenía que sentir las —como en los ojos— en las yemas de los dedos, en los labios, en el cuerpo, en el paladar, —explicaba él—, chasqueando la lengua con la voluptuosidad de quien gusta un manjar o saborea un capitoso y denso vino perfumado.

Alma se comprometía, se creaba un desprestigio lamentable con sus originalidades y su importársele un ardite de las normas y conveniencias sociales.

Se reía con toda la boca de las exigencias de las costumbres y como al principio cambiaba de compañeros de estudio, ahora lo hacía con los dragones o novios y le resultaba de lo más cómico que la gente se escandalizara porque emitiese opiniones lisonjeras sobre los encantos masculinos que se le ponían a la vista.

—Pero ni siquiera tener esa libertad!, le echaba en cara a las amigas.

—Si me gustan los ojos de Alcántara o el pelo ondeado de Alfonsito Dota, ¿por qué no se les voy a decir? Lo lamentable es que no nos resolvamos a llamar cretinos o bobalicones a los que tal se merecen.

Jacinto castigaba su cuerpo pecador, se sometía a ayunos extenuantes, se ciliciaba buscando el adormecimiento de sus sentidos, los cuales se vengaban en

sus sueños angustiosos y raros que continuaban noches y noches, como una novela por entregas, amenazadora de nuevos capítulos atormentantes, obsesores.

No se reducía solamente a aquello lo que lastimaba su sensibilidad.

Su imaginación despierta y fecunda se cargaba como la cuerda de una máquina misteriosa y, contra toda su voluntad, desarrollaba en plena vigilia una escena erótica, —a veces de una lubricidad y una riqueza de detalles verdaderamente repugnante—, que elegía al azar como protagonista a su hermana, a su tía, a cualquiera de las amigas de Alma.

Era un continuado tormento su existencia.

Como un vicioso incapaz de contener la mecánica del brazo y la mano que preparan la inyección del alcaloide que va a hacerle salvar el dintel de la comarca donde florecen los sueños, en medio a la más inocua conversación y a la más natural de las situaciones, él comenzaba a imaginar que Clelia Fuentes, o la profesora de francés de su hermana le pedían que les enseñase la antigua Biblia ilustrada que le había regalado su abuelo y se iban a su habitación, los brazos por el talle, ya besándose, dificultándose el andar con los abrazos que se prodigaban y en los cuales ardían, locos, irreflexivos, olvidados de todo...

Intentando corregirse y como si creyese poder contrarrestar las ajenas miserias, cual si con la suya, decantada y castigada, pretendiese equilibrar la vida desordenada o equivocada de los otros, él acentuaba su ascetismo y sus privaciones.

Eliseo, abandonados definitivamente los estudios, —atenuada temporariamente su fiebre revolucionaria—, frecuentaba la imprenta de un "compañero", donde aprendía el manejo de la linotipo y el mecanismo de las impresoras modernas.

Ya le había planteado a su padre un negocio al cual resolvía dedicarse, que consistía en la adquisición de una librería y casa editora.

Quería trabajar.

É inestable, en esa edad en la cual es tan fácil concebir y desechar proyectos, ya planeaba hacerse una casita, construir un hogar, hacerse un viaje a Rusia, —donde era necesario ver cuanto había de verdad en lo que pintaban Duhamel, Panait Istrati o Barbusse— o editar un semanario, folletos y libros.

Luego de la escena con Carmen, que primero lo había abochornado, considerándola como una acción equívoca, desechó tal apreciación y admitió el hecho como algo inesperado, pero normal.

Lo único que le preocupaba, —como si en aquello cupiese una explicación—, era el imprevisto nacer de su inclinación y el acentuársele e imponérsele, hasta ser algo preponderante en sus sentimientos.

¿Su cariño se había transformado en amor?

No hallaba una solución satisfactoria a su estado espiritual, pero constataba:

—Todo en ella me gusta: el tipo, los modales, esa madurez reposada de su feminidad, la ternura que emanan sus expresiones.

Recordaba viejos versos románticos, anticuados, llenos del sentimentalismo de los pueblos que, con

ritmo plañidero, dulzón y adormilado, había oído cantar en la guitarra:

"Quisiera ser el aire que respiras,
el metálico timbre de tu voz..."

Y que continuaban, continuaban, enumerando los encantos de la amada como en un inventario, interpretando sus propias ideas con una exactitud comprobatoria de la tradicional afirmación de que no hay nada nuevo bajo el sol.

—No la puedo borrar día y noche de mi recuerdo, repetía, y tal era así que aquella nueva fase de su actividad sensible había llegado a desplazar casi en absoluto su otrora absorbente preocupación social, como si el tomar con tanto calor e intensidad el inédito tema, hurtase sitio a todo lo que no tuviera directa atingencia con él.

Naturalmente que, como le era habitual, encaraba y planteaba su problema amoroso como un aspecto más de los fenómenos sociales al cual había de encontrarle soluciones idénticas, las del libre albedrío y la libertad, erizada de frases contra el prejuicio y los torpes convencionalismos burgueses.

Perdían toda su importancia y trascendencia la diferencia de edad, los vínculos de sangre.

—Eso es idiota. ¡Qué me importa lo que digan o dejen de decir! Ahora voy a trabajar, a independizarme y, estando ella de acuerdo, me la llevaré a mi lado... Me criticarán? Bah!... En todo caso la gente aprenderá una cosa eterna: que el amor iguala, supera obstáculos y nivela todo.

Previo la oposición encarnizada, la condenación

más furibunda de parte del abuelo, la indignación del jesuíta de Jacintito, la misma resistencia de su padre.

Porque, procediendo limpia y francamente, él resolvía no hacer un misterio de sus amores.

A lo que realmente no iban a tener más remedio que someterse era a su decisión de no aceptar ni siquiera el casamiento civil.

—Mis ideas no me lo permiten!...

Examinando más detenidamente el asunto, descubriéndole los atenuantes de casos semejantes o parecidos, de primos, de tíos que se casan con sobrinas, confiaba encontrar en su padre una tolerancia que lo respaldase:

—El viejo es un hombre que ha vivido, un tipo superior.

—En último caso que me den la parte que me corresponde de mi madre y corto con todos y les doy una lección, trabajando y labrándome mi vida.

.....
Carmen fué quien lo debió contener.

—Pero qué es esto, querido? ¿Por qué eres así? ¿Estás loco? Tú eres mi sobrino, —te lo recuerdo de nuevo—, una criatura, casi como un hijo mío!

Él le replicó que la quería, que la había amado siempre, y que ella no tenía derecho a hacerlo sufrir.

Ni parientes, ni viejos ni jóvenes, que aquello no contaba.

Eran un hombre y una mujer.

Así, simplemente.

Eso era todo.

.....

La tía intentaba disuadirlo de aquel “disparate” y hasta le declaró que le costaba un esfuerzo enorme tomar en serio la ocurrencia.

Sus prédicas eran contraproducentes.

—Qué “viaraza”, Eliseo! ¿Pero estás en tu juicio? Cómo puedes insistir en semejante antojo? Pero si hasta te debía dar vergüenza!... Tú no mides la gravedad del hecho? Es absurdo, antinatural, casi delictuoso!

—Prejuicios!

—Y habiendo tantas mujeres, tantas muchachas en el mundo... Y tantas lindas y jóvenes como para tí.

—Para mí tú eres la única.

—Yo te veo así, encaprichado, irrazonable, y es mi deber llamarte a la cordura... Me vas a hacer enojar; me obligarás a declararte que no te oiré una sola palabra más sobre esa... aberración.

—Calificas mal mi sentimiento. El amor lo santifica todo!

—Pero, chiquilín...

Él, indignado, herido en su lado flaco:

—No me digas chiquilín!

.....

—Mira, Eliseo, “eso” debe ser, es, una pasajera ilusión...; un espejismo, ¿me entiendes? Por mí, pero sin mí, vas a encontrar el camino que te va a llevar a la realidad. Estás en edad de amar: ¡ama! No faltará a quién. Pero, chicuelo bobo, yo soy una vieja, y, en primer lugar, soy tu tía, “tu tía”! No te olvides de esto: “tu tía”, ¡hermana de tu madre! ¡Casi tu madre!

Este argumento lo impresionó realmente, pero tras un rumiar de reflexión:

—Podías no serlo... Además, ¿qué importa?

—Sí, es muy fácil la vuelta que, para tranquilizarte, le das a los sucesos. Destruyes todo: sociedad, costumbres, tradiciones, leyes, familia!... Quieres ir hasta contra la realidad!

Como las circunstancias le eran propicias, resurgía el revolucionario:

—Bah, hay que destruirlo todo. ¡No ha de quedar piedra sobre piedra! Quizá nosotros seamos los precursores.

—¡Iluso!, se burló ella... No vas a construir sobre la inmoralidad.

Él rió sardónico, airado, agrio, y para contener quizá una frase despectiva que le cosquilleaba los labios, se levantó de donde estaba sentado y se fué a su habitación.

Carmen creyó haber triunfado.

Abatía la pesadilla, la obsesión, el peligro.

Los superó.

Satisfecha, desmesuró el valor de sus argumentaciones.

Con la generosidad de la victoria, pensó que quizá había sido demasiado cruel.

Atemperaría la impresión.

No tuvo empacho en seguirlo a su cuarto.

Reanudaron la plática.

Es posible que él interpretara mal el gesto.

El muchacho fué tan elocuente, tan apasionado y

al mismo tiempo tan sumisamente amoroso, que hizo titubear a la que se consideraba triunfadora.

Como para el novicio, eran para ella inéditos los maravillosos horizontes del amor; las delicias de aquel mundo desconocido la embriagaban con sus seducciones; todo su esfuerzo de lógica, de sensatez, de sentido común, naufragaba en las acariciadoras ondas de una envolvente música de misterio.

Le parecía que aquel hombrecito de bigote sedoso y cuerpo fuerte era el padre —con quien tenía una semejanza extraordinaria en el físico— y que, por fin, su amor, tanto tiempo oculto y callado, iba a poder vivir, a poder florecer libremente, con toda la expansión y la lozanía de algo sano y natural.

Él la besaba, suplicándola, desesperado.

Ella era saludable y fuerte, serena y reflexiva, tanto como para salir airosa de la intensa prueba, pero sintió que en el muchacho amaba su sueño, como el joven inexperto amaba en ella el amor.

Un telón de sombra le cayó en los ojos, en el raciocinio, en la voluntad.

Enceguecida, inconsciente, fuera de sí, respondió a las caricias.

* * *

Una de esas noches fué Jacintito, ahora, quien, como un juez severo, invitó a su genitor:

—Te tengo que hablar.

EL hombre taciturno y melancólico, dócil, con su cabeza canosa hundida entre los hombros, obedeció como si, trocados los papeles, él fuera el gobernado y el otro el jefe.

Fué tras el jovencito.

Se sentaron en la desolada pieza blanca, de muros humildemente desnudos, alhajada con escasos muebles oscuros y aquel Cristo pálido, sangrante, colgando de la cruz negra, semejante a un harapo.

—Papá, perdóname, yo me hubiese explicado antes. Comprendo que podía haber ido a tu habitación, pero allá no estaríamos tan solos y por eso te llamé. Debo enterarte de una decisión importante y quizá grave: yo no puedo vivir más aquí.

El muchacho magro, transparente, de mirada fría y acerada, hizo la afirmación con voz sorda y resuelta.

A su padre, a quien dominó una súbita emoción, le costó dominarse, interrogarle:

—¿Qué dices?

—Que ya no puedo más y que me voy.

—Pero, ¿cómo? ¿Qué significa eso? ¡Explicáte!

—He decidido irme. Estoy firmemente resuelto.

—¡Resuelto! Y no me habías dicho nada... Me tomas tan de sorpresa, eso es tan inopinado.

—Es la consecuencia de todo el proceso de mis ideas.

—Pero no puede ser, no puede ser!

—Tú ya lo debías haber previsto. Esto tenía que terminar así, por muy diversas razones. Me voy, me voy, sí!

Y ante aquella como incompreensión nacida del afecto; ante tal incredulidad, derivada de una reacción natural defensiva que instintivamente estrechaba contra el corazón a su criatura, el hijo afirmaba rotundo, apretando las mandíbulas, afinando los labios, con una decisión cruel y dura:

—¡Me voy, sí!

Morano experimentó la desorientación de quien es aturdido por un golpe brutal, y como si con ello fuera a contenerlo, exclamó:

—¡No!, ¡no!...

...Al tiempo que abría las manos que, aunque se cerrasen, no iban a aferrar sino el vacío, pues no otra cosa había sabido construir.

Un momento estuvieron callados y tristes, como ausentes, pero cuando el padre inquirió:

—¿Por qué, dime, por qué me vas a abandonar?

Deshacíase en la voz suplicante una temblorosa desesperación.

Ante ella el joven se acorazó de una tranquila energía y deshumanizado, como si no alcanzase a su atmósfera artificial la pena y la emoción de su interlocutor, habló con el efectismo parabólico de sus libros predilectos:

—Alejarme es encontrarme. Ignoras que todos se alejan y no sólo de tí, sino de sí mismo? Sabes que todos se abandonan gozosos a la corriente de sus impulsos ciegos? ¿Que ninguno pone diques o frenos a sus cursos desatados y dementes?... Sí, papá, sí. Tú tienes ojos y no ves; tienes oídos y no oyes. Yo no puedo más. Debo salvarme ya que ellos no se quieren salvar... Vivimos en medio al vicio, al desorden, al error. ¡Vivimos en pecado mortal! ¡Sin el temor de Dios!...

Alma, la pobre Almita, que ha terminado por reírse cínicamente de mis consejos, se ha quedado de noche por ahí, ¡quizá dónde!, y hasta ha llegado a esconder amigotes en su cuarto! ¡Una niña!

—Tu hermana!, mi hija! Pero cómo?, qué acusación le haces? ¡Es posible!

—Papá, yo no miento!, vibró la voz admonitiva. Soy incapaz de calumniar! Hablo porque tú me obligas a ello!

Al padre cayóle la cabeza, como desgonzada sobre el pecho.

Lloraba.

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo soy el culpable de todo! ¡Pobre criatura! ¡Pobre hijita mía!

Lloraba...

—Yo, yo he tenido la culpa!, insistía con una torpeza de ofuscado el pobre hombre, a cuyo cerebro no acudían otras ideas.

Doblado sobre sí mismo, apretándose con las dos manos la cabeza que parece le iba a estallar, se embrollaba cada vez más; respiraba ansioso.

Jacintito continuaba, seco, cruel, su acusación. El padre era como una sombra agitada desde dentro.

Por fin gimió en sorda lamentela:

—No he sabido contenerlos; no he sabido retenerlos! Es que no he podido ni conmigo mismo! No he sabido sino quererlos y esto no ha sido bastante!... Yo también he andado perdido! Quizá lo ando aún...

Continuaba la voz del hijo:

—Eliseo, tan obcecado, ayudando a sembrar odio y cizaña.

—Tú no lo quieres...

—Yo amo y obedezco a la Religión. La Religión manda amar a todos.

—Perdido, perdido...

—Yo no; yo estoy salvado! Son los otros. Eliseo, perdona papá, pero debo llegar hasta el extremo, decirlo todo. Es horrible, monstruoso, pero es necesario que lo sepas...

Él, que hasta ahora sólo era un extraviado en sus ideas, es también un corrompido moral...

Morano, que más que con calma oía con resignación la requisitoria del improvisado juez, no pudo contenerse ante el calificativo que destruía una de las mejores cualidades que estaba convencido poseía una de sus criaturas predilectas:

—Jacintito, sabes lo que dices?

El interpelado se detuvo, pero no en titubeo indeciso sino en un afirmarse tenaz de hacerle beber al

padre, — sin piedad alguna—, el amargo veneno de sus desoladoras revelaciones.

—Soy consciente de mis palabras... Hay alrededor nuestro un hecho oscuro, un drama horroroso, que subleva.

—¡Todavía! Pero, qué? ¿qué?!

Tanta era el ansia del indefenso, que el victimario, presionado por su visible emoción, hizo uso de una frase envuelta en eufemismo:

—Él se ha lanzado por la senda del vicio, e imagínate!, ha arrastrado hasta a tía en la caída!

—¡¿Qué?!, qué quieres insinuar?

En esa palabra, donde iba implícito un intento de incomprensión, de una última esperanza de que no fuera cierto aquello que no era una suposición sino una precisa y concreta realidad, se alargaba una humanísima ilusión.

El hijo se encargó de destruirla, puntualizando:

—Te juro, papá, que no digo sino la verdad, la pura verdad!

Alguna fibra que aún no había sido tocada, fué herida ahora.

El padre se agitó, se irguió y volvió a caer anonadado.

Sollozaba sordamente, en la sombra, bajo un peso enorme de culpa.

Aún alentaba algo vivo dentro de su alma, a lo cual martirizaba la revelación.

La conciencia de una falla condenable le contenía la reacción, la ira o el desmoronamiento total de sus postreras energías volitivas.

Quería pensar, raciocinar, y no le era posible.

Vagaba en un caos informe, rechazando desesperado el íncubo horrible del connubio de Carmen y Eliseo, mientras el fanático acusador repetía como un poseído:

—Que no nos contamine el crimen, el pecado, el incesto!

* * *

Como antes la tiniebla de su indecisión y de un concepto ético y moral definido le impidieran orientarse, ahora no atinaba a nada en la enceguedora luz de la brutal revelación.

Antes se dijera ignoraba o se forzase ignorar a sus hijos; ahora aquella crueldad descarnada, aquel hierro que abría y desgarraba las carnes dolientes no dejaba lugar a dudas o titubeos.

Era necesario hacer algo.

¿Pero qué hacer?

¡Era tarde!

Y sólo la cobardía más grande, la del suicidio, se le presentaba, no como la salvación sino como el medio único de eludir la inconmensurable responsabilidad.

.....

¿Era tarde?

No. Siempre se está a tiempo para reconstruir.

.....

—Hijo mío, quédate. Posterga tu decisión. Ayúdame a intentar algo. Tú puedes y debes ser mi consejero. Tú me vas a inspirar y yo voy a proceder serenamente.

.....

—Reflexiona sobre la frase que grabó Eliseo en el muro de su cuarto: "Para hacer el bien, si es ne-

cesario, sacrifica dentro de tí mismo, alguna cosa, alguna esperanza, algún sueño!"... Hazlo, no apartándote de la lucha.

—No puedo; he resuelto mi vida.

—No me abandones, Jacintito. Yo necesito un apoyo. Tú eres el único dueño de tí mismo. Los otros se han abandonado al torbellino de sus vidas.

El hijo no respondía, doblado hacia dentro, envuelto en una especie de impermeable indiferencia.

Callaban.

Él pensaba:

—Me debí olvidar de mí mismo... Es que yo tenía que acallar todo ese fermento que me trabajaba, y cuando vuelvo la mirada hacia ellos, no los encuentro. Pero yo tengo que reconquistar a mis hijos, carne de mi carne, alma de mi alma!

Suplicó al muchacho:

—Te ruego que no me dejes; aunque sea por una temporada... Por tus mismas ideas... Aquí está tu puesto.

Se hundieron, luego, cada cual en sus meditaciones.

El joven volvió de su introspección.

—Pérdoname. No puedo.

El padre se había puesto de pie; recibió como un mazazo la negativa; le fueron hasta las entrañas, como un acero, las palabras duras y frías.

Con todo, abrió los brazos, emocionado; el hijo se arrojó contra su pecho:

—¡Perdón, papá!

Él, ahogado de pena, conteniendo los sollozos, concedió:

—Vive tu vida...

XXI

EN lo de Gijón, el viejo inflexible y áspero, arrojaba a la hija de su casa, pese a la desesperada intervención de su señora:

—¿Qué es lo que haces, Mariano?

—Se me desobedece; que se sufran las consecuencias!... Yo le había prohibido ir a lo del hombre ese!

—A casa de tus nietos?

—Qué nietos ni qué ocho cuartos!

—Pues, para salir con la tuya no vas a negar hasta eso!

—Ella quiere su libertad?, pues que la tenga. ¡Y completa!

—Así la obligas a buscar refugio, donde tú, sin razón alguna, pretendes que no vaya.

—Ella sabrá donde ir. Mis canas se mancharán, pero yo, hasta el último extremo, las defenderé. No seré el consentido que es él... El caballero Morano tenía sobrado tiempo para corregir a sus pimpollos. Pero aquello ya sabemos como continúa... Y lo que pasa es que esta buena pieza de Carmen parece que se encuentra muy a sus anchas en ese ambiente.

—¡Pero decir eso de nuestra hija!

—Me obliga a ello.

—Es que tú, dominado por la ira, desbarras.

—No hay tal ira!, le gritó, furibundo.

Doña Jovita lloraba:

—¡Qué calamidad!... Mire a donde nos conduce tu genio...

—¡Mi genio!

—... Rompemos con el yerno; alejamos a los nietos, los pobres chiquilines!... Ahora esto con nuestra hija... Lo único que nos queda!... Pero reflexión, Mariano; piensa un poco... ¡Nuestra hija!

Él cortó neto, enérgico:

—Basta de jeremiadas y de lloriqueos. Nosotros nos bastamos. Lo que está hecho, hecho está!... Si se me hubiese oído, si se me hubiera respetado, si se me hubiera obedecido, otro gallo cantaría! Por cierto que no sucederían estas cosas, que soy el primero en deplorar!

Es que la señora no terminaba de habituarse...

Resistía por ser de temperamento tan opuesto y, ante la situación que se creaba, no pudiendo transigir con ella, insistió, más tarde:

—Mariano, es necesario que examinemos con calma tu actitud.

—Yo tengo el perfecto control de mis acciones.

—Mariano, no eres tú solo. Tu proceder afecta a los demás. No eres humano. Yo me veo forzada a decirte que no tienes razón y que si yo me debo a tí como esposa, comprenderás que tengo obligaciones y deberes para con ellos.

—¡Es lo que faltaba, que fueras a seguir a tu hija!

—Qué hombre, Dios mío!, seguirla no, pero no abandonarla tampoco!

—Para mí...

—¡Calla!, lo interrumpió con energía, para prohibirle proferir una de esas frases fatales de las cuales, en general, es noble y humano arrepentirse:

—... ¡Calla!, ¡calla!, no digas disparates!, no digas herejías!

Él estaba acarminado hasta la calva por la rabia, le saltaban los ojos inyectados en sangre, temblábanle los labios.

Su respuesta no llegó a formularse porque la señora, recostándose en una poltrona, le pidió:

—Por favor, dame mi medicina... No puedo más con mi cabeza!

Pese a su educación, a los cuarenta años de convivencia, a todos los sentimentales recuerdos que los ligaban, con qué fruición él hubiera dicho una enormidad de las mujeres o le hubiese deseado: "reventia!".

Se desquitó con las sillas y los muebles, que golpeó, desahogándose.

Cuando volvió con el cachet reclamado, vió que de los bellos ojos de doña Jovita, —a los cuales el tiempo, galante, respetaba—, corrían las lágrimas; la vió tan pálida, con tan desolada tristeza, que lo traicionó la emoción, que a él pareciale siempre tan poco varonil, y fué solícito:

—Cálmate, hija... cálmate... en puridad de verdad, declaro que yo soy un poquitito arrebatado...

PAPÁ, qué tienes?, interrogaba Alma, ansiosa y conmovida, viendo a su padre agitado por hondos sollozos.

Él la abrazó sin poder hablar.

La chica no pudo evitar el contagio de aquel dolor, que ella, —tan débil y tan femenina, junto al hombrón alto y grande, que era Morano—, intentaba mitigar.

Lloraba también cuando se acercó Raúl:

—¿Qué hay?, ¿qué les pasa?

—¡Hijos míos! ¡Hijos míos!... Todos nos hemos desviado de nuestras rutas. Yo debo restituirles el padre y más ahora que se va uno de los hermanos...

—¿Cómo?... ¿Qué dices?...

—Jacintito se marcha de casa.

—Se va!, se sorprendieron ellos.

—Sí, se va definitivamente, en resolución irrevocable... Ahora que él nos deja, es más necesario que nunca que nos unamos, que seamos los unos para los otros.

En los muchachos, una emoción dominadora y honda, los llevó a las promesas más generosas.

—Papá, estamos nosotros... No te desesperes...

Llegaba Carmen, también deshecha en lágrimas. Jacintito —recién esta última lo acababa de encontrar— se había ido a la casa de los abuelos para luego ingresar en el Seminario de Lezica.

Sólo faltaba Eliseo.

—Pero qué adujo para irse, —demandaba la estudiante.

El pintor le susurró:

—Un poco de culpa la tenemos nosotros.

—Nosotros!

—¡Sí, todos... No somos modelos, por cierto, y luego él, con esa su manera de ser, no podía comprendernos... Decimos que es demasiado sistemático, pero quién sabe... Solucionar los problemas con un juicio ligero es muy fácil...

—.....

—Lo que ahora debemos hacer es apretarnos junto a papá; no dejarlo solo. ¡Pobre!

—Pobre papá! ¡Cómo sufre!... Sin embargo parecía estar ausente de todo, desinteresarse de lo que le rodeaba...

—Sí, de lo exterior; ya lo ves... El también tenía su drama, su vacío, su soledad... Como nosotros vivíamos nuestras juventudes y nuestros sueños, nos olvidábamos de él.

—Fuimos egoístas...

BUENA Carmen, —agradecía Morano las temblorosas frases de consuelo de su cuñada—, me llenas de admiración.

Ella estaba emocionadísima, encendida de vergüenza, temiendo venderse.

Él sufría, pero estaba resuelto a no titubear, enfrentándose a la verdad, mirándola a los ojos y sometiendo a las soluciones más derechas y más diáfanas.

Por eso agregó:

—Eres un ejemplo, ejemplo que no voy a desperdiciar: eres capaz de superar tu dolor, de volverlo bondad y generosidad, para mitigar el ajeno.

La muchacha, inquieta, se atrevió a mirarlo, indagadora.

Él bajó la cabeza.

Como siempre, se sentía culpable, necesitado de la protección, de los consuelos que él tenía el deber de prodigar.

Viéndolo tan acabado, con sus cabellos que se plateaban de canas, con el rostro palidísimo, acentuado por su color olivastro, con las arrugas que se le marcaban, cual si el dolor las estuviese acentuando con

los cuchillos del recuerdo, ella —realmente— quiso olvidarse de su pena, se sintió maternal...

Disimuló su angustia ahogante, abochornadora: —Lo mío es pasajero; papá es así... Estamos acostumbradas...

La voz varonil lamentó:

—Tú también estabas condenada a ser una víctima nuestra.

La muchacha intuyó que él no se refería solamente al alejamiento de su casa... Adivinó que él lo sabía todo. Pensó que en las resignadas y compasivas frases podía ir un subrayado de reproche, porque no podía admitir la lástima...

Algo le hizo una torcedura dentro, le dolió en el corazón como una muerte y no pudo contener los sollozos.

Él era el hombre amado por el cual hubiera querido sacrificarse.

Desde que se conocieron, un hilo tenue de mutua inclinación, de simpatía y de afinidad los había unido con una tácita ternura que podía haber llegado a atarlos con dulces e indestructibles lazos.

De pronto la fatalidad daba un hachazo ciego para una separación irremediable.

Ahora era imposible revivir el sueño.

Y no podía explicarse, no podía soldar en una concreción homogénea, la red sutilísima de elementos, de fantasía, de sugestión, de oscuros impulsos, de ansias ideales, que se habían aunado para precipitarla en unos brazos que no eran los suyos.

Se condenó, horrorizada.

La dominó un violento impulso de repulsión, una avasalladora necesidad de confesión y de arrepentimiento.

Las alternativas más contradictorias se sucedían fugacísimas en su alma.

Ella no era culpable.

Pero era absurdo pretender justificarse.

Medía el abismo que existe de donarse a un hombre a quien se ama y el hacerlo a uno lejano de su inclinación, aunque se dedique el pensamiento al primero.

Creaba un nexo artificioso, análogo al del soneto del poeta romántico que sueña que su bella, aún en brazos de otro, va a suspirar por él cuando lo lea.

Sintiéndose junto a aquel hombre grave y noble, que se envolvía en un silencio patético, supuso la existencia en él de un dolor gemelo del suyo.

¶ Pero desechó ilusiones.

Oportunamente, llegó Alma, que incapaz de guardar la compostura que exigían las circunstancias, intentó bromear:

—¡Esas caras!...

...Hubo de contenerse, que la tía, con su presencia, quizá buscando solidaridad a su pena, lloraba.

La niña pidió explicaciones:

—Pero te pasa alguna cosa a tí?

—Imagínate... Se agrega a lo de Jacintito, de quien yo vengo a ocupar el puesto...

—Te dieron permiso para quedarte con nosotros?

—No. Vengo a pedir hospitalidad, porque papá,

que con los años se pone imposible, llegó al extremo, — no sé por qué ridiculeces—, de prohibirme venir aquí, y como yo volví a venir, quiso imponerme castigos como a una chiquilina... Yo no me rebelé sino que traté de explicarme y él, dando el disgusto consiguiente a la pobre mamá, que es por quien más siento, terminó por decirme que si volvía aquí no regresase más a su casa!

Carmen había hecho heroicos esfuerzos por mantener su narración en un tono que intentaba ser despreocupado, pero no pudo evitar que su voz se velara de emoción y se le empañasen los ojos de lágrimas.

—¡Querida!, le saltó al cuello Alma, contigo vamos a aprender a ser más buenos!

* * *

Eliseo volvió tardísimo esa noche.

Otras aventuras lo reclamaban fuera.

Nuevos jardines hollarían sus plantas.

Una ansia frenética e incontrolada, le fingía sentimientos y revestía de aspectos de sinceridad, amoríos volanderos, que fatalmente quebraban en flor ilusiones y esperanzas o daban dichas y goces pasajeros.

Como era bueno, sufrió al constatar que había causado un daño de proyecciones indefinidas, pero una especie de atonía de su sentido de responsabilidad, no lo impulsaba a equilibrar el mal con un sacrificio que lo equivaliera.

Sacudido por la corriente de su pasionalidad des-

pierta, que lo arrastraba con impulsiva violencia, no tuvo más tiempo que el de dedicar un lamento, un pensamiento de lástima a la pasioncilla, que si en él no dejaba trazas, torturaba con una pena incurable a su víctima y aún le acarrearía mayores tribulaciones, como traería inesperadas consecuencias.

La juventud es la demente carrera de un bólido encendido en un campo sembrado de teas inflamables.

El primer vuelo, la primer parábola, enciende y consume una sucesión de éstas. Al corredor, embriagado de su vino dionisiaco, no lo preocupa el daño que pueda causar. Lo ignora. Y sin detenerse, continúa hasta agotar el impulso de su carrera.

Así iba él, olvidado, —cual si a cada momento naciera en inéditos universos y todo fuera lejano, remoto o inexistente,— así iba él, olvidado de su breve, pero intenso pasado; el viento del galope ebrio le zumbaba en los oídos y no había llamados ni quejas ni suspiros, que le hicieran volver la cabeza, cual si abrigara el instintivo temor de los peregrinos de la leyenda persa que se volvieron de piedra.

Carmen, Rosa, Clelia, Blanca, María... Los nombres le cantaban como un verso armonioso y cabelleras de seda, carnes blancas y morenas, ojos ardientes y lánguidos, bocas rojas y matorosas, temblaban cual si lo acariciasen y le enviasen besos dichosos y apasionados.

¡El amor!

Gustaba el amor y no separaba de los labios la copa del néctar divino, como si temiera que alguien le pudiera robar su embriaguez deliciosa.

El camino virgen lo había cegado hasta para el ideal.

Como despertándose en alguna de sus células cerebrales, una tenaz reminiscencia de la ilusa hora quijotesca, le agitó en el recuerdo la bandera roja de sus sueños humanitarios; le flameó sobre la cabeza la arenga heroica...

Era inútil.

Él no sentía, no veía; ardía en la llamarada de su juventud, ebria de la frenética música de la Vida!

RAUL y Alma no cambiaron, no podían cambiar de manera de vivir, pero le dieron un compás de espera a su ritmo acelerado, como respetando el dolor que los cercaba.

Ellos fueron los emisarios en la casa de los abuelos, en la cual también había dolor y quizá más intenso porque aquellas existencias crepusculares, concentradas en la intensidad de las remembranzas, no distraídas en el íntimo roer de los pensamientos, eran todo espíritu y, en consecuencia, más propensas a ser presa de la tortura, que los jóvenes desvían con las heterogéneas preocupaciones de sus vidas dinámicas.

Doña Jovita era quien, polarizando todos los dolores, sufría más.

El señor Gijón, limitado y fanático, gozaba alguna compensación: la de que Jacintito se salvaba; probaba la superioridad de la religión y enseñaba a su familia que, con sus principios y su orientación se superaba el nivel de bajeza moral y de materialismo sensualista en que se debatían.

Carmen se martirizaba en su sufrimiento.

El abandono del amante no la preocupaba, no la afectaba.

Al contrario.

Dado sus ideas y su temperamento, como así mismo la constatación de sus sentimientos, que no eran los del verdadero amor, era lo mejor que le podía suceder.

El muchacho, con el pretexto de su imprenta y su librería, no estaba jamás en casa. Se lo pasaba haciendo compras, dirigiendo las instalaciones, corriendo trámites para organizar su empresa.

Notaba que su padre, por más que intentaba disimularlo, adoptaba con él, hasta en la más baladí de las conversaciones, una especie de estiramiento, de frialdad, de prevención, que lo cohibía.

Él lo amaba y lo respetaba, conociendo su bondad y las duras pruebas a las cuales lo sometiera la vida; le guardaba esa admiración que complementa el afecto para hacerlo capaz de resistir cualquier prueba o cualquier análisis.

No ignorando sus crisis morales, sus luchas íntimas, la rectitud y la nobleza, que esperaba lo ayudasen a impartir la lección ejemplar en que soñaba abrevaran sus hijos, y sintiendo quizá más que ninguno su influencia que, con todo, no le había impedido transgredir sus leyes, estaba siempre ante él como ante un juez o ante una conciencia.

Le huía deliberadamente; se le acercaba solamente cuando había otra compañía que le permitiese desviar la mirada de las pupilas francas, claras y abiertas del hombre que había aprendido a mirar en los ojos.

Le temía.

Sentíase humillado, rebajado, y adivinaba que su sola presencia lo haría sufrir.

Una noche no pudo más.

—Papá, he hecho mal!, he hecho mal!... ¡Tú debes avergonzarte de tus hijos, y más que de ninguno de mí! Te pareceré un vil, un indigno, un canalla! Hay acciones que aparentemente no tienen justificación. A pesar de ello, yo no soy un desalmado... Ya ves, no he tenido coraje de continuar callado, eludiendo hipócritamente una aclaración que tú has tenido la extrema delicadeza de no exigirme...

—...Papá, yo te explicaré: fué impremeditado, imprevisto...

El padre le hubiese pedido que callara, que él sabía, que él comprendía, que él perdonaba!

Pero no podía dar a entender que aquel tormento inquisitorial le renovaba alguna vieja fechoría, que él no había purgado, y que, asistía a las revelaciones como el asesino a quien se le reconstruye friamente un crimen feroz, que él ya ha confesado y quisiera poder empezar a olvidar!

—¡Un viento de locura! Algo que llegó, inesperado, se adueñó imperiosamente de mí, me hizo su instrumento inconsciente!...

Me hizo saciar salvajemente un hambre de instinto, más que como una fiera domesticada que vuelve a su naturaleza primitiva, como una que despierta y no sabe lo que hace!... Y no creas que no lo he lamentado, que no me he arrepentido, que no he meditado atormentadamente en el hecho, en mi respon-

sabilidad! Pero yo, contigo, quiero ser de cristal, transparente; que tú sepas todo lo que me pasa y así me castigues o me condenes o me mandes lo que debo hacer!

El muchacho se excedía en las palabras. Configuraba dos fenómenos, dos exageraciones psicológicas: una excitación cerebral que le impulsaba a justificar, dramatizando y magnificando con frases sonoras su "falta" y una no controlada necesidad de superarse en las promesas, en la bondad, en una especie de heroísmo moral, que, tomado al pie de la letra, lo conduciría a la más sacrificada solución.

El padre hubiese deseado que se postergasen indefinidamente las explicaciones.

Lo había oído como renovando fibra a fibra una sufrida operación quirúrgica, repetida minuciosamente en una despierta alucinación trágica.

Y lo peor que no podía quedarse callado ni encontraba conyuntura para cortar o ponerle fin a la escena.

Sin mirarlo, con la cabeza gacha, la mirada fija y opaca, obstinadamente en un rincón, habló maquinalmente:

—Desgraciadamente eso ya ha sucedido... Sí, hijo mío, comprendo... Pensaremos buscar un remedio...

Luego, para sí, resolvió de esta manera su posición:

—Es la vieja culpa, la criminal herencia!... Yo los generé a todos en el pecado... hay una parte de

ellos, como una fuerza excesiva y ardiente, que se debe gastar como la enorme energía sobrante de los niños... Malos humores que deben encontrar una salida... A mí me ha parecido que no podía, que no debía encerrar dentro de sus cuerpos el mal...; que había necesidad de darle vía libre, aunque de rebote nos hiriese, nos torturase, nos mordiera con el dolor que purifica y regenera.

Mezquina tierra cubierta de cizaña, de mala hierba, de cardos y de espinas, a la que va a quemar implacable el fuego que limpia y fecunda!

No se atrevía a traducir en frases su íntimo soliloquio, porque aún temía sus proyecciones.

Ignoraba si había llegado la hora.

El muchacho, abrumado de pena ante la reconcentración impenetrable, le tomó las manos, suplicante:

—Perdón, papá!...

El le respondió:

—Quién me autoriza a mí a perdonar?

Y completó:

—Si yo también tengo que pedir perdón.

* * *

Una carta de Jacintito, en la cual se humillaba, reconocía la puerilidad de su soberbia y suplicaba tolerancia para su decisión última, le rogaba al padre le conservase su cariño y disculpara sus "muchachadas". Le pintaba su estado de espíritu confiado y sereno y la paz interior que conseguía con su fervor

y su aislamiento. Le manifestaba acendrados deseos de tenerlo unos momentos cerca, y de verlo y, especialmente de hablarlo, a cuyo efecto le pedía fuese el domingo a Lezica, a visitarlo.

* * *

Por ese entonces a Carmen se le reveló la realidad de su estado.

Primero intentó refugiarse en una vaga esperanza, que pronto hubo de dejar sitio a la evidencia.

La conciencia del inesperado caso la anonadó.

Un desorientamiento total le oscureció la inteligencia, y sin iniciativas, sin resoluciones, se abandonó a un desgano, a una languidez, que la hacían permanecer largas horas muertas en un sillón o acostada, sin ideas, o con la vaga de un extraño ensueño, que le sonreía con la promesa de una ternura desconocida.

En la casa atribuían el malestar a las desazones morales, al dolor de verse alejada de su familia y a su preocupación por la salud de sus mayores, tanto como por su propio mañana.

Para distraerla se propusieron llevarla a Lezica, cuando fueran a ver al seminarista.

Aceptó con el secreto propósito de confiarse con Jacintito que, por su inclinación mística y la senda en que se había encauzado, parecía el más indicado para que la confortase y la aconsejara.

En Eliseo, a quien no veía casi, no había que pensar.

De Alma, a pesar de ser mujer; del mismo Raúl,

a quienes sabía profundamente buenos, pero sin la hondura moral y sin la consecuencia que da el carácter a las propias ideas, no tenía la menor confianza.

Volver a hablar con Morano sería morir de vergüenza.

Y ya, a esa altura, el porvenir comenzó a volverse amenazador, grávido de incógnitas.

De todas maneras ella estaba dispuesta a hacerle frente a la vida.

En su femenina debilidad formábase un temple inesperado, nacía una fortaleza que le generaban una confianza y un optimismo tan tranquilizadores de darle la sensación de que manos y brazos cordiales la acogían y la protegían, de que voces anegadas de amor le infundían una valerosa y firme serenidad.

Es que empezaba a surgirle la conciencia de otro deber.

No pasó por su mente de mujer sana la idea cobarde y criminal de ocultar lo que no terminaba de dejar de considerar una "falta".

Medía la enormidad de lo que podía ser su combate tan desigual, el de la mujer sola e inerme contra el acorazado prejuicio armado de todas sus armas, de todos sus refinados instrumentos de tortura, desde la condenación en nombre de los principios religiosos, hasta el aislamiento y el repudio invocando los imperativos morales y los invulnerables fueros de la sociedad.

Un momento se había visto pequeñita, temerosa de todo; humilde ser desventurado, perdido en un mundo sombrío y hostil.

Era como una noche sin aurora, pero ya creaba valor, le nacían fuerzas, cantos y claridades, cual si le vinieran del divino cielo, de la ruda tierra, de dentro de ella en la fatal eternidad del amor, e invencible, alzaba —invulnerable, maravilloso escudo— un poemita de carnes rosadas y tiernas y la luz purísima de una pupilas vírgenes e inocentes!

U NO de esos nuestros primeros, dulces domingos de Octubre, de altos cielos azules, de aire tan traslúcido de recortarse las cosas con una nitidez cruda, cual si estuvieran iluminadas a contraluz; en que los boscajes de innúmeros árboles frutales, de esbeltos eucaliptos azul marino, de olivos plateados y alguna graciosa palmera decorativa, diversifican las perspectiva con una inverosímil riqueza de tonalidades; en que los viñedos geométricos alternan con sus listas violeta la frescura de sus pámpanos; en que durazneros y guindos, cerezos y manzanos ponen la maravillosa nota de poesía de sus flores rosas y blancas, con una leve y aérea gracia femenina y lírica; en que la brisa intenta acariciar, volviéndose un aliento tibio... la familia de Morano fué a visitar al recluso de Lezica.

La llanura, que sería monótona sin las quintas, los chalets coloridos y alegres, los plantíos, los arbolados, lucía bajo el sol, como lustrada.

La carretera, enflaquecida de perspectiva, jugando con sus plátanos a unirse en el vértice de la lejanía, fumaba su polvo blanquecino y a pesar del vertiginoso huir del auto —cuyo volante iba en manos de

Alma— sintieron calor hasta que se hundieron en la umbría de los túneles, densos de perfumes vegetales y salubres, de las extensas avenidas de eucaliptos de Colón.

Los viajeros suplicaron a la chofer que atenuara la carrera para gozar la frescura de los árboles. No contentos con ello descendieron para hacer a pie unas cuadras que se alargaron hasta la verja del colegio a donde se dirigían.

Penetraron por el gran portón, —abierto el día de visitas—, y cuando se anunciaban en el hall e indagaban el camino para encontrar al pariente, una voz familiar les dió la bienvenida.

Jacintito, flaquísimo, con una transparente palidez de cera, los ojos hundidos, agitando los largos brazos de espantapájaros dentro de su desgarrada sotana negra, que, respondiendo a sus movimientos, hacía pliegues desordenados cual si vistiese a un palo, los impresionó fuertemente.

El padre lo abrazó conmovido:

—¡Hijo querido!, cual si lo volviera encontrar...

Él lo besó, respondiéndole con una vaga interrogación sorprendida:

—¿Qué?, papá...

Morano optó por guardar silencio, pues le hubiera sido difícil y complicado poder explicar sus sensaciones. Aprensiones tristísimas lo envolvían. Despertaba de la obsesión de que había perdido definitivamente a su muchacho, de que había muerto y ahora mismo, en aquel ambiente de una helada sobriedad, frente al traje sombrío y la lividez enfermi-

za del joven, le parecía que estaba mirando a un amarillo y demacrado Lázaro resucitado.

Él se había alejado respondiendo a la efusión de la tía y hermanos que lo acariciaban.

Entraron por los corredores, por las corsías blancas, limpias, con cierta sequedad desolada, característica de esas enormes construcciones —claustros de estudio, hospitales, cárceles— donde una excesiva preocupación de higiene deshumaniza con su melancólica frialdad los muros y paredes, sobrados de pulcritud cuanto faltos del humano calor de un hogar, porque son de todos y no son de nadie.

Oprimían como la contemplación de un martirio.

Un aliento helado, de tumba, parece debía correr bajo los pórticos, por los corredores interminables, en los glaciales y vacíos salones.

Daban la sensación de esas rígidas arquitecturas que se ven en las pinturas de algunos neoclásicos.

Todo era seco, preciso, matemático.

Faltaba esa atmósfera palpitante, viva, que nace de la presencia de la mujer.

Pasaban siluetas negras de seminaristas, de a dos, de a tres, de a cuatro, con los parientes, con los amigos, hablando, riendo, discutiendo, con la mayor naturalidad, en contraste con la idea que se hacía el visitante inexperto que, con toda lógica, suponía que el apartarse de aquellas juventudes de la vida normal debía, irremediamente, transformarlas en entes cabizbajos, reconcentrados y fúnebres.

Empezaron a pasearse con su visitado, a realizar

primero el consabido conocimiento del edificio; subieron y bajaron escaleras, fueron a las aulas, a la capilla solitaria e inexpresiva, se sentaron en uno de los patios y Carmen se hubo de declarar que era imposible hablar a solas con su sobrino, como era su propósito.

El intentar apartarse con él, de seguro llamaría la atención.

Luego la cohibía su aspecto de exagerada mansedumbre o de estirada seriedad.

Otros momentos le producía una impresión cómica, viéndolo envainado grotescamente en la informe sotana, imaginando que de pronto con bufa compunción, comenzaría a bendecir a todos en tono de burla.

Tales contradictorias sensaciones le amargaron la excursión y ni después, cuando salieron y volvieron a pasear por las bellas y umbrías avenidas de eucaliptos, se sintió soliviantada. Al contrario, una sensación de angustia, de incertidumbre y de cansancio, le hizo, por primera vez, ocurrírsele ideas de renunciación, de alejamiento del mundo, de olvido y de calma.

El regreso fué más silencioso.

Cada uno iba mirando sorprendido en el espejo de la propia alma el reflejo y las reacciones de los acontecimientos a que asistieron.

Los muchachos, —desbordantes de vitalidad, ansiosos de las promesas y de las esperanzas del mañana—, se extrañaban de la vocación del hermano, tan opuesta a sus temperamentos e inclinaciones, pero callaban, respetando la reflexiva mudez del padre y el doloroso silencio de la tía.

Carmen perdía la fortaleza combativa, creyendo conseguir una serenidad estoica.

Morano naufragaba en sus tribulaciones:

¿Se determinaría a oponerse resueltamente a la decisión de este hijo?

Lo había "encontrado"; resolvería perderlo para siempre?

Contemplar, no era contemporizar?, comprometer sus ideas liberales?

Cuando llegase a admitir aquello, casi a aprobarlo, no sería del caso aproximarse más al religioso?

Combatirlo... Tolerar... Llegar a la indiferencia absoluta...

Terminaba por resolver:

—Tengo una pesadez, un cansancio... Debo estar enfermo...

Sin el hábito del pensamiento y la reflexión, tenía la torpeza de quien se encuentra entre manos un maravilloso instrumento desconocido.

Debe existir un oculto resorte para que no sólo lo ponga en movimiento sino le provoque la máxima eficacia.

Hombre pequeñito frente al enorme misterio de la verdad.

Él procedía a tanteos, como un ciego.

O, más a menudo, como debían hacer los primitivos bajo la influencia del miedo, se acurrucaba en la sombra de la irresolución y la impotencia.

XXVI

AL día siguiente Alma y Raúl fueron a llevar los besos de Jacintito a los abuelos y a rogarles lo fueran a ver, obedeciendo a su pedido.

Enterándose de que Carmen no se sentía muy bien, doña Jovita volvió con ellos para verla y cumplir su delicada misión de iniciar las gestiones de acercamiento.

La huésped estaba instalada en la habitación de Jacintito, cual si simbólicamente buscara la protección del Cristo que, desde el muro blanco, abría los brazos sangrantes, laxos, exangües...

Doña Jovita penetró en la estancia y la muchacha, que estaba tumbada en la cama, extenuada en una lánguida pereza, se levantó, vencida, dominada ahora por una necesidad de protectora ternura y no pudo contener las lágrimas.

—Mamá querida!

Lloraba quedo, como con temor de que su llanto fuera a empañar de tristeza la límpida inocencia del ser que venía, cual si no estuviera convencida que había conquistado el derecho de ostentar su pena.

La señora la consolaba, la conformaba.

Luego, —porque aquel dolor le desgarraba el corazón—, se vió precisada a prometerle que muy pronto se solucionaría todo.

Ella, entre sollozos, amargamente, puntualizó:
—¿Todo?

Y temiendo quedarse de nuevo con su secreto enorme, dando rienda suelta a su desesperación, se arrojó de rodillas, abrazó las piernas de su madre, quien en su confusión no atinaba a nada, y le suplicó:

—¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón!

Tuvo que ser explícita, narrando el proceso de su amor ignorado, la defensa de sí misma más que de lo exterior, sus desfallecimientos, sus debilidades y aquello, inexplicable aún, imprevisto y fatal.

—¡Carmen!, exclamó la madre, como si aún la pudiese contener.

Volvió a repetir su nombre con la desesperada sensación de constatar un hecho irremediablemente sucedido.

Sin un camino de salida, la muchacha aliviada por la confidencia, la señora abrumada por la revelación, ambas estaban como entre una niebla opresora y opaca.

La madre fué la primera en reanudar la conversación:

—¿Y él?

—....

No había que pensar en el muchacho que, desde hacía una semana, estaba en Buenos Aires, realizando las adquisiciones necesarias para complementar su instalación comercial-industrial.

Doña Jovita se cubrió los ojos cual si no quisiera ver el fantasma terrible de su esposo en el colmo de uno de sus arrebatos de ira.

A Carmen le había vuelto aquella tranquilidad, que a momentos la sorprendiera, —por no creerse capaz de tanta entereza— precisa, lúcida, cual si no estuviese a su cargo el doloroso papel de heroína del drama.

Nitidamente definía la actuación y la responsabilidad del mancebo.

Era un disparate hacerlo responsable del ciego impulso natural de una oscura fuerza que despertaba.

Él no la amaba, no la había amado nunca; quizá se había engañado y aunque el error provocaba tanta maña y terrible consecuencia no sólo era absurdo ligarlo a su víctima, obligarlo a una unión que no podía ser sino repudiada, sino que volveríase una doble equivocación aherrojar su juventud con el lastre de una compañera, que, si ya no lo era, muy pronto se le volvería odiosa e intolerable.

Luego, desde el punto de vista social, el matrimonio presentábase como absolutamente imposible. Aparte de la diferencia de edad, que en otro caso se podría superar, presentábase el parentesco, el cercanísimo parentesco, barrera infranqueable para los religiosos de la familia que lo condenarían si no como un incesto como una alianza monstruosa.

¡Tía y sobrino!

* * *

A esa altura no había que detenerse a juzgar, a desentrañar lo criticable o condenable de lo acaecido: era preciso obrar, tomar una decisión neta.

Madre dos veces, la abuela no podía tener en su alma sitio para concebir el crimen de malograr una vida en germen.

Concibió la única salida del intrincado laberinto, que la muchacha se ausentase de Montevideo, un tanto por la sociedad, y un mucho por don Mariano, a quien el vislumbre de lo acontecido lo habría fulminado.

Proyectado el alejamiento, era necesario darle todas las apariencias de lo normal.

Recordó que en el multiplicarse de proyectos que pasaran por la mente de su yerno, se encontraba el de retirarse al campo con sus hijos para dedicarse a tareas agropecuarias.

Era una magnífica oportunidad.

Terminaba por esos meses el contrato de arrendamiento de sus campos y si llevaba a cabo sus intenciones encontraba un fácil recurso para realizar sus planes.

Se iría allá con los hijos, quizá hasta con Jacintito, a los cuales les haría mucho bien aquella paz y aquella tranquilidad y llevarían con ellos a Carmen.

Luego no faltarían pretextos para un viaje al Brasil, a Porto Alegre o a San Pablo, si era preciso.

Con su marido ella arreglaría bien el asunto.

Se podían ver antes de la partida y separarse, ya reconciliados.

De lo demás se encargaría el tiempo, "il tempo galantuomo", al decir de los italianos, que impone la verdad y la justicia, pero que también trae entre su gran corriente indetenible la cancelación del olvido.

No debía postergar la decisión.

Le pidió a la hija:

—Lámamelo a Morano.

—¡Mamá!

—Hija, no queda otra solución que hablar con él.

* * *

Vino el reclamado.

—¿Qué pasa?, doña Jovita; ha encontrado arreglo?

—Es algo más grave.

—¡Más grave!... ¿Qué sucede?

—Tienes que echar mano a toda tu reserva de calma, al dominio de tí mismo. Necesitamos tanta sinceridad quizá como bondad...

—Confíe en mí.

—Tú estás enterado de lo que sucedió entre Carmen y Eliseo?

—Sí... desgraciadamente, sí, señora.

—¿Y sabes?

La atribulada dama sufría una indecible mortificación; la abochornaba la vergüenza.

Morano fué en su ayuda:

—Ahórrese la angustia y los circunloquios; lo sé todo.

Ella, como su hija, debió insistir con el propósito de evitar construir sobre un probable equívoco:

¿Todo?

—Todo... A menos que haya alguna imprevista novedad.

—Me refiero a las consecuencias...

—¡Consecuencias!, acentuó él la palabra, recalcó: ¡Consecuencias!?, terminando por interrogar... Pensando que Eliseo podía haber vuelto sobre sus pasos, que los amores, la relación podía reanudarse...

Y otra vez, como al conocer la primera noticia, sintió estrujársele el corazón.

Había quedado pálido, desconcertado.

La señora comprendió que era ineludible llegar hasta el fin, aunque le revelase lo que para él podía ser notorio:

—Hemos de tomar medidas para ocultar eso; hay que hacer salir a Carmen de Montevideo.

Él aprobaba maquinalmente con la cabeza.

Callaba.

Estaba ausente.

Envuelto en un torbellino de reflexiones, de escudriñamiento del pasado, en un hurgar tenaz de sus más oscuras y recónditas ansias.

¡Era él, era él, el culpable!

La suegra le exponía con precisión su pensamiento.

Como él continuaba ensimismado, ella le urgió una respuesta.

Cual si volviera de otros mundos, de extrañas regiones donde no existían nuestras costumbres, nuevas ideas ni nuestro lenguaje, él se revolvió, sin frases, sin sentido, sin comprensión...

—¿Qué?... Qué me decía?

Se repitieron las palabras, casi inútilmente.

Es que lo que ahora pensaba el hombre, contorneando un sacrificio heroico, se remontaba hasta alejarse de todas las mezquinas y más o menos inteligentes soluciones.

Se cansaba doña Jovita de continuar sus explicaciones cuando obtuvo contestación:

—No... no... no... no se puede... Ayer, ayer no más he renovado los contratos.

—¿Y entonces?, reclamó ella desolada. ¿Y entonces?!, suplicó con la voz transida de desesperación.

Morano volvió a hablar, esta vez con gran naturalidad:

—Me voy a Europa con los chicos y Carmen nos acompañará.

Era una solución, pero surgió el inconveniente, la dificultad:

—¿Y si se opone Mariano?

—Tranquilizaremos a todos. En ese caso cumpliré hasta el fin mi obligación. Aunque sea aparentemente: daré un padre a ese nuevo ser que lo necesita.

—¡Tú!, no pudo contener una exclamación de sorpresa y de admiración la señora.

—Sí, doña Jovita, y disminuyendo la trascendencia y hasta la nobleza de su acto, explicó: es un deber, mi sencillo deber...

—¿Tu deber?

—Pero, naturalmente. Lo extraño es que ni a mí ni a usted se nos haya ocurrido antes.

—No partiendo de tí me hubiera parecido exigir-

te demasiado. Naciendo de tí es aún más grande y compruebas lo que yo siempre he pensado: que eres muy bueno!

Él parece que no reparaba en el elogio...

—Sí, debemos ganar tiempo... iré hoy mismo a pedir su mano al señor Gijón.

—Gracias, Jacinto! ¡Cómo te he de agradecer!

—Ni una palabra más, señora. Repito que es una obligación... pagar con lo mínimo una deuda... Todo residía en dar con la manera de cumplir.

Como la asaltó una duda respecto a la independencia de su hija, aventuró la señora:

—Creo que Carmen no opondrá ningún reparo.

—Si usted la quiere consultar... A pesar que para ella y para mí eso no será sino una fórmula...

Y como, por pudor, por delicadeza, no se habían detenido en el proceso de "aquello", ahora que le encontraban una solución, al padre le pareció que completaba su decisión aclarando sus conceptos y colocando al principal protagonista en el sitio que le correspondía; aclaró:

—Ella se vió envuelta como en esos remolinos de los ríos que están esperando que caigan en sus garras los inexpertos nadadores... Eliseo, el pobre muchacho, —sin que yo quiera defenderlo ni justificarlo—, en el suceso es un irresponsable, casi una víctima...

A pesar de su bondad, la madre acentuó un gesto de sorpresa.

Jacinto lo notó:

—No me extraña que lo que digo le parezca raro... ¡Es tan complejo esto!... Para explicarlo,

para aclararlo se necesitaría quizá más luz de la mediocre que poseo...

* * *

Interrumpieron la plática para reanudarla en el patio de la casa Gijón, pues don Mariano, que se había vuelto muy paseadero no había regresado de la calle.

—Les hubiera hablado del viaje a los muchachos.

—A Almita y Raúl?

—Sí. Dado que no encontrábamos a mi marido.

—Les parecerá un sueño. Recibirán encantados la noticia.

—Y Jacintito?

—Él me habló que para el año que viene irá en una peregrinación a Tierra Santa...

—Se querrá preparar...

—Eso es.

—Y Eliseo?

—Eliseo quedará, naturalmente. Había que descartar su compañía. Él, por su cuenta, hubiera resuelto restar. Ha descubierto otros caminos. Parece que, liberado de las veleidades juveniles, ha tomado muy en serio su imprenta y su librería...

...Ha tenido un minuto de extravío, pero es bueno hasta el punto de que me obedecería si considerásemos necesario que él reparase su "falta".

—No era lógico.

—Natural.

—Como tú dices, —sin justificarlos—, hay que explicarse los hechos...

—¡Pobre muchacho! ¡Pobres todos! Cayendo nosotros en la frase conmisericordiosa... Uno divaga a veces: si volviese a nacer, si me tocase vivir de nuevo haría ésto, evitaría aquéllo, realizaría lo otro. Absurda ilusión. Al mundo venimos a vivir. Y esa mezcla de errores y de aciertos con los cuales matizamos nuestra existencia forman el vivir... La vida es un arma peligrosa: herimos, nos hiere... Es imprescindible exponerse a los peligros, a las emboscadas, a los dolores, para conseguir la parcela de felicidad que nos es dable gozar.

La juventud es como una vasta zona envuelta en llamas, incendiada, por donde debemos pasar, cuidando de conservar intactas nuestras alas!

Ese incendio y esa salvación, nos prueban.

Lo que los hijos traen de nosotros ha de despertar y vivir.

Nuestras pasiones, nuestros instintos, nuestros impulsos desenfrenados, reviven.

Una flora lujuriosa e indomeñable surge y cubre y arrasa todos los caminos.

¿Cómo contener las fuerzas naturales, cómo extinguir esas llamas?...

Si yo mismo he de declarar que arrojaba inflamables al fuego, exaltándome en las ideas de Eliseo, emocionándome con el entusiasmo de Raúl, encontrando un goce perverso en los amoríos de Alma!... El mismo Jacintito me parecía calcado de un rincón de mi alma y era que yo no había terminado de vivir todas mis vidas!

No sé, a momentos temo no expresarme con suficiente claridad.

—Continúa, te oigo con interés, hijo mío.

—Nosotros tenemos que agotar nuestras fuentes vitales para entrar, si no en el ocaso, en la calma física. Esto todos lo saben, como se conocen tantas teorías o tantas precisas y lineales formas de vivir que enseñan las morales y las religiones... Lo otro es lo difícil, el ajustar el paso a los cánones; el consumir equilibradamente lo espiritual y aprender a ser viejos en el verdadero sentido de la frase.

Insisto en que la moral no se enseña, se siente...

La ideas morales son como anclas que llevan y traen las mareas y las tempestades, dificultándoles el arraigo. Deben morder en un fondo que posea alguna consistencia... Si encuentran limos movibles los garfios apresan esa materia correosa y blanduzca, que debe equivaler a los propósitos sin cimientos...

La buena semilla no prende bien sino en la buena tierra!... Aunque es verdad que ésta se puede preparar...

Jacintito se ha elevado para atravesar en un vuelo la zona de peligro.

La ha eludido.

Pero, quizá con ello, ha eludido la mitad de su vida.

Yo he sido un inquieto, un atormentado y lo malo que más en la carne que en el alma.

No supe apreciar la grandeza de Laura y de ahí dimanaban todos nuestros sufrimientos.

Lo que nos falta a los hombres es el concepto de la responsabilidad.

Nos creemos con derecho a goces, alegrías y placeres, a triunfos, a conquistas, a aplausos, y no sabemos u olvidamos que, por ser seres superiores, y a medida que lo somos más, se multiplican nuestros deberes.

Pero de ésto hay que tener conciencia, madurarse.

Yo, en mi desorientación, no he sabido siquiera enseñarlo.

Ahora voy a entrar, realmente, en el aprendizaje nuevo.

Y el culpable acentuaba sus faltas, cargaba de sombras el cuadro, continuaba su confesión dolorosa como con el placer de humillarse, exhibiendo todas sus miserias, sus fallas, sus lacras morales.

La señora pensaba en su marido: lineal, austero, de una pieza.

Se sorprendería el señor Gijón con la imprevista novedad, pero, como sería encarada dentro de las conveniencias sociales y es posible entrase en sus puntos de vista para definir la situación un tanto equívoca de Carmen con respecto a Morano, quizá refunfuñase un poco, pero terminaría por aceptarla.

* * *

—No sería preferible que yo preparase el terreno?, interrogaba doña Jovita, un tanto temerosa de las reacciones de su marido.

—Oh, no..., espero hasta volverme elocuente para convencerlo, bromeó el yerno.

Y así fué.

—Este hombre ha cambiado mucho, comentaba don Mariano al referirse a la entrevista...

—Esa es la más juiciosa manera de poner término a esa difícil situación.

—No pienso en milagros, pero que aquí anda la mano, verdaderamente santa, y la influencia de nuestro querido nieto, de Jacintito, no tengo la menor duda.

* * *

Alma y Raúl condujeron a Carmen a su casa y, alborozados, saltaron de gozo alrededor del abuelo, hablando del viaje a Europa y al anuncio de la promesa de una fuerte suma de dinero que les regalaría, con la condición de visitas a la virgen de Lourdes y a diversos santuarios...

La chica, con las estadas en las ciudades elegantes y alegres y en los balnearios y sitios de invernada a la moda, se prometía una vida rica en aventuras, la frecuentación de los dancings y cabarets, en fin: sacarle el jugo y la quintaesencia a la oportunidad.

El pintor soñaba ya con las pinacotecas de Madrid, de París, de Munich; con el encanto de las viejas ciudades prestigiosas y gloriosas Toledo, Florencia, Brujas, Siena; con el ambiente fermental y sugestivo de los cafés de artistas, de los "ateliers" de París y Berlín.

El ya había vadeado los innumerables arroyuelos

de las escuelas audaces y había demostrado buen ojo y buena mano. Ahora las dos lecciones que lo esperaban, la del exasperado modernismo de los nuevos con sus exageraciones y su agresividad, a veces tan de "manera" como su denominación de "fieras" y el sereno remanso de lo clásico, contenido, armonioso y puro, lo rendirían en todo su valor y vigor, completándole y perfilándole la personalidad.

XXVII

EL casamiento se realizaría de inmediato y la partida para el viejo mundo no aguardaba sino la consumación de la ceremonia.

Eliseo, vuelto de Buenos Aires, enterado de lo resuelto, lleno de devoción y admiración, abrazó a su padre.

No descubriendo sino los aspectos exteriores, lo que tenía atingencia directa con el drama, no podía valorar la grandeza del gesto de aquel hombre que había tenido la superioridad de no solamente acallar sus sentimientos y enmudecer su dolor, sino superar a éste con un heroísmo que no le iba a dar nunca la satisfacción tan humana de ser apreciado.

El muchacho, aún no curado de su propensión palabarrera, iba a expresarle sus conceptos, cuando el genitor lo detuvo:

—Nade de frases. Tú ya eres un hombre. De todas las acciones, si son buenas, hay que desentrañar una enseñanza; si son malas, una prevención. Ya que antes no pude con obras o con rectas lecciones encaminarlos, formarlos, desearía ahora poder servirles en algo con mi vida.

—Papá, yo también quiero encarar con seriedad

la vida... Por ahora, ya ves, voy a trabajar... Para que se olviden las muchachadas...

Los abuelos se trasladarían a casa del yerno, donde pasarían el verano, haciendo, de camino, compañía al mayor de los nietos, que quedaría solo.

Con respecto a éste, el viejo Gijón no desarmaba.

Transigía con lo de acompañarlo porque acariciaba la esperanza de que su sola presencia ya podía influir, hasta como sujeción, sobre el carácter y los disparates que el revoltoso tenía en la cabeza.

Siempre lo trataba con prevención y lo tenía un poco a distancia, remarcándose lo antagónico del proceder de la abuela, quien, pese a estar enterada de los pésimos antecedentes del muchacho y hasta de su última hazaña, —que era imperdonable, pero a la cual ella misma le inventaba atenuantes—, no podía ocultar sus preferencias por el primogénito de su Laura.

A Alma, de improviso, se le había ocurrido terminar su segundo año de derecho antes de partir, previendo que en sus cursos de la Sorbona era probable se definiese su vocación, que hasta ese momento no consistía sino en vivir y divertirse.

Raúl hasta había despedido las modelos, imbuído de su novel fiebre de preparativos y proyectos.

* * *

Desde Lezica, Jacintito, menudeando las cartas, manejaba y dirigía a su abuelo.

Morano adquiriría un júbilo, una serenidad, una ale-

gría de vivir que hacía largos años no experimentaba.

Carmen era la única que, cuando no se reconcentraba y vivía consigo misma, tejiendo su dichoso sueño maternal, debía ocultar sus sentimientos y hasta aparentar una felicidad exterior ficticia.

Porque aún amaba y porque tenía más razones de amar, sufría.

Dolía engañar a los que la rodeaban y hubiera preferido que su futuro esposo hubiese sido menos noble y menos alto para no verse obligada a continuar rindiéndole un silencioso culto.

Ella lo había amado porque su corazón rebosante de ternura, porque su femenina sensibilidad la impulsaban ciegamente a buscar un ser que le devolviese en cariño la eternidad de su espera.

Había influído en su inclinación algo del prestigio un tanto romántico y un mucho perverso del conquistador.

Para una niña honesta y para una muchacha de su medio ambiente, aquello era un poco un fruto prohibido.

Cuando él superó su natural inclinación, torciendo voluntariamente su idiosincrasia, cuando sus solicitudes y sus amabilidades dejaron de resentirse de un subrayado de deseo, cuando se ennoblecía la inclinación sensual, idealizándose en un sentimiento más elevado, tuvo un más exigente imperativo para amarlo.

¿Y ahora?, luego del gesto sacrificado y heroico de la dignificación de toda su vida haciéndose responsable de una culpa ajena?

Ahora lo había perdido definitivamente a cambio de un minuto de deleznable goce, de un falso e inconsistente simulacro de amor... Sin perjuicio que el segundo fatal, —de tan graves consecuencias—, fué también consagrado a él, porque jamás él dejó de ser el ídolo, primero adornado de supuestos atributos y virtudes y en el presente aureolado de su proceder ejemplar.

Tuvieron una vaga explicación.

Se hablaron a oscuras, en el patio, sentados un poco lejos.

¡Qué diversa de las otras entrevistas en las cuales aunque no se dijeran nada, se adivinaban las miradas, las significaciones especiales que le daban a los simples y familiares giros de la conversación!

Ella como una abeja, con su cosecha de frases, se iba a retirar a la silenciosa soledad de su estancia, para destilar mieles con la alquimia del sueño...

Él quizá se llevase algo con que confiar y esperar...

Ahora la última plática tuvo la frialdad de lo que no posee futuro.

Ni uno ni otro encontraban la frase adecuada, el giro exacto, que no hiriesen, que no rozasen las hiperstésicas sensibilidades de las heridas aún abiertas.

Él tenía una voz sorda, lenta por exceso de conmoción.

Ella, desesperada de no atreverse a descubrir su alma, lloraba en silencio.

Luego agradecía, porfiada, insistente.

Ponía un apasionado fervor en exaltar su acción.

Él la disminuía, quitándole todo valor e importancia, no dejando transparentar el oculto roer de la angustia interior, no permitiendo se descubriesen las tormentas que hubo de aplacar, las abdicaciones de su albedrío, el humillado rendirse de su amor vergonzante.

Recordaban aquellos personajes de Romain Rolland que se buscan en las tinieblas, que van el uno hacia el otro y se detienen de uno y otro lado de una puerta, de una débil hoja de madera, que, sin embargo, sirve para impedir que lleguen a sus oídos los latidos de los corazones, la palpitación de sus juventudes!

—Era imprescindible que no cumplierse este deber!... Seremos como dos hermanos...

Algo interior incitaba a la mujer a protestar:

—¿Para siempre?... Ten en cuenta que yo no soy un cerebro que resuelve un problema... ¡Yo siento! ¡Yo soy de carne y hueso!... Yo pequé porque soy y porque era una criatura humana, un ser de ternura y amor!...

Pero moría la tentativa, no sólo abroquelada por la duda sobre la correspondencia de su sentimiento, sino estimando lo absurdo, lo bochornoso y humillante de una especie de declaración de amor que pudiese no encontrar eco.

Luego se interponía algo trascendente y enorme, el germen de una nueva vida; punzaba el recuerdo latente y se le cristalizaba la idea de que los acontecimientos habían torcido o malogrado sus afinidades.

Intimamente sana e influída, pese a sí mismo, por el clima moral en que se criara, conservaba un con-

cepto estrecho y severo respecto a la impoluta, a la inmaculada pureza con que la mujer debía presentarse al ser amado, aunque éste, —como en el caso de Morano—, fuera todo lo contrario de un dechado de virtud.

Era posible que, además, la contuviese otra influencia poderosa e ignorada.

Aquello que amaba por arriba de todo y aún a pesar de que se transformase en la más insalvable valla de sus sueños.

La angelical voz misteriosa acallaba todo otro reclamo; la liviana tiranía de aquello delicado y tierno, suave e imperioso.

Las carnegitas rosa, la purísima mirada de limpia inocencia, ahora se alzaban como una prohibición de lo que no fuera la sagrada misión de la madre.

Y calló, y sus lágrimas fueron de ternura.

* * *

El casamiento fué simple e íntimo.

No hubo ni invitados ni fiesta.

La novia lucía un sencillo traje de viaje y en el atardecer de ese mismo día se embarcaron.

Unas amigas de Alma le llevaron a bordo ramos de flores.

Ellas y los familiares eran los únicos acompañantes.

Jacintito, que muy gustoso hizo las paces con Eliseo, se despedía hasta el año próximo en que sus es-

tudios y la peregrinación les permitiría abrazarlos en Italia.

Reunidos en uno de los salones del barco, la despedida estaba a punto de naufragar en un verdadero duelo, porque don Mariano se puso a hacer consideraciones filosóficas sobre el que “no somos nada” y que ya estaba demasiado viejo y hubo necesidad de que el espíritu alegre de Alma se impusiera, yendo al piano y hasta cantando jubilosamente.

Hubo lágrimas y un sin fin de recomendaciones, una angustia de los que se quedaban en tierra agitando sus pañuelos y una depresión enorme en los que al ausentarse de la patria iban dilatando el cariño a lo que perdían aunque fuera pasajera.

* * *

Los viajeros habían tomado dos camarotes cercanos.

No se instalaron así, sino en el orden que correspondía, según lo habían dispuesto con anticipación.

En uno, ellas; en el otro, Morano y su hijo.

Se pretextó que Carmen iba enferma.

Ya se les darían explicaciones a los muchachos.

Como buscando apoyo mutuo, se reunieron en uno de los camarotes.

Les persistía en el ánimo la conmoción de la despedida.

Escudada en esa razón, Carmen desahogaba en lágrimas la continua y vaga angustia que la oprimía.

Alma trató inútilmente de consolarla y luego re-

solvieron sacarla a tomar el aire en los sillones de cubierta.

La arroparon con una manta porque la tarde, con la virazón, refrescaba.

Los hombres empezaron a pasear por los corredores, fumando.

Alma, inquieta, incapaz de estar un momento en un sitio, se disculpó con la tía y en una de las vueltas de los caminadores se les incorporó.

Paseaban callados.

La picazón de hablar de Alma le multiplicaba las preguntas.

—Para dónde irá aquel vapor?

—Y ese faro es de la Isla de Lobos?

—Hasta cuándo iremos en aguas uruguayas?

Las palabras reclamaron otras.

Saliendo del mutismo, se caía necesariamente, en los recuerdos de los seres queridos...

—Pobres abuelitos, Jacintito, Eliseo... A uno le parece mentira que hasta los hombres lloren...

—Bueno, se quedan tan solos...

—Qué lástima que siempre algo tenga que entristecer los buenos momentos.

El padre pensó que no supo repetirles a los hijos que quedaban sino:

—¡Sean buenos, muchachos!... ¡Sean buenos, muchachos!...

XXVIII

DE regreso del puerto, Jacintito, que esa noche dormirá en Montevideo, ha vuelto a su vieja celda y en ella, en un revivir de sus recuerdos, llora, débil y conmovido.

Cae de rodillas frente a su Cristo exangüe, luchando en vano por enhilar las oraciones que se le ocultan en un trágico agitarse de su alma angustiada, entre esa realidad inmediata —que no sabe si condenar o respetar— y rebeldes e indomeñables impulsos y oscuras ansias que, pese a rechazarlas y desconocerlas como suyas, le nacen en el alma con lujuriosa fecundidad.

* * *

Los abuelos, —el que ha atravesado su existencia escudado en su egoísmo y sus fórmulas inalterables, heladas y rígidas, y la que, maternal y dulce, ha ido como buscando y acaparándose el dolor con su corazón generoso, ahorrando a los demás las penas—, se han dormido, alargándose hacia la muerte.

* * *

Una juventud, bella, fresca, perfumada, cariñosa, la Novia —el amor, en fin— tiene un largo y cálido beso a flor de labios, para hacer de Eliseo un hombre que no tiene pasado... Ni remordimientos ni compromisos, ni ideas...

XXIX

EL mar hierve, negro y rumoroso, con un vago murmurio indescifrable.

Lo envuelve todo en su áspera humedad y lo impregna de su aliento y su olor primordial, amasado de exhalaciones de organismos animales y vegetales, de tierra, de la vida que, como ya una vez, puede volver a brotar de su matriz inmensa, espontánea y fecunda.

Está ejerciendo su honda influencia, formidable e ineludible, sobre aquellos ínfimos seres que el destino le confía como en un juego pueril y trágico.

El transatlántico avanza, seguro y silencioso, trepidando a veces en una especie de escalofrío, gimiente de hierros, cristales y maderas, por el esfuerzo titánico de sus turbinas poderosas.

Brillan nítidas, con las estrellas altas, con las constelaciones claras y remotas, los cuatro brazos luminosos de la Cruz del Sur simbólica.

Allá cuelga su torturante dolor Carmen, quien se adormece en el vago ritmo del océano, del vapor, de la noche.

Sueña.

En el primer plano de su visión, va vestida de no-

via, con su ramo de azahar, del brazo de Jacinto Alberto.

Cuando lo contempla, tan apuesto, erguido y viril, descubre tras los trazos precisos —aunque esfumados tras una vaga niebla— el físico, la sonrisa, la juvenil vehemencia de Eliseo.

No repara en ello, o mejor los ve todo uno, cuando debe pronunciar el sí, apenas perceptible de timidez, aunque resuelto, ante el sacerdote.

Oye una música de una suavidad mística. . .

Más allá, entre la comba amorosa de sus brazos y la caricia de su regazo, duerme la flor de amor de un pequeñuelo. Este la ha mirado anegándola de ternura y ha cerrado lentamente los ojos cargados de sueño, como para guardar avaramente su imagen.

Ella sonríe iluminada de felicidad y en aquel vavén de cuna del trasatlántico y en su vibración y en su música que se acentúa, oye un arroró, que acompaña quedo, mientras llora de incontenible emoción.

Morano se acoda a la barandilla del barco y sus ojos y sus sentidos caen, más que en los infinitos que lo cercan, en el pozo de sombra de sus preocupaciones y problemas.

Los hijos, solos ya, cual si hubieran perdido el impulso de inercia de su girar por los corredores, aminoran los pasos, puesto el oído en la música arrulladora de un vals vienés, que viene como una invitación desde los lujosos e iluminados salones.

Raúl piensa en mujeres, en la alegría y el color de la danza.

Alma en los flirts, en las deliciosas aventuras fu-

gaces, en los amoríos subrayados de la inédita novedad de la travesía.

El dolor de la partida se diluye frente a la sugestión misteriosa del mar y de la noche.

Un paréntesis de calma les hace recuperar sus personalidades.

La vida los va a reprender en sus garfios, en sus tenazas, en sus lazos dulces y terribles.

* * *

Caen al mar unas ignoradas, amargas lágrimas, quizá más amargas que sus aguas.

Caen al mar que sería pequeño ante el océano de lágrimas que debieran llorar los hombres.

Caen al mar, a confundirse con las ondas, a perderse, quizá porque todavía no son puras, no son las lágrimas de sangre que será necesario llorar!

FIN

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EL 26 DE FEBRERO DE
1935, PARA LA SOCIEDAD
«AMIGOS DEL LIBRO
RIOPLATENSE».